

Publicaciones de la Editorial Noguer

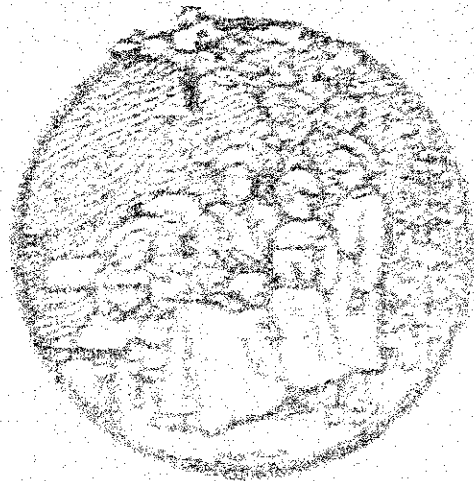
COMPENDIO

Historia Universal

por
CLEMENCIA JACQUINET

CUARTA Y QUINTA PARTE

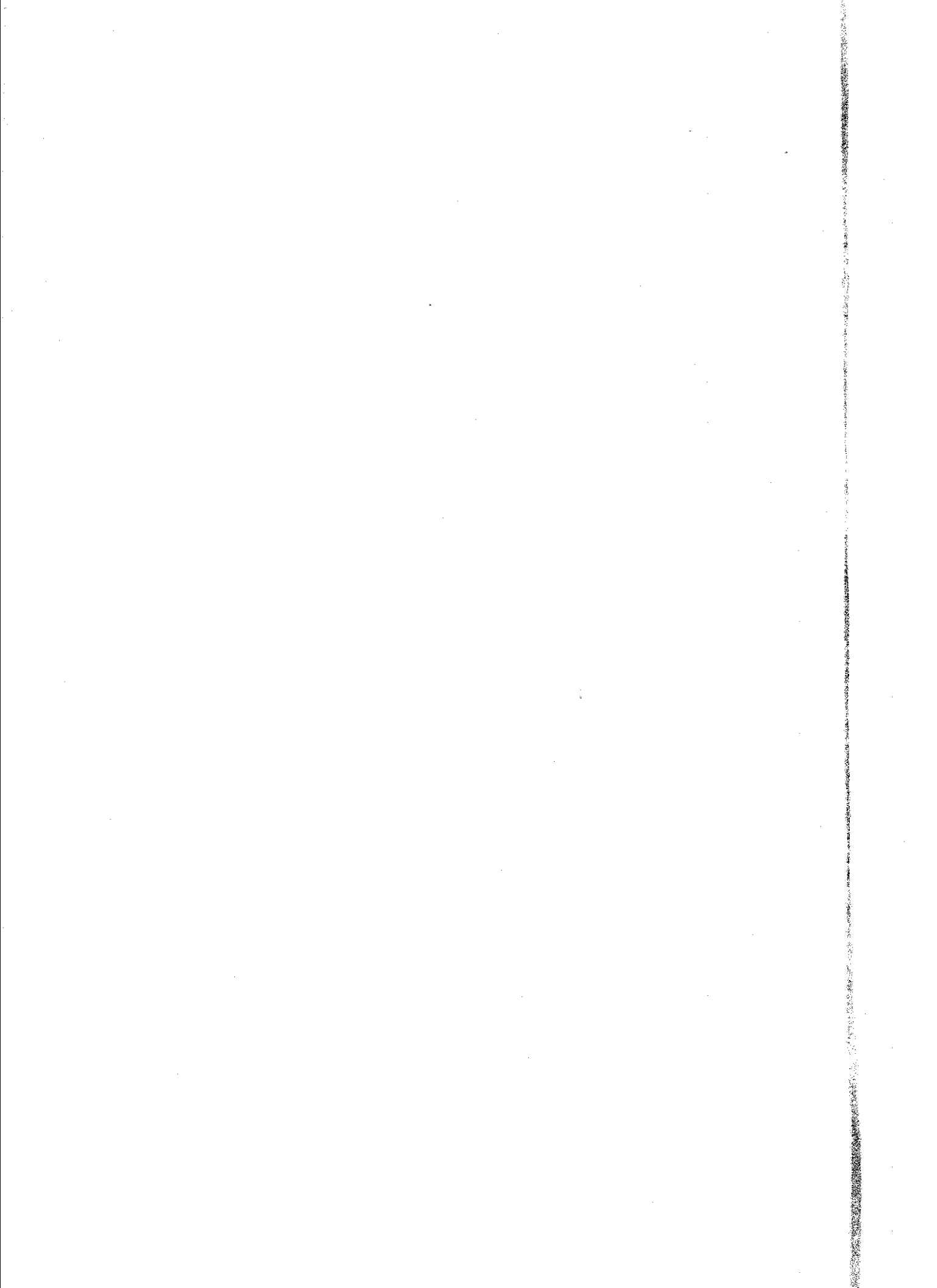
De la Revolución Francesa hasta nuestros días



BARCELONA

Calle de Bailen, núm. 73

1902



COMPENDIO
DE
HISTORIA UNIVERSAL

PUBLICACIONES DE LA ESCUELA MODERNA

COMPENDIO

DE

HISTORIA UNIVERSAL

POR

CLEMENCIA JACQUINET

CUARTA PARTE

LA REVOLUCIÓN FRANCESA Y SUS CONSECUENCIAS



BARCELONA

CALLE DE BAILÉN, NÚM. 70

1902

—
ES PROPIEDAD
—

I

Decadencia de la Monarquía absoluta. El movimiento intelectual en el siglo XVIII

Francia, que nos ha dado el ejemplo de la monarquía absoluta en su apogeo, nos suministra también el espectáculo de su mayor decadencia y de su caída más profunda.

En el siglo XVIII Luis XV perdió la gloria del conquistador, á la que Luis XIV había sacrificado la prosperidad pública; deshonoró la monarquía por la más escandalosa conducta; en fin, él y su sucesor Luis XVI condujeron Francia á la bancarrota; y después de haber rodado de caída en caída, durante setenta y cinco años, la monarquía acabó por declararse impotente y reclamar la ayuda de la nación para salir del atolladero en que tan ciegamente se había comprometido.

Pero veamos los hechos, que son de útil enseñanza.

A la muerte de Luis XIV, la corona fué ceñida por un niño de cinco años, instituyéndose una regencia para gobernar en su nombre.

Esta regencia se considera como una de las épocas más depravadas de la historia. El regente, que no carecía de cualidades naturales y de inteligencia, fué arrastrado al vicio por su propio preceptor, el innoble Dubois, hombre de iglesia que llegó á ser cardenal. Toda la corte y la nobleza, todo el que tenía alguna fortuna siguió el funesto ejemplo que partía de lo alto.

Para satisfacer su gusto insaciable de placeres, los grandes señores necesitaban mucho dinero, y por esa causa acogieron con entusiasmo al escocés Law, que se presentó en París con el propósito de crear el primer banco de Estado, y cayeron en un verdadero furor de agiotaje, que acabó en una catástrofe financiera.

En cuanto al rey Luis XV, educado, en medio de aquella corte insensata, por preceptores cortesanos que excitaban su orgu-

llo con vergonzosas adulaciones, dió frutos dignos de su mala educación.—«Señor, le decían mostrándole el panorama del país desde la terraza de Versalles, todo eso os pertenece.» El rey conservó el recuerdo de esas palabras, y lo demostró hasta el fin de sus días: en cierta ocasión, presintiendo el término de su vida, respondió con esta reflexión cínica:—«¡Después de mí el diluvio!»

Aquel rey, denominado el *muy amado*, se atrajo, por su vida licenciosa, el odio y el desprecio de toda la nación.

Su sucesor Luis XVI valía moralmente más que él respecto á la conducta; pero carecía de inteligencia y de energía. Era sensible y le conmovían los sufrimientos del pueblo; le entusiasmaban los proyectos de reforma; pero no sabía resistir á los clamores de los privilegiados, y les ofrecía cobardemente en sacrificio aquellos mismos á quienes antes había animado á trabajar para la reorganización del Estado. Luis XV abandonó el gobierno á los caprichos de sus favoritas; Luis XVI cedió á la influencia de su mujer María Antonieta, coqueta y frívo-

la, y de sus amigos, que le impulsaban al placer á fin de recoger el precio de sus complacencias.

Al principio del reinado, un buen ministro, Turgot, prestaba al rey su concurso para suprimir abusos que pesaban sobre la nación:—«¡Monsieur Turgot y yo somos los únicos que amamos al pueblo!» solía decir enfáticamente y tal vez con sinceridad Luis XVI; pero poco después cedía al temor de desagradar á los cortesanos y despedía al ministro.

Turgot fué reemplazado por indignos disipadores, que, sin reparar en los medios, sobre todo por empréstitos de mala fe, procuraron á la reina el dinero necesario para sus dilapidaciones, lo que, naturalmente, produjo un pronto agotamiento. Fué, pues, necesario llamar al poder, aunque muy á disgusto por tratarse de un protestante, á un hábil banquero, Neker, que no tardó mucho en reconocer que las reformas de los abusos de toda especie se imponían con urgencia y eran el único medio de evitar la bancarrota. Los cortesanos lograron pronto derribarle.

Así las cosas, ya no hubo otro recurso sino apelar á la nación y convocar á los Estados Generales (1789).

Pero en el siglo XVIII el pueblo no era ya el cordero dócil que se deja esquilar sin protesta. Hízose una revolución en las opiniones y en las creencias, mucho más poderosa y fecunda que la del siglo XVI. No se trataba ya de combatir un dogma substituyéndole con otro. El espíritu humano transportó al terreno filosófico los métodos de investigación que los sabios comenzaban á aplicar á sus estudios científicos: no se imagina ya, se observan los hechos y se sacan las consecuencias naturales, sin preocuparse de si se hallan ó no en concordancia con las religiones; mejor dicho, no se teme ya manifestar el desacuerdo que existe entre la verdad científica y los misterios cristianos ú otros.

En política, todas las miradas se dirigen á Inglaterra é imitando su constitución se quiere transformar la vieja monarquía continental.

En efecto, el siglo XVIII no concibe progreso superior al del cambio de la monar-

quía absoluta en monarquía constitucional. Determinar las atribuciones del soberano; separar los tres poderes legislativo, ejecutivo y judicial, concentrados hasta entonces en las reales manos, tales fueron las aspiraciones de los reformadores y los resultados que consiguieron por la revolución.

No hay duda que las asambleas revolucionarias se forjaron inmediatamente un ideal más avanzado, pero la masa de las naciones no podía aceptarlas aún; los pueblos estaban unidos á los reyes por demasiadas ligaduras y no era posible romperlas al primer intento.

Por lo demás las inteligencias más adelantadas no colocaban aún sus esperanzas más allá de la ley. Reemplazar el régimen del capricho por una legislación equitativa; permitir á los ciudadanos tomar parte en la confección de esas leyes saludables: no concebían para los hombres mayor suma de libertad.

Es posible que la revolución hubiese permanecido largo tiempo estancada en el dominio de la discusión filosófica, si el pueblo

verdadero, el de los campos, que sufría tanto de los abusos feudales, que aún pesan sobre él, no hubiese intervenido para obligar á los discutidores á pasar de la teoría á la práctica.

Desde 1788 se sucedían los motines sin interrupción entre los campesinos; organizase la agitación para espantar á los nobles y excitar á los campesinos á negarse al pago de sus cargas y censos.

No creemos posible expresar mejor aquella enérgica participación de los campesinos que copiando las líneas siguientes:

«El folleto y la hoja volante no penetraban en la aldea: el aldeano en aquella época apenas leía. No obstante, por la imagen impresa, frecuentemente mal trazada á la mano de modo sencillo y comprensible, hacíase la propaganda.

»Algunas palabras bajo caricaturas groseramente dibujadas, esparcidas por los campos, forjaban una leyenda en la imaginación popular concerniente al rey, la reina, al conde de Artois, madama de Lamballe, el pacto del hambre, los señores «vampiros que chupan la sangre del pue-

blo.» Todo eso, circulando por las aldeas y los campos, excitaba á los campesinos y los preparaba para la gran obra revolucionaria.

»A veces bastaba un pasquín hecho á la mano y fijado en un árbol anunciando la aproximación de tiempos mejores y refiriendo los motines que habían estallado ya en provincias al extremo opuesto de Francia para excitar á los campesinos á la rebeldía.

* »Bajo el nombre de *Jacques* se constituían grupos secretos en las aldeas, sea para incendiar la granja del señor, sea para inutilizar las cosechas ó su caza, sea, en fin, para ejecutarle; y, ¡cuántas veces se encontró en el castillo un cadáver atravesado con un puñal que ostentaba esta inscripción: «De parte de los *Jacques!*»

»Un pesado equipaje descendía á lo largo de una ladera arrasada conduciendo al señor á su hacienda; pero dos transeuntes, ayudados por el postillón, le ligaban y le despeñaban al fondo del abismo; después si se encontraba su cadáver solía hallarse en sus bolsillos un papel que decía: «De parte de los *Jacques.*»

»O bien, un día, en el cruce de dos caminos, se alzaba una horca con esta inscripción: «Si el señor se atreve á cobrar el censo será colgado en esta horca, y quien se atreva á pagarlos tendrá la misma suerte que el señor.»

»Y el aldeano ya no pagaba sin necesidad de excitaciones ni amenazas, contento de haber encontrado un pretexto para no pagar; sentía que había allí una fuerza oculta que le sostenía; habituábase á la idea de no pagar, de rebelarse contra el señor, y no tardó, en efecto, no sólo en no pagar más, sino en arrancar al señor por la amenaza la carta de pago de todas sus deudas.

»Continuamente se veían en las aldeas carteles anunciando que en lo sucesivo no se pagarían censos, que era preciso quemar los castillos y los *terriers* (libros de los arrendamientos) en cumplimiento de un decreto del Consejo del Pueblo.

«¡Pan! ¡No más censos ni tasas!» Esa era la consigna que circulaba en las aldeas; consigna comprensible para todos, que iba derecha al corazón de la madre cuyos hijos no habían comido hacía tres días; al cere-

bro del aldeano hostigado por los gendarmes al servicio del señor, quienes le arrancaban los censos y las tasas atrasadas. «¡Abajo el acaparador!» y sus almacenes eran forzados, sus convoyes detenidos y el motín se desencadenaba en provincias. «¡Abajo los consumos!» y se quemaban las barreras y las barracas, se apaleaba á los empleados, y las ciudades, faltas de dinero, se rebelaban á su vez contra el poder central, que no cesaba de pedirlo. «¡Al fuego los registros de cuentas, los archivos de los municipios!» y ardían los papeles en Julio 1789, el poder se desorganizaba, los señores emigraban y la revolución extendía cada vez más su círculo de fuego.»

*
* * *

La obra filosófica del siglo XVIII fué especialmente fuerte desde el punto de vista de la emancipación de la conciencia humana. Cuando se leen los principales escritores de la época se admira el alcance verdaderamente superior de sus razonamientos; socavaron la superstición en su base y la hirieron mortalmente; si sus escritos hubie-

sen podido penetrar en la masa del pueblo, sobre todo en las mujeres, ya haría tiempo que nos veríamos libres del virus religioso. Por lo mismo nos explicamos muy bien la rabia con que los persigue y los calumnia ese ejército negro que tanto interés tiene en extinguir la luz.

Nosotros que, por el contrario, ansiamos la mayor claridad posible, citaremos algunas de esas admirables páginas escritas por los filósofos del siglo XVIII.

D'Holbach

D'Holbach fué uno de los más celosos defensores de la libertad de pensar. Aunque nacido en el Palatinado (1723), pasó casi toda su vida en París, usando noblemente de su fortuna en provecho de las ciencias, de las letras, de las artes y de los que las cultivaban. Su casa era el punto de cita de todos los hombres distinguidos por sus talentos y su mérito. Decíase de él: «No he visto jamás hombre más sencillamente sencillo.» Escribió gran número de obras con-

tra las supersticiones, la teocracia y el despotismo. Murió en 1789.

Extracto del *Contagio Sagrado*.

La mayor parte de los que han dado religiones á los hombres han procurado presentar su misión autorizada por milagros; pero todas las religiones del mundo datan de los tiempos de ignorancia; cuanto más ignorantes son los pueblos más influencia ejerce sobre ellos lo maravilloso y más razón hay para recusar su testimonio. Sin embargo, desde que dudamos de la verdad de una religión, se nos cierra la boca citándonos las maravillas que sus fundadores han operado en presencia de una multitud cuya ignorancia y estupidez es reconocida: se quiere que unos prestigios de que fué testigo un populacho ignorante, sirvan aún de prueba á hombres más ilustrados á quienes la reflexión y la experiencia han desengañado de lo maravilloso.

Únicamente en tiempos de tinieblas fué dado á los sacerdotes ejercer el poder de hacer que descendieran del cielo los títulos de su grandeza, pero esos títulos se borran,

se anonadan y difícilmente se renuevan cuando las naciones han llegado á ilustrarse. En las sociedades instruídas ya no se hacen milagros, y como el sacerdote no puede hacerlos nuevos, echa mano de los antiguos.

Tales son las armas con las cuales el sacerdote llegó á conquistar las naciones y elevarse al trono del universo, al lado de los dioses inmortales ante los cuales hizo temblar á los hombres. Los errores del género humano se han diversificado; supersticiones envejecidas y caídas en el desprecio han sido sustituídas por nuevas locuras; los dioses mismos han cambiado, pero cualquiera que sea su suerte, los artificios, los recursos y el poder de sus ministros fueron siempre los mismos; las esperanzas y los temores de los pueblos, su ignorancia y su credulidad, su pasión por lo maravilloso, hicieron á los sacerdotes de todos los tiempos dueños y guías de las naciones; ellos dirigieron siempre su imaginación, encadenaron sus espíritus, participaron del poder y de la majestad de los dioses reinantes.

Si los legisladores de los pueblos fueron los primeros sacerdotes, como consecuencia natural fueron también los primeros soberanos. Cuanto más se ahonda en la antigüedad más se ve el sacerdocio y el poder supremo ejercidos por los mismos hombres. ¡Qué ascendiente alcanzarían los que sobre una multitud ignorante, los que poseían el conocimiento de los secretos de la naturaleza, el talento de la palabra, el arte de excitar la imaginación, el secreto de abatir el alma y sobre todo el privilegio de hacer hablar á los dioses! Nada puede igualar, sin duda, el poder que un alma fuerte y astuta, por medio del entusiasmo y de los prodigios, sabe ejercer sobre almas débiles, temblorosas, faltas de experiencia y de la facultad de pensar.

.....

Entre los cristianos, el sacerdocio dió en todos los siglos pruebas frecuentes de su poder, á menudo los hombres de ese orden juzgaron y depusieron á sus soberanos. Aun hoy mismo, en los países que se precian de más ilustrados, la levadura de la superstición es siempre harto fuerte para

enardecer la imaginación de los pueblos fanáticos, dispuestos á vengar los pretendidos ultrajes que el poder soberano osa hacer á su dios; ese dios hace causa común con sus ministros, y es muy raro que deje impunes las injurias que se le hacen ó el desprecio de sus sacerdotes.

Todo favoreció al sacerdocio en sus empresas, en sus pretensiones, en sus atentados; las preocupaciones que le sometían el vulgo fueron mucho más fuertes y más arraigadas que las que sometían ese mismo vulgo á los soberanos temporales. Hay pocas comarcas en que el interés de los sacerdotes no haya hecho correr á torrentes la sangre. Los pueblos sumergidos en la ignorancia tuvieron comunmente en sus vías espirituales una confianza obstinada, fatal á su propia tranquilidad. El interés y los derechos del sacerdote fueron siempre los de ese dios; sus pretensiones se fundaron sobre la autoridad divina; sus opiniones pasaron en todo tiempo por oráculos del cielo; hasta sus crímenes fueron sagrados y las leyes civiles no tuvieron el derecho de castigarlos.

Cada vez que los soberanos trataron de limitar el poder de esos hombres indomables, despreciaron sus opiniones fútiles, quisieron detener sus excesos y doblegar su tenacidad; en una palabra, creyeron deber impedirles el abuso de su poder, levantáronse infinitos clamores de todas partes: la majestad del ser supremo consideróse ultrajada, el culto en peligro, conmovidas las bases del templo, las naciones amenazadas de los más espantosos desastres. Las calificaciones de impíos, sacrílegos, enemigos del cielo, usurpadores, tiranos, se prodigaron á los monarcas que no tuvieron por el orden sagrado la deferencia exigida.

.....

Así, pues, desde la infancia, el hombre se acostumbra á no ver nada tan grande como su sacerdote; los primeros cuidados de los maestros de la juventud, se limitan á inspirarle una sumisión servil á las quimeras útiles al sacerdocio, una obediencia ciega á sus órdenes, una confianza profunda en sus decisiones, un respeto insensato hacia sus misterios, una aversión repugnan-

te á la razón. Esos maestros comprenden que en una edad tierna y desprovista de experiencia puédense impunemente sembrar las ideas sobre las cuales debe sentarse la importancia del sacerdocio. De ese modo han sembrado los sacerdotes en todos los países un semillero de esclavos que en la edad madura abrazaron su causa, secundaron sus pasiones y produjeron las revoluciones que juzgaron útil excitar. Por efecto de una política insensata, la educación es el arte de hacer supersticiosos, fanáticos y malos ciudadanos.

La veneración de los pueblos hacia los ministros de la divinidad, no fué jamás estéril: no tardaron aquellos en colmar de presentes, de donaciones y de recompensas á los favoritos del cielo, por cuyas instrucciones, importantes servicios é intercesiones se imaginaron alcanzar la prosperidad de los Estados. No es extraño, pues, que la superstición generosa de los monarcas y de sus súbditos acumulase de siglo en siglo y en todas partes riquezas inmensas para los sacerdotes, por cuyos sacrificios, plegarias y meditaciones... ¡qué digo! cuya inacción y

ociosidad fueron consideradas como las causas del favor del Altísimo. Se creyó enriquecer al mismo dios colmando á sus amigos y servidores de honores, de poderes, de beneficios y haciéndoles nadar en la abundancia. No se pensó nada más legítimo que hacerles vivir en un esplendor que respondiese á la dignidad del maestro y señor á quien servían.

La ociosidad tranquila, abundante y honrosa de que reyes y pueblos hicieron gozar al sacerdocio, le procuró tiempo para meditar; una vida desligada de cuidados y temores debió ser favorable á la fantasía soñadora; la divinidad fué sin duda el principal objeto de la de los sacerdotes que le debían su existencia, la consideración y las riquezas de que gozaban. Necesitaron ocuparse de esto, á fin de prescribir á los pueblos lo que debían hacer y pensar; pero ¿cómo concertarse sobre las cosas que se refieren á un objeto tan vago como la religión y que todos los hombres deben forzosamente ver de modo tan diferente! No hay, pues, armonía entre los sistemas que produjeron las meditaciones sacerdotales.

les; estuvieron sujetas á constantes disputas; no pudo jamás convenirse en nada y únicamente la fuerza puso fin á las discusiones. Los ministros de la superstición hablaron y disputaron siempre entre sí sobre el dios que anunciaban á los mortales, sobre sus atributos, sobre la manera de entender sus oráculos, sobre el culto que prefería, sobre su manera de obrar, etc.; los sacerdotes, solamente de acuerdo sobre la necesidad de proscribir la razón, no pudieron convenir en ningún otro punto, y sus vanas hipótesis no presentaron en todo tiempo más que una confusión de conjeturas y de incertidumbres en la cual el espíritu humano se perdió necesariamente. La vanidad, el interés y la obstinación son los verdaderos manantiales de las sectas, de las herejías y de las divisiones entre los sacerdotes. Los bandidos se baten casi siempre cuando se trata de partir el botín.

.....

La humanidad se rebeló á la vista de las vejaciones, de las proscripciones y de los asesinatos que la ambición, el orgullo y

la testarudez de los sacerdotes ha producido en el mundo; la razón se pasma y consterna recorriendo los anales de esos hombres reverenciados que, bajo la égida de la divinidad y á través de miles de años han inquietado, perseguido y exterminado á los desgraciados habitantes de la tierra y que fueron constantemente el azote de reyes y vasallos.

De siglo en siglo se vió salir del seno del orden sacerdotal especuladores estravagantes que pretendieron haber hecho nuevos descubrimientos sobre la divinidad y sus designios, y no hicieron otra cosa que diversificar los errores y las fantasías del género humano, pagando las naciones con su sangre los misterios inconcebibles que les anunciaban, como los objetos que más les interesaban. Los pueblos sólo fueron instrumentos ciegos y viles de sus sacerdotes, que les embriagaban con sus propias pasiones, con sus delirios ó con sus imposturas, creyéndose aún harto dichosos sacrificándose por tan bella causa, sin apercibirse jamás de que lo que se les daba por oráculos divinos no eran más que

locuras de algunos malos ciudadanos fanáticos, tercos, ambiciosos y bellacos.

De todas las vías que el sacerdocio ha seguido para retener los pueblos sometidos á su yugo, no hay otra más eficaz que la ignorancia, el desprecio de la razón y ese vergonzoso embrutecimiento en que se esforzó siempre por tenerles sumergidos. Si los ministros de dios estuvieron alguna vez de acuerdo en algo, fué en el proyecto de cegar á aquellos á quienes querían guiar. El primero de sus principios consistió siempre en desprestigiar la razón, prohibir su uso y someterla á su propia autoridad. El sacerdocio necesita esclavos que no vean sino por sus propios ojos. Una vez aprendido á desconfiar de la única luz que la naturaleza ha dado para distinguir lo verdadero de lo falso, el bien del mal, lo útil de lo nocivo, los pueblos no conocen más que el interés de sus sacerdotes y se les impulsa al crimen cuantas veces lo juzguen necesario sus dominadores.

.....

El sacerdote y el tirano tienen la misma política y los mismos intereses. El uno y el

otro necesitan súbditos imbéciles y sumisos; la felicidad, la libertad y la prosperidad de los pueblos, les molestan, y se complacen en reinar por el temor, la debilidad y la miseria; no se sienten fuertes sino cuando los que les rodean son débiles y desgraciados. Ambos están corrompidos por el poder absoluto, la licencia y la impunidad; ambos corrompen, el uno para reinar y el otro para expiar; ambos se reúnen para sofocar las luces, para anular la razón y para extinguir hasta el más leve deseo de libertad en el corazón de los hombres.

.....

¿Hasta cuándo, pueblos ciegos, calentaréis, acariciaréis, alimentaréis, hijos ingratos que os devoren? ¿Hasta cuándo, víctimas de vuestras debilidades, sufriréis en el interior de vuestras ciudades, hombres extraños al Estado, de los cuales hay que defenderle y del que son ciudadanos sólo para empobrecerle y perturbarle? ¿Qué ventajas positivas se promete la política de un cuerpo que subsiste á expensas de la sociedad, para la cual nada hace? ¿No os cansaréis jamás de trabajar, de reduciros á

la indigencia y de combatir para sustentar la ambición, el fausto, la avaricia y la obstinación de algunos sacerdotes altaneros que, en cambio de vuestra sangre y de vuestros tesoros, no os dan, hace ya tantos siglos, más que instrucciones insensatas, sistemas oscuros, misterios impenetrables, vanas ceremonias y plegarias de cuyos frutos no habéis gustado jamás? ¿Los sacrificios multiplicados, los votos fervientes, las prácticas y las ofrendas de esos pretendidos mediadores entre el cielo y vosotros, han dulcificado acaso vuestro destino? ¿Han hecho desaparecer de vuestras comarcas la esterilidad y los contagios? ¿Han disminuído, ó más bien, no han aumentado el número y el furor de vuestras guerras? ¿Sus exhortaciones reiteradas, su decantada moral, os han ilustrado acerca de vuestros deberes, os han hecho más humanos, más justos, más indulgentes ó más juiciosos? ¿Esos intérpretes de la divinidad, autorizados para hablar ante vuestros soberanos, los han hecho más equitativos, más virtuosos, más activos? ¿Han hecho resonar la verdad en sus oídos endurecidos? ¿Han

roto las cadenas de la opresión, de la iniquidad y de la tiranía? ¡Ah! lejos de eso, esos hombres que respetáis no han hecho más que turbar vuestra razón, cegaros y hacer más pesado el yugo horrible del despotismo.

Si la superstición permitiera consultar la naturaleza, la razón, el interés de las naciones; si la religión no hiciera á los hombres un deber de pisotear las consideraciones humanas, sentirían que la equidad, la moderación, la indulgencia y la paz son la base de toda moral y el sostén de todas las sociedades políticas; verían que sus ideas religiosas no pueden ser las mismas sobre objetos que cada uno ve de modo diferente; se convencerían, pues, de que las opiniones religiosas pueden variar, pero que los deberes de la moral, fundados sobre su propia naturaleza, no deben variar jamás.

Sólo á la verdad corresponde concordar á los hombres; la experiencia y la razón están eternamente excluidas de las disputas teológicas, y sólo la fuerza, la testarudez y la violencia quedan dueñas del campo de

batalla y son capaces de formular una decisión. Los más fuertes, los más hábiles y los más obstinados acaban por subyugar á los más débiles é imponen á todos sus opiniones. Los que detentan el poder toman para sí exclusivamente los títulos fastuosos de fieles, de verdaderos creyentes, de ortodoxos; y para hacer odiosos á sus adversarios les prodigan los calificativos de blasfemos, de impíos, de herejes y de infieles. Aquellos á quienes se aplican esas calificaciones, inventadas por el furor teológico, pierden desde entonces todo derecho á la sociedad, que cesa de mirarlos como hombres; la superstición anonada las relaciones que existían entre ellos y sus conciudadanos. El sacerdocio declara que los fieles no deben ni justicia, ni buena fe, ni indulgencia, ni piedad á los que se han rebelado contra sus decisiones.

.....
La tolerancia es incompatible con los principios fundamentales de toda religión.

En los principios de la religión misma, en el dios que le sirve de base, en las ideas funestas que el género humano se ha hecho

de ella, reside el manantial de todas sus desgracias.

La religión conduce siempre á los hombres al temor; todo objeto vago que les haga temblar les ocupará sin descanso, hará fermentar, excitará disputas entre ellos y les llevará, tarde ó temprano, á extremos violentos. Toda religión pide como primer sacrificio la renuncia total de la razón; y en cuanto los hombres cesan de tomar la razón por guía en el examen de lo que creen más importante para ellos, serán irracionales siempre que de religión se trate; por lo mismo, su conducta no cesará de ser una serie de desviaciones absurdas.

Si dios es el autor de la religión, ésta debe mandar á la naturaleza misma, y debe imponerle silencio cuando, inflexible, se oponga á sus dictados ó á los de sus intérpretes. Si la voluntad divina decide del justo y de la injusticia, dios es el dueño de la virtud y la virtud puede convertirse en crimen. He aquí, pues, la moral subordinada á los caprichos de los intérpretes de la divinidad. La naturaleza, la razón, la moral y la virtud están, pues, hechas para ceder á la

religión que, emanada del arbitrio soberano de los hombres y de las cosas, debe necesariamente triunfar de todo lo que le resista.

Hasta el presente el mayor esfuerzo de la razón humana y de la política, se limita á permitir á sectas diferentes vivir en sociedad; á pesar de esta pretendida tolerancia, aquellos que no tienen la teología del príncipe, no dejan de sufrir continuos disgustos, marcadas injusticias, dolorosas pretericiones y son incesantemente víctimas del desprecio y de la parcialidad.

En esos mismos principios del cristianismo debe buscarse el origen de una conducta tan poco moral y tan contraria al bien de los Estados; todo hombre asaz vano para creerse el favorito de dios, desprecia necesariamente á cuantos no gozan de semejante ventaja. Todo aquel que cree que su dios se irrita por falsos razonamientos ó por el culto de los otros, no puede soportarlos, debe separarse de ellos, al menos no debe sufrirlos sino cuando sea imposible obrar de otro modo.

.....
Entre los artificios de que se ha servido

en todo tiempo la política sacerdotal para conservar su imperio sobre sus esclavos, el más eficaz fué aquel que consiste en hacerles odiosos los sectarios de las otras religiones, de romper con ellos toda comunicación social, de prohibirles toda relación con los que les designó como enemigos, malos, proscritos. El pueblo llegó á persuadirse de que su dios marca con algún signo de reprobación al que no le sirve á su manera; no puede conformarse á considerar á un hereje, á un idólatra, á un judío, como un hombre común; los sacerdotes saben perfectamente que la conversación familiar y el comercio de la vida podrían desengañar á sus discípulos, y les evidenciaría que aquel hombre que miran como odioso suele tener virtudes y méritos dignos de estimación; esos descubrimientos serían indudablemente perjudiciales al sacerdocio, cuyo interés consistió siempre en separar su rebaño del de sus rivales y elevar entre sus esclavos y los de los otros un muro de separación. De ahí todas las declamaciones contra la tolerancia, esas leyes tan bárbaras, esos usos tan chocantes, que vemos establecidos

en gran número de países contra los infortunados á quienes la religión rechaza. El verdadero interés del sacerdote consiste en que se trate como un animal inmundo y nocivo á quien tenga la desgracia de no ser de su opinión. La religión hará siempre á los hombres insociables.

Todos los dioses fueron representados siempre con rasgos abominables; todos los cultos fueron lúgubres é inhumanos; todas las religiones hicieron á los hombres tristes é insociables; todos los sacerdotes reinaron por la violencia y el crimen. Cuanto más crédito y poder tuvieron los ministros del cielo, más estúpidos é irracionales fueron los pueblos. Las naciones que se alaban de gozar de la ternura de su dios y que dan mayor poder á sus sacerdotes, no son, por lo general, ni las más ricas, ni las más pobladas, ni las más poderosas, ni las más afortunadas. En aquellas comarcas que el sacerdote insolente y el cenobita inútil son los únicos opulentos, recompensados y considerados, el resto de los ciudadanos se pudre en la inercia, en la torpeza y en la miseria, y languidece en un embrutecimiento

letárgico que le quita hasta el sentimiento de sus males.

.....

Toda religión fundada sobre una revelación es esencialmente falsa y sólo se sostendrá por la mentira y la fuerza. Los que engañan á los hombres, malos siempre por sí mismos, no serán jamás capaces de hacerlos buenos, honrados y virtuosos. El mayor interés de los impostores consiste en hacerlos sumisos é irracionales: no hay más que la razón y la verdad que puedan hacer á los hombres sólidamente dichosos.

.....

A pesar del espíritu de moderación y de dulzura que los cristianos atribuyen á Jesucristo, el Evangelio nos le muestra algunas veces muy irritado y bajo los rasgos de un perturbador del reposo público. Injurian- do abiertamente á los sacerdotes de su país y arrojando, sin autoridad para ello, á los mercaderes del templo, no se mostró tan pacífico como sus discípulos nos le pre- sentan.

.....

Nuestras iglesias góticas son á propósito

para alimentar la superstición. Un autor italiano ha dicho con razón «que el horror santo que inspira una caverna sagrada, una obscuridad religiosa, una luz poco diferenciada de la noche, son cosas que excitan el respeto en el que adora y aumentan la majestad *nebulosa* del objeto que no se ve más que á medias.» Los oráculos se daban en lugares sombríos y propios para excitar el terror.

Chamfort

Chamfort (1740-1794), hijo de una campesina, fué enviado á París desde muy pequeño, donde obtuvo una pensión en un colegio. Al fin de sus estudios, el director le excitó á que se hiciera cura.

—«Jamás seré cura, respondió; amo mucho el reposo, la filosofía, el honor, la verdadera gloria, y muy poco las disputas, la hipocresía, los honores y el oro.»

Protegido por Mme. Helvecio, la viuda del filósofo, entró en relaciones con la sociedad aristocrática, de la que se cansó muy pronto.

Hizo retratos anecdóticos llenos de humor y de verdad de los grandes señores de la época.

He aquí algunos de sus epigramas:

¡El público! ¡El público! ¡Cuántos tontos se necesitan para formar un público!

Un hombre entusiasmado con los encantos del estado sacerdotal, decía:—Cuando quiera condenarme, me haré cura.

El clérigo Raynal, joven y pobre, aceptó una misa diaria al precio de veinte *sous*: cuando mejoró de posición la cedió al clérigo Laporte, reteniendo ocho *sous*; éste, mejorado de posición á su vez, la cedió al clérigo Dinouart, reteniendo cuatro *sous*, que con los ocho del clérigo Raynal quedó reducida á ocho. ¡Pobre y explotada misa!

Sólo con muchas dificultades, decía M..., puede un hombre de mérito sostenerse en el mundo sin el apoyo de un nombre, de un rango, de una fortuna: el hombre que tiene esas ventajas se sostiene, por el con-

trario, casi á pesar suyo. Entre esos dos hombres hay la misma diferencia que entre la escafandra y el nadador.

Preguntado M. H..., por qué los gobernadores de provincia usan más fausto que el rey, respondió: «Por lo mismo que los cómicos de los pueblos necesitan más oropeles y gritos que los de París.»

Se hacía una procesión con las reliquias de Santa Genoveva para obtener la sequía. Apenas la procesión se puso en marcha comenzó á llover. Al verlo el obispo de Cartrés dijo en tono de broma:—«La santa se equivoca, ¡pues no cree ahora que la pedimos la lluvia!»

M. D..., decía á propósito de las tonterías ministeriales y ridículas:—«Sin el Gobierno, no se reiría en Francia.»

En Francia, decía M. C..., hay que purgar el humor melancólico y el espíritu patriótico, dos enfermedades contra natura que dominan el territorio que se encuentra

entre el Rhin y los Pirineos. Cuando un francés se halla atacado de una de esas dos enfermedades, casi no tiene esperanza de curación.

Acostúmbrase uno á todo, hasta á la vida. Lafontaine, oyendo lamentarse á uno de la suerte de los condenados al fuego del infierno, dijo:—«Me consuela la idea de que se acostumbrarán, y que al fin estarán como el pez en el agua.»

M. D..., para pintarme con un solo rasgo la escasez de hombres honrados, me decía:—«En la sociedad el hombre honrado es una variedad de la especie humana.»

El cura de Bray, habiendo pasado tres ó cuatro veces de la religión católica á la protestante, dijo á sus amigos que se admiraban de esa inconstancia:—«¡Yo inconstante! Nada de eso, al contrario, yo no cambio, lo que quiero es ser siempre cura de Bray.»

El conde de Artois el día de su boda,

á punto de sentarse á la mesa y hallándose rodeado de todos sus grandes oficiales y de los de la condesa de Artois, dijo á su novia, de manera que pudiesen oirlo varias personas:—«Todos esos son nuestros fámulos.» La frase corrió, como muchas otras análogas, lo que no ha impedido nunca que la nobleza francesa se empeñe y hasta intrigue para conseguir empleos exactamente iguales al de los lacayos.

Marmontel en su juventud solicitaba siempre la conversación del viejo Boindin, célebre por su ingenio y su incredulidad. El anciano le dijo un día:—«Venga usted á verme al café Procopio, pero allí no podremos hablar de asuntos filosóficos.—Sí, dijo el joven, convengamos en un lenguaje particular, en un *argot*.» Entonces convinieron en su diccionario: el alma se llamaría Margarita; la religión, Jacoba; la libertad, Juanita, y el padre eterno el Sr. Ser. Helos aquí disputando y entendiéndose perfectamente. Un hombre de mala cara y vestido de negro, mezclándose en la conversación, dijo á Boindin:—«Tiene usted la bondad

de decirme quién es ese Sr. Ser, que se porta tan mal y del cual está usted tan descontento.—Uno de la policía, respondió Boindin.» Puede juzgarse de la carcajada considerando que era uno del oficio.

M. T... me decía un día que en general en la sociedad, cuando se hace alguna acción honrosa ó valerosa desinteresadamente, es decir, con nobleza, se necesitaba que el autor expusiese como causa algún motivo menos honrado y más vulgar para dulcificar la envidia de las gentes.

M. de Fleury, fiscal de S. M., decía, hablando con algunos letrados:—«Hasta hace poco no había oído hablar del pueblo en las conversaciones en que se trata del gobierno. Ese es un fruto de la nueva filosofía: ¿Se ignora acaso que el *tercer estado está de una manera adventicia en la Constitución?*» (Dicho en otros términos: veintitrés millones novecientos mil hombres no son más que una casualidad y un accesorio en la totalidad de veinticuatro millones de hombres).

Milord Hervey, viajando en Italia y hallándose no lejos del mar, encontró una laguna en cuya agua mojó el dedo y lo pasó por los labios:—«¡Ah! ¡ah! dijo, ¿agua salada? Esto nos pertenece.»

Un filósofo retirado del mundo me escribió una carta llena de virtud y de razón, que terminaba con estas palabras:—«Adiós, amigo mío, conserva, si puedes, los intereses que te unen á la sociedad, pero cultiva los sentimientos que te separan de ella.»

El conde de V... y el marqués de T... me preguntan qué diferencia hallo entre ellos en punto á principios, y yo respondo:—«Que el uno lamería la espumadera y el otro se la tragaría.»

Montesquieu

Montesquieu nació en 1689. A los 25 años sucedió á su padre en el cargo de consejero en el Parlamento de Burdeos. A los 32, publicó las *Cartas persas*, correspondencia supuesta de un persa sobre sus im-

presiones de viaje en Francia, en que con un tono ligero y frívolo, critica las leyes, las ideas y las costumbres francesas.

Pronto dimitió su cargo de magistrado y se dedicó á recorrer Europa para estudiar los gobiernos, publicando al final sus observaciones en su apreciada obra *Espíritu de las leyes*. Se le debe también *Consideraciones sobre las causas de la grandeza y de la decadencia de los romanos*.

Extracto de las *Cartas persas*.

EL PAPA

El papa es el jefe de los cristianos. Es un viejo ídolo al que se inciensa por costumbre, que en otro tiempo era temible hasta para los príncipes, porque los destronaba tan fácilmente como nuestros magníficos sultanes destronaban los reyes de Irmeta y de Georgia; pero ya no se le teme. Se titula sucesor de uno de los primeros cristianos que se llamaba San Pedro, lo cual constituye una rica sucesión, porque posee tesoros inmensos.

El papa es un mágico que hace creer al

pueblo que tres no son más que uno, que el pan que se come no es pan, que el vino que se bebe no es vino, y otras mil cosas por el estilo.

Los obispos son hombres de ley que le están subordinados y tienen bajo su autoridad dos funciones muy diferentes: cuando están reunidos hacen, como él, artículos de fe; pero cuando están solos no suelen hacer otra cosa que dispensar de cumplir la ley. Conviene que sepas que la religión cristiana está cargada de infinidad de prácticas muy difíciles, y, como se ha juzgado que es menos cómodo llenar sus deberes que tener obispos que dispensen de su cumplimiento, se ha tomado este último partido en vista de la utilidad pública: de manera que si uno no quiere sujetarse á las formalidades de los matrimonios, si quiere romper sus votos, si quiere casarse contrariando las prescripciones de la ley y hasta si quiere retractarse de un juramento, se dirige al obispo y éste le dispensa en seguida.

Los obispos no hacen artículos de fe por autoridad propia. Hay un número infinito de doctores, la mayor parte *dervis*, que sus-

citan entre sí mil cuestiones nuevas sobre la religión: se les deja disputar indefinidamente y dura la guerra hasta que una decisión la termina. Por lo mismo puedo asegurarte que no hay reino alguno en que haya tantas guerras civiles como en el de Cristo.

Los que dan á luz alguna proposición nueva son llamados herejes. Cada herejía tiene su nombre, que es, para los que de ella forman parte, como la palabra de unión; pero no es herético quien no quiere serlo: no hay más que dividir la herencia por la mitad y dar una distinción á aquellos á quienes se acusa de herejía, y, cualquiera que sea la distinción, inteligible ó no, deja un hombre blanco como la nieve y hecho un ortodoxo.

Esto que te digo es bueno para Francia y Alemania; porque, según he oído decir, en España y en Portugal hay algunos dervis que queman un hombre como si fuera un haz de paja. Cuando se cae entre las manos de alguno de aquéllos, dichoso el que ha rezado teniendo en las manos una sarta de bolitas de madera. que ha llevado sobre

sí dos trocitos de paño atados con dos cintas y que ha estado alguna vez en una provincia que se llama Galicia. Sin eso cualquier pobre diablo corre mucho peligro; porque aunque jurase como un pagano que es ortodoxo, podría suceder que no se le creyese y se le quemase como hereje, y por más que presentase su distinción podría ser reducido á cenizas antes que se le escuchase.

Los otros jueces presumen que un acusado es inocente; éstos, al revés, le toman como culpable, y en la duda, tienen por regla inclinarse del lado del rigor: aparentemente porque creen á los hombres malos; aunque por otra parte tienen de ellos tan buena opinión, que no les juzgan nunca capaces de mentir, porque reciben el testimonio de los enemigos capitales, de las mujeres de mala vida y de aquellos que ejercen una profesión infame. Hacen en su sentencia un corto cumplimiento á los que van revestidos de una camisa de azufre, y les dicen que sienten mucho verles tan mal vestidos, que son dulces y que aborrecen la sangre, y se desesperan por haberles con-

denado; mas, para consolarse, confiscan todos los bienes de esos desgraciados en provecho propio.

¡Dichosa la tierra que está habitada por los hijos del profeta! Estos tristes espectáculos son allí desconocidos.

LOS CASUÍSTAS

Visité el otro día un convento de esos dervis. Uno de ellos, venerable por sus cabellos blancos, me acogió benévolutamente, haciéndome ver toda la casa. Entramos en el jardín y comenzamos á discurrir.—«Padre, le dije, ¿qué empleo tiene usted en la comunidad?» Soy casuista, me respondió como satisfecho de mi pregunta.—«Casuista; desde que estoy en Francia no he oído pronunciar esta palabra.»—«¡Cómo! ¿no sabe usted lo que es un casuista? Pues escuche y le daré una idea que le dejará satisfecho: hay dos clases de pecados; mortales, que excluyen absolutamente del paraíso, y veniales, que aunque ofenden á dios no le irritan hasta el punto de privar á uno de la beatitud: ahora bien, todo nuestro arte consiste en distinguir esas dos cla-

ses de pecados; porque, á excepción de algunos libertinos, todos los cristianos quieren ganar el paraíso; pero no hay muchos que no le quieran ganar más barato que lo que realmente cuesta: Cuando se conocen bien los pecados mortales, se trata de no cometerlos, y entonces va bien el negocio. Hay hombres que no aspiran á tan gran perfección, y, como no son ambiciosos, no se cuidan de las primeras localidades, por lo mismo entran en el paraíso haciendo precisamente lo justo para no quedar fuera. y eso les basta: su objeto es no hacer de más ni de menos. Estos conquistan el cielo, más bien que ganarlo, como diciendo á dios:—«Señor, he cumplido las condiciones de rigor; habéis de cumplirme vuestras promesas: como no he hecho más de lo que me habéis pedido, no quiero que me concedáis más que lo que me habéis prometido.»

Nosotros, pues, somos necesarios. Y no es esto todo, sin embargo, como verá usted en seguida. La acción no constituye el crimen, sino el conocimiento del que la ejecuta: el que practica un mal creyendo que

no lo es, disfruta de seguridad de conciencia; y como hay un número infinito de acciones equívocas, un casuista puede darles un grado de bondad de que carezcan declarándolas buenas; y, si puede persuadir que no tienen veneno, el casuista le tranquiliza por completo.

Con esto digo á usted el secreto de un oficio en el que he envejecido; hago saber á usted todos sus refinamientos: puede darse á todo un giro, aun á las cosas que de él parecen menos susceptibles.— «Padre, le dije, todo eso está muy bien: ¿pero cómo se acomoda usted con el cielo? Si el *sophi* tuviese en su corte un hombre que hiciese respecto de él lo que usted hace contra su dios, que estableciese diferencia entre sus órdenes y que enseñase á sus súbditos en qué casos deben ejecutarlas y en qué otros puede violarlas, le harían empalar inmediatamente. Saludé á mi dervis y le dejé sin esperar respuesta.

LOS CRISTIANOS

Conviene que conste; no he observado entre los cristianos aquella persuasión viva

de su religión que se encuentra entre los musulmanes; entre ellos hay mucha distancia de la profesión á la creencia, de la creencia á la convicción, de la convicción á la práctica. La religión es menos asunto de santificación que de disputas. Los cortesanos, los militares, hasta las mujeres, se levantan contra los eclesiásticos pidiéndoles que prueben lo que tienen resuelto no creer. No es que se determinen por razón y que se hayan tomado la pena de examinar la verdad ó la falsedad de la religión que rechazan: son rebeldes que han sentido el yugo y le han sacudido antes de conocerle. De este modo no son más fuertes en su incredulidad que en su fe; viven en un flujo y reflujo que les lleva sin cesar de la una á la otra. Uno de ellos me decía un día:— «Creo en la inmortalidad del alma por semestres; mis opiniones dependen absolutamente de la constitución de mi cuerpo; según que tenga más ó menos espíritus animales, que mi estómago digiera bien ó mal, que el aire que respiro sea sutil ó grosero, que el alimento de que me nutro sea ligero ó sólido, soy spinosista, sociniano, católico,

impío ó devoto. Cuando el médico está á mi cabecera, el confesor me encuentra dócil. Yo me las arreglo para que la religión no me incomode cuando estoy bien de salud; pero la permito consolarme cuando estoy enfermo: cuando no tengo nada que esperar de un lado, la religión se presenta y me persuade con sus promesas, porque me conviene entregarme á ella y morir del lado de la esperanza.

Hace ya tiempo que los príncipes cristianos libertaron los esclavos de sus Estados porque, decían ellos, el cristianismo hace á todos los hombres iguales. Es verdad que este acto de religión les era muy útil: por él abatían á los señores despojándoles del dominio del bajo pueblo. En seguida hicieron conquistas en países donde vieron que les era ventajoso tener esclavos, permitiendo comprarlos y venderlos, olvidando aquel principio religioso que antes parecía conmoverles tan profundamente. Bien mirado, esto significa verdad en un tiempo y error en otro.

LOS PERIÓDICOS

Hay una especie de libros para nosotros desconocida en Persia y que está aquí muy de moda: son los periódicos. La pereza se siente adulada leyéndolos; es un placer recorrer treinta volúmenes en un cuarto de hora.

En la mayor parte de los libros, cuando el autor entra en materia el lector ya está harto, y le hace entrar desalentado en un asunto anegado en un mar de palabras. Uno quiere immortalizarse con un dozavo, el otro por un cuarto, hay quien manifiesta inclinación á un infolio; es preciso, pues, que estudie su asunto en proporción con el tamaño que quiere darle, y esto lo hace sin piedad, contando por nada la pena del pobre lector, que se mata reduciendo lo que al autor le ha costado tanto ampliar.

Yo no sé que mérito hay en hacer semejantes obras; yo haría eso mismo si quisiera arruinar mi salud y á un librero.

En lo que hacen mal los periodistas, es en que sólo hablan de los libros nuevos:

¡como si la verdad fuese cosa nueva! Me parece que hasta que un hombre haya leído todos los libros antiguos no tiene razón alguna en preferir los nuevos.

Pero cuando se imponen la obligación de no hablar sino de las obras recién salidas del horno, se imponen á la vez la de ser fastidiosos. No se cuidan de criticar los libros que extractan, por más que haya razón para ello, y se comprende, porque ¿quién se atreve á hacerse diez ó doce enemigos cada mes?

La mayor parte de los autores se parecen á los poetas, que sufrirían una paliza sin quejarse y no soportarían la menor crítica. Es, pues, conveniente andar con mucho cuidado sobre asuntos tan sensibles, y los periodistas lo saben de sobra. Lo contrario es lo que suelen hacer; comienzan por alabar la materia tratada, primera torpeza; de ahí pasan á las alabanzas del autor, alabanzas forzadas, porque se refieren á personas que aun tienen ánimos y están dispuestas á confundir con los rayos de su pluma al temerario periodista que con ellos se atreva.

LA UNIVERSIDAD

La Universidad de París es la hija predilecta de los reyes de Francia, y muy predilecta, porque tiene ya más de novecientos, años por eso chochea algunas veces.

Dícenme que tuvo hace ya algún tiempo una gran disputa con algunos doctores á propósito de la letra *q*, que querían que se pronunciase como una *k*. La disputa se calentó tanto, que algunos fueron despojados de sus bienes, y fué preciso que el Parlamento terminase la diferencia, concediendo permiso, por decreto solemne, á todos los vasallos del rey de Francia, para que pronunciasen esa letra como les diese la gana. ¡Daba gusto ver á los dos cuerpos más respetables de Europa, ocupados en decidir de la suerte de una letra del alfabeto!

Parece que las cabezas de los más grandes hombres se empequeñecen cuando están reunidos, y que allí donde hay más sabios hay menos sabiduría. Los grandes cuerpos se enredan siempre con las minucias, con las formalidades, con los vanos usos, y lo esencial queda siempre reza-

gado. He oído decir que un rey de Aragón reunió los Estados de Aragón y Cataluña; las primeras sesiones se emplearon en discutir en qué lengua tendrían lugar las deliberaciones: la disputa era tan viva, que la asamblea se hubiera disuelto mil veces, si no se hubiese echado mano al expediente de que las preguntas serían en catalán y las respuestas en aragonés.

Helvecio

Helvecio (1715-1771). Fué uno de los filósofos más célebres de su tiempo. Sus obras fueron objeto del odio de las gentes de Iglesia; una de ellas, *El Espíritu*, fué quemada por el verdugo. A sus ataques respondió publicando una segunda obra titulada *Del Hombre, de sus facultades intelectuales y de su educación*, de la cual extractamos los pasajes siguientes:

Si el hombre de genio es en casi todos los países más vivamente perseguido que el asesino, débese á que el uno no tiene más enemigos que los parientes del interfecto,

y el otro tiene á todos sus conciudadanos por enemigos.

Yo he visto á una devota que pedía á la vez al ministro la gracia de un ladrón y la prisión de un jansenista y de un deista. ¿Qué motivo la determinaba? Su orgullo. ¡Qué me importa, diría ella, que se robe y se asesine, mientras no sea á mí y á mi confesor! Lo que yo quiero es que se tenga religión y que el deista por sus razonamientos no hiera mi vanidad.

Cuando se nos ilustra se nos humilla. Cuando se dirige un rayo de luz á un nido de buhos, su brillo les importuna y gritan. En la humanidad las medianías son como los buhos, si se les presentan ideas claras y luminosas, gritarán que son peligrosas, falsas y punibles.

DE LA INTOLERANCIA RELIGIOSA

Esta especie de intolerancia es la más peligrosa. El amor del poder es el motivo de ella, y la religión el pretexto. ¿Qué se castiga en el hereje ó en el impío? Al hombre bastante audaz para pensar

por sí mismo, para creer más en su razón que la de los curas. El pretendido vengador del cielo no venga más que su orgullo humillado. El cura es el mismo en casi todas las religiones.

A los ojos de un mufti, como á los de un bonzo, un incrédulo es un impío á quien debe herir el fuego del cielo; un hombre que, destructor de la sociedad, debe ser quemado por ella.

Sin embargo, á los ojos del sabio, ese mismo incrédulo es un hombre que no cree en una conseja. ¿Qué le falta á esa conseja para convertirse en una religión? Poca cosa, que muchos hombres sostengan que es la verdad.

¿Cómo se explica que hombres cubiertos de los andrajos de la penitencia y de la careta de la caridad, hayan sido siempre los más atroces? ¿Que el día de la tolerancia no haya nacido aún? ¿Que hombres honrados se odien y se persigan sin vergüenza, por disputas de palabras, á menudo por la elección de errores y también porque los unos se llaman luteranos, otros calvinistas, católicos, mahometanos, etc.?

Anatematizando el kalender, ó el derviche, ¿ignora el monje que á los ojos de ese derviche el verdadero impío, el verdadero malvado, es ese cristiano, ese papa, ese fraile que no cree en Mahoma? ¿Será preciso que, eternamente condenada á la estupidez, cada secta apruebe en sí lo que detesta en las otras?

Recuérdese alguna vez la parábola ingeniosa de un pintor célebre. Transportado, dice, en sueño á las puertas del cielo, lo primero que llamó mi atención fué un anciano venerable: por sus llaves, su calva y su larga barba, reconocí á San Pedro. El apóstol estaba al alumbrial de las puertas celestiales. Una multitud de gente se abalanzaba sobre él; el primero que se presentó fué un papista:—«Toda mi vida, dijo, he sido devoto, y sin embargo, hombre honrado. «Entra, pues, dijo el santo y colócate en el banco de los católicos.» Vino después un reformado, le hizo la misma petición y recibió la misma respuesta:—«Colócate entre los reformados.» Llegan en seguida mercaderes de Smirna, de Bajdad, de Basora, etc., eran musulmanes,

habían sido siempre virtuosos, y San Pedro les hizo colocarse entre los musulmanes. Por último vino un incrédulo:— «¿Cuál es tu secta?» preguntó el apóstol.— «Ninguna, señor, pero siempre he sido honrado.»— «Puedes entrar, pero no sé dónde colocarte, escoge tú mismo un sitio entre los que te parezcan más razonables.»

¡Plegue al cielo que por efecto de esta parábola no pretenda nadie imponer su opinión! Las oraciones más eficaces son el estudio y la aplicación. ¡Oh monjes estúpidos! ¡Habéis hecho alguna vez esta plegaria!

¡Oh religiones, cualesquiera que seáis, sois todas de un ridículo evidente! y aun si no fueseis más que ridículas, el hombre de ingenio no se vería obligado á poner de manifiesto vuestros absurdos, y si de ello se hace un deber es porque estos absurdos en hombres armados del cuchillo de la intolerancia son uno de los más crueles azotes de la humanidad.

La doctrina, la conducta del cura, todo prueba su amor por el poder. ¿Qué protege?

la ignorancia? ¿Por qué? porque el ignorante es crédulo, y como hace poco uso de su razón, piensa según los otros y es fácil engañarle con el más grosero sofisma.

¿Qué es lo que el cura persigue? La ciencia. ¿Por qué? Porque el sabio no cree sin examen, quiere ver por sus ojos y es más difícil engañarle. El sabio tiene por enemigos al bonzo, al derviche, al bramán, en fin, á todos los ministros de todas las religiones. En Europa todos los curas se levantaron contra Galileo; excomulgaron en Virgilio y Scheiner los descubrimientos que el uno había hecho de los antípodas y el otro en las manchas del sol; proscribieron en Bayle la sana lógica; en Descartes el único método de aprender; forzaron á ese filósofo á expatriarse; acusaron en otro tiempo á todos los grandes hombres de magia y brujería, y ahora que la magia ha pasado de moda, acusan aún de ateísmo y de materialismo á los que en calidad de brujos hubiesen hecho quemar en otro tiempo.

El cuidado del cura fué siempre alejar la verdad de la mirada de los hombres, por lo

cual toda lectura instructiva les estaba prohibida. El cura se encierra con ellos en una cámara obscura y no se ocupa allí sino en tapar las grietas por donde la luz pudiera entrar. Teme siempre que los hombres ilustrados derriben su imperio fundado sobre el error y la ceguera. Sin amor por el talento, es el enemigo secreto de las virtudes humanas, de las cuales el cura hasta niega la existencia, porque á sus ojos no hay más acciones virtuosas que las que se conforman con su doctrina, es decir, con sus intereses. Las primeras virtudes son la fe y la sumisión al sacerdote; por eso únicamente á sus esclavos concede los títulos de santo y de hombre de bien.

Hombres más piadosos que ilustrados han imaginado que las virtudes de las naciones, su humanidad y la dulzura de sus costumbres dependían de la pureza de su culto, y los hipócritas, interesados en propagar esa opinión, la han extendido sin creerla, y el común de los hombres la ha creído sin examinarla.

Este error, una vez anunciado, ha sido

recibido en casi todas partes como una verdad constante. Sin embargo la experiencia y la historia nos enseñan que la prosperidad de los pueblos depende, no de la pureza de su culto, si no de la excelencia de su legislación.

En tiempo de Constantino la religión cristiana se hizo la religión dominante, y su influencia no devolvió á los romanos sus virtudes primitivas. Ya no se habló de un Decio que se sacrificaba por la patria, ni de un Fabricio que prefería siete acres de tierra á todas las riquezas del imperio.

¿En qué momento se convirtió Constantinopla en la cloaca de todos los vicios? En aquel en que tuvo lugar el establecimiento de la religión cristiana; su culto no cambió las costumbres de los soberanos; su piedad no les hizo mejores; ni los reyes más cristianos no fueron los más grandes reyes. Pocos entre ellos mostraron sobre el trono las virtudes de Tito, de Trajano ó de Antonino. ¿Qué príncipe devoto puede compararseles?

Y lo que digo de los monarcas digo de las naciones. El piadoso portugués, tan ig-

norante y tan crédulo, no es más virtuoso ni más humano que el pueblo menos crédulo y más tolerante de los ingleses.

La intolerancia religiosa es hija de la ambición sacerdotal y de la estúpida credulidad; no mejora jamás á los hombres; recurrir á la superstición, á la credulidad y al fanatismo, para inspirarles la beneficencia, es echar aceite al fuego para extinguirle.

Para dulcificar la ferocidad humana y hacer á los hombres más sociables entre sí, lo primero que se necesita es hacerlos indiferentes á la diversidad de los cultos. Si los españoles no hubiesen sido tan supersticiosos su crueldad con los americanos no hubiera rayado á tanta altura.

Recordemos el rey Jacobo, que, como príncipe santurrón, conocía el género, y no creía en la humanidad de los curas:—«Es difícil, decía, ser á la vez teólogo y buen vasallo.»

Abundan en todos los países las gentes de buena doctrina y escasa virtud. ¿Por qué? Porque la religión no es la virtud. Toda creencia y aun todo principio especu-

lativo no suele tener influencia en la conducta y en la probidad de los hombres.

El mal que causaron las religiones es positivo, mientras que el bien es sólo imaginario.

¿De qué utilidad pueden ser las religiones? Sus preceptos son contrarios ó conformes á la ley natural, es decir, á aquella que la razón perfeccionada dicta á las sociedades para su mayor felicidad.

En el primer caso han de desecharse los preceptos religiosos como contrarios al bien público.

En el segundo han de admitirse; pero entonces, ¿de qué sirve una religión que sólo enseña lo que la razón descubre por sí sola?

Al menos, se dirá, los preceptos de la razón, consagrados por una revelación, parecen más respetables. Sí; pero únicamente en un primer momento de fervor; en ese caso, las máximas tenidas por verdaderas, creyéndolas reveladas, obran con más fuerza sobre las imaginaciones; pero ese entusiasmo pronto se disipa.

Entre todos los preceptos, aquellos cuya verdad queda demostrada son los únicos que mandan constantemente á los espíritus, y una revelación, por lo mismo que es incierta y discutida, lejos de fortalecer la demostración de un principio moral, debe á la larga obscurecer la evidencia.

El error y la verdad son dos seres heterogéneos; jamás van juntos. Aparte de esto, no todos los hombres están ligados por una misma religión; no todos tienen la misma fe, pero á todos anima el mismo deseo de felicidad y la aceptarán donde quiera se la presente la ley.

D'Alembert

Extracto del *Discurso sobre la Enciclopedia*:

Por poco que se reflexione sobre los lazos que unen los descubrimientos entre sí, es fácil observar que las ciencias y las artes se prestan mutuos socorros, y que, por consiguiente, hay un lazo que les une; pero á la vez suele ser difícil reducir á un corto

número de reglas ó de nociones generales cada ciencia ó cada arte en particular; no lo es menos encerrar en un sistema único las ramas infinitamente variadas de la ciencia humana.

El primer paso que vamos á dar en esta investigación consiste en examinar, permítasenos la palabra, la genealogía y la filiación de nuestros conocimientos, sus causas y los caracteres que les distinguen; en una palabra, pretendemos remontarnos al origen y á la generación de nuestras ideas. Este examen, independientemente de los recursos que nos suministrará para la enumeración enciclopédica de las ciencias y de las artes, no estará fuera de lugar al frente de un diccionario razonado de los conocimientos humanos.

Nuestros conocimientos pueden dividirse en directos y en reflejos. Los directos son los que recibimos inmediatamente sin ninguna operación de nuestra voluntad; que, encontrando abiertas, si así puede decirse, todas las puertas de nuestra alma, entran en ella sin resistencia y sin esfuerzo. Los conocimientos reflejos son los que adquiere

el espíritu operando sobre los directos, uniéndolos y combinándolos.

Todos nuestros conocimientos directos se reducen á los que recibimos por los sentidos; de donde se sigue que de nuestras ideas somos deudores á nuestras sensaciones. Este principio de los primeros filósofos fué considerado como un axioma por los escolásticos; para que le hiciesen este honor, bastaba su antigüedad, y hubiesen defendido con el mismo calor las formas substanciales ó las cualidades ocultas. De ese modo, aunque esa verdad fuese tratada, en el renacimiento de la filosofía, como las opiniones absurdas, de las cuales se hubiera debido distinguirle, se le proscribió con ellas, porque nada es tan peligroso para la verdad y nada le expone tanto á ser desconocida como la mezcla ó la proximidad con el error. El sistema de las ideas innatas, seductor bajo varios aspectos, y acaso más brillante por ser menos conocido, sucedió al axioma de los escolásticos, y, después de haber reinado mucho tiempo, conserva aún partidarios rezagados: ¡tanto trabajo le cuesta á la verdad reconquistar su presti-

gio cuando las preocupaciones ó el sofisma le han ofuscado! Por último, desde hace algún tiempo se ha convenido casi generalmente en que los antiguos tenían razón, y no es este el único punto sobre el cual comenzamos á aproximarnos á ellos.

Nada es más cierto que la existencia de nuestras sensaciones; para probar que éstas son el principio de todos nuestros conocimientos, basta demostrar que pueden serlo; porque, en buena filosofía, toda deducción que tiene por base hechos ó verdades reconocidas, es preferible á lo que sólo está apoyado sobre hipótesis, por ingeniosas que sean. ¿A qué suponer que tenemos nociones previas, puramente intelectuales, si para formarlas nos basta reflexionar sobre nuestras sensaciones? En efecto estas nociones no tienen otro origen.

Diderot

Dionisio Diderot (1713-1784), era hijo de un cuchillero de Langres; careciendo de fortuna, sin protector, tuvo una vida difícil; mas, á pesar de las privaciones y las persecuciones, no cesó de combatir por

el triunfo de la filosofía. El rasgo dominante de su carácter fué la bondad. Fué uno de los fundadores de la gran Enciclopedia del siglo XVIII.

SOBRE LAS MUJERES

En casi todos los países la crueldad de las leyes civiles va unida contra las mujeres á la de la naturaleza. Han sido tratadas como niños imbeciles; no hay vejación, impropia de todo pueblo culto, que no pueda el hombre ejercer impunemente contra la mujer. La única represalia que ésta tiene á su alcance va seguida de perturbación doméstica y es castigada con un desprecio más ó menos notable según la cultura del país. Todo le es permitido al salvaje contra ella. La mujer, desgraciada en las ciudades, lo es mucho más en el fondo de los bosques.

¡Os compadezco, mujeres! Únicamente había una reparación á la altura de vuestros males, y si yo fuera legislador quizá la hubierais obtenido. Emancipada de toda servidumbre, hubieseis sido consagradas donde quiera que os hubieseis presentado.

.....

EL HERMANO COSME

He aquí una historia desarrollada á la puerta de mi casa. Lugar de la escena, el hospital. El hermano Cosme tenía necesidad de un cadáver para hacer algunos experimentos sobre la talla. Se dirigió al padre enfermero, y éste le dijo:

—Llega usted á tiempo. Ahí, en el número 46, hay un muchacho que sólo tiene para dos horas.

—¡Dos horas!—le responde el hermano Cosme;—no me conviene. Necesito ir esta tarde á Fontainebleau, de donde no vendré hasta mañana á las siete de la tarde.

—¡Bueno! ¡no importa!—le dijo el enfermero;—procuraremos alargarlo.

El hermano Cosme partió; el enfermero fué á la farmacia y recetó un buen cordial para el número 46; el cordial hizo maravillas, el enfermo durmió cinco ó seis horas. Al día siguiente fué á verle el enfermero, le encontró sentado en la cama, tosiendo y escupiendo libremente, casi sin fiebre, ni opresión, ni el menor dolor de cabeza.

—¡Ah, padre!—le dijo el enfermo;—no

sé qué me ha dado usted; pero me ha devuelto la vida.

—¿De veras?

—Seguramente. Otra poción como esta y es cosa concluída.

—Sí, ¿y qué dirá el hermano Cosme?

—¿Qué es eso del hermano Cosme?

—Nada, nada;—respondió el enfermero rascándose la barba y algo contristado.

—Padre,—le dijo el enfermo;—cualquiera diría que le contraría el verme mejorado.

—No, no; no es eso.

Sin embargo, á cada hora el enfermero se presentaba al enfermo y le decía:

—¡Qué tal amigo, cómo va eso?

—Padre, muy bien.

Y el enfermero alejándose decía:

—¡Si llegará á curarse! ¡Si le habré alargado hasta llegar á la salud!

Lo que sucedió en efecto.

Al día siguiente se presentó el hermano Cosme dispuesto á practicar su experimento.

—¿Y mi cadáver?—preguntó.

—¡Cadáver! No hay.

—¡Cómo que no hay!

—No, y por culpa de usted. Nuestro hombre estaba á punto de morir y usted tiene la culpa de que viva. ¿Por qué diablos se ha ido usted á Fontainebleau? Si no se hubiese movido de aquí, jamás hubiera pensado en darle ese cordial que le ha curado y el experimento quedaría hecho.

—Está bien,—dijo el hermano Cosme;—no se ha perdido gran cosa: otra vez será.

La tolerancia absoluta y perfecta es casi una quimera en el cura y en el laico.

Los laicos que tienen opiniones diversas sobre la divinidad, acaban por odiarse; la misma división entre las familias, entre las ciudades y entre los imperios.

El cura es intolerante por estado; reduciría su culto á nada si pudiera declarar que se puede agradar á dios en otro. Ha fundado á capricho una moral sobre la religión y ha declarado que sin la creencia en un dios, es decir, en el suyo, no hay lazo social posible. El incrédulo, que es todo aquel que no cree lo que él, es enemigo de dios y dios es su enemigo: es un malvado

en este mundo y un réprobo en el otro. Es imposible vivir con aquel que se ve desde ese punto de vista, y el pueblo acepta siempre sobre esto las ideas del cura.

. . . /

No me gusta dar consideración excesiva á los que hablan en nombre del todopoderoso.

Los curas son aún más sospechosos conservadores de leyes que los magistrados, y en ningún lugar del mundo se les puede reducir al estado de simples ciudadanos: han tenido la osadía de decir que sólo dependen de dios y no han cesado jamás de creerlo así; en todas partes han pretendido tener un fuero especial y el derecho de atar y desatar juramentos; ceder á sus pretensiones es someterse á ellos.

No se puede tener tolerancia con una clase de hombres que santifica el crimen cuando les conviene; nunca se desconfiará demasiado de quienes conservan el privilegio de hablar al pueblo reunido en asamblea en nombre del dueño del Universo.

Nunca han sido más terribles las perturbaciones de la sociedad que cuando los

perturbadores pueden servirse del pretexto de la religión, y disfrazar con ella sus designios.

El cura, cuyo sistema es un tejido de absurdos, tiende secretamente á prolongar la ignorancia; la razón es enemiga de la fe, y la fe es la base del estado, de la fortuna y de la consideración del cura.

Cuanto más santo es el cura, es más peligroso. El cura corrompido no es nada, es un envilecido.

.....

No hay hombre sensato que al primer golpe de vista imparcial sobre todas las religiones de la tierra no las reconozca como un tejido de mentiras extravagantes, un sistema en que las categorías han sido ordenadas de este modo: dios, el sacerdocio, la monarquía, el pueblo.

El filósofo habla mal del cura, el cura dice mal del filósofo, pero el filósofo no ha matado jamás curas y el cura ha matado muchos filósofos.

¿Por qué los filósofos no han matado curas ni reyes? Porque no tienen ni confesionarios ni púlpitos; no seducen en secreto,

ni predicán á los pueblos reunidos. Si alguna vez son fanáticos, su fanatismo no tiene carácter sagrado; no hablan en nombre de dios sino en el de la razón, que si no habla siempre fríamente, es siempre fríamente escuchada, y no promete un cielo ni amenaza con un infierno.

J. J. Rousseau

J. J. Rousseau nació en Ginebra (1712), su padre, relojero, se vió obligado á ausentarse, y, niño aún, quedó abandonado á sí mismo. El filósofo tuvo una vida muy agitada y más de una vez se vió reducido á la miseria. Fué, con Voltaire, uno de los principales obreros de la revolución. Murió en 1778.

DE LA ESCLAVITUD

Puesto que ningún hombre tiene autoridad natural sobre su semejante, y considerando que la fuerza no produce ningún derecho, quedan, pues, las convenciones como base de toda autoridad legítima entre los hombres.

Si un individuo, dice Grocio, puede alienar su libertad y hacerse esclavo de un amo, ¿por qué todo un pueblo no podría alienar la suya y hacerse súbdito de un rey? Hay muchas palabras equívocas que necesitarían explicación, pero atengámonos á esta: *Alienar* es dar ó vender. Ahora bien, un hombre que se hace esclavo de otro no se da, sino que se vende, al menos por su subsistencia; pero ¿por qué se vende un pueblo? Lejos de que un rey sostenga á sus súbditos, de ellos sáca su subsistencia, y, según Rabelais, un rey no vive de poco. Los súbditos dan, pues, su persona á condición de que se tomen también sus bienes. Después de esto no veo qué les quede que conservar.

Se dirá que el déspota asegura á sus súbditos la tranquilidad civil. Sea; pero ¿qué ganan con ello, si las guerras que su ambición les atrae, si su insaciable avidez, si las vejaciones de su ministerio les desolan más que sus mismas disensiones? ¿Qué ganan si esa misma tranquilidad es una de sus miserias? También se vive tranquilo en un calabozo, y esa tranquilidad repugna á todo

el mundo. Los griegos encerrados en el antro del cíclope vivían tranquilos esperando el turno para ser devorados.

Decir que un hombre se da gratuitamente es un absurdo inconcebible; semejante acto es ilegítimo y nulo, sólo por el hecho de que el que le ejecuta carece de buen sentido. Decir lo mismo de un pueblo, es calificarle de loco, y la locura no constituye derecho.

Y si suponemos que el individuo puede alienarse á sí propio, no puede alienar sus hijos: nacen hombres y libres; su libertad les pertenece y únicamente á ellos corresponde el derecho de disponer de ella. Antes de que lleguen á la edad de razón, el padre puede estipular condiciones para su conservación, para su bienestar, pero no hacer entrega de ellos irrevocable ó incondicionalmente, porque tal don es contrario á los fines de la naturaleza y excede los derechos de la paternidad.

.....

DEL PACTO SOCIAL

Supongo á los hombres en aquel estado

en que los obstáculos que perjudican á su conservación son superiores á las fuerzas que cada individuo puede emplear para resistirlas, semejante estado primitivo no puede subsistir, y el género humano perecería si no cambiase su manera de ser.

Es evidente que los hombres no pueden engendrar nuevas fuerzas, limitándose únicamente á dirigir las que existen, y por tanto, no tienen otro medio de conservarse, que formar, por agregación, una suma de fuerzas que pueda elevarse sobre la resistencia, poniéndolas en juego por un solo móvil haciéndolas obrar de concierto.

Esta suma de fuerzas sólo puede nacer del concurso de varias; mas como la fuerza y la libertad de cada hombre son los primeros instrumentos de su conservación, ¿de qué modo los comprometerá sin perjudicarse, sin desatender los cuidados que se debe á sí mismo? Esta dificultad, contraída á mi asunto, puede enunciarse en los siguientes términos:

«Hallar una forma de asociación que defienda y proteja con toda la fuerza común la persona y los bienes de cada asociado, y

por la cual cada uno, uniéndose á todos, no obedezca más que á sí mismo y quede tan libre como antes.» Tal es el problema fundamental al que da solución al Contrato social.

.....

Todo concurre á privar de justicia y de razón á un hombre educado para mandar á los otros. Cuesta mucho, según dicen, enseñar á los jóvenes príncipes el arte de reinar, para que después resulte que esa educación no les aproveche. Sería preferible comenzar por enseñarles á obedecer. Los más grandes reyes que celebra la historia no han sido educados para reinar; esta es una ciencia que no se posee jamás á menos que se haya aprendido demasiado. que se adquiere mejor obedeciendo que mandando.

Consecuencia de ese defecto de coherencia es la inconstancia del gobierno real, que, ajustado unas veces sobre un plan, otras sobre otra, según el carácter del príncipe que reina ó de las gentes que reinan por él no puede tener un objeto fijo, ni una conducta consecuente, variación que lleva

siempre el Estado flotando de máxima en máxima, de proyecto en proyecto, y que no tiene lugar en los otros gobiernos donde el príncipe es siempre el mismo. Así se ve que en general, si domina la astucia en una corte, prepondera la prudencia en un senado, y que las repúblicas van á sus fines de un modo más constante y mejor seguido, en lugar de que cada revolución en el ministerio produzca una en el Estado, toda vez que la máxima común á todos los ministros y casi á todos los reyes consiste en hacer en todo lo contrario á su predecesor.

.....

Cuando muchos hombres reunidos se consideran como un solo cuerpo, sólo tienen una voluntad, que se refiere á la conservación común y al bienestar general. En este caso, todos los resortes del Estado son vigorosos y sencillos; sus máximas son claras y luminosas; no hay intereses embrollados y contradictorios; el bien común se manifiesta por todas partes con evidencia y no se necesita más que buen sentido para ser notado. La paz, la unión y la igualdad son enemigas de las sutilezas políticas. Los

hombres rectos y sencillos son difíciles de engañar por su misma sencillez; las torpezas, los pretextos refinados no les imponen; no son aún bastante finos para ser engañados. Cuando se ve en el pueblo más dichoso del mundo los grupos de aldeanos arreglarse sus asuntos bajo una encina y conducirse siempre con prudencia, ¿qué más que desprecio pueden inspirar los refinamientos de las otras naciones que se hacen ilustres y despreciables con tanto arte y misterio?

Voltaire

Voltaire (1694-1778) es una de las más altas personificaciones del genio francés. Las obras inmortales han hecho más por la gloria y el esplendor de Francia en el mundo, que todas las épocas belicosas. Poeta, historiador, filósofo, en verso y en prosa resulta siempre incomparable; apóstol de la tolerancia, de la libertad, de la justicia, preparó la revolución. Defensor generoso de todos los oprimidos de los Calas, de los Sirven, de los siervos del Jura,

perseguido, desterrado, no cesó de trabajar y de luchar hasta su último suspiro, durante una vida de ochenta y cuatro años, por la emancipación del espíritu humano.

Extracto del *Diccionario Filosófico*.

ABAD

Los antiguos monjes daban ese nombre al superior que elegían. El abad era su padre espiritual: ¡qué significado tan diferente adquieren con el tiempo los nombres! El abad espiritual era un pobre á la cabeza de otros pobres; pero los pobres padres espirituales han llegado después á tener doscientas ó cuatrocientas mil libras de renta, y en la actualidad hay pobres padres espirituales en Alemania que tienen un regimiento de guardias.

¡Un pobre que ha hecho juramento de ser pobre y que, en consecuencia, es soberano! Se ha dicho ya, y es necesario repetirlo mil veces; esto es intolerable. Las leyes reclaman contra este abuso, la religión se indigna de él, y los verdaderos pobres, desnudos y hambrientos, lanzan gritos al cielo á la puerta del señor abad.

Pero oigo á los señores abades de Italia, de Alemania, de Flandes, de Borgoña, que dicen: ¿por qué no hemos de acumular bienes y honores? ¿por qué no hemos de ser príncipes? ¿no lo son los obispos? Originariamente eran pobres como nosotros; se han enriquecido, se han elevado; uno de ellos se ha hecho superior á los reyes; dejadnos imitarlos tanto como podamos.

Tenéis razón, señores, invadid la tierra; ella pertenece al fuerte ó al hábil que puede ó sabe apropiársela; habéis aprovechado los tiempos de ignorancia, de superstición y de demencia, para despojarnos de nuestra herencia, para pisotearnos y para engrasarnos con la substancia de los desgraciados; pero temblad cuando llegue el día de la razón.

Querido lector, quien quiera que seáis, ministro ó magistrado, considerad con atención este trocito del libro de nuestro obispo.

«Representaos el convento del Escorial ó del Monte-Casino, donde los cenobitas tienen toda clase de comodidades necesarias, útiles, deleitables, superfluas, sobre

abundantes, puesto que tienen los ciento cincuenta mil, cuatrocientos mil, quinientos mil, escudos de renta, y juzgad si el señor abad puede dejar dormir la siesta al que quiera.

»Por otra parte, representaos un artesano, un labrador, que no tiene por todo valor más que sus brazos, cargado de familia, trabajando todos los días y en toda estación como un esclavo, para nutrirla con el pan del dolor y el agua de las lágrimas; y á continuación comparad la preeminencia de la una ó de la otra condición en punto á pobreza.»

He aquí un pasaje del Apocalipsis episcopal que no necesita comentarios: sólo falta que un ángel venga á llenar la copa del vino de los frailes para apagar la sed de los agricultores que labran, siembran y recogen para los monasterios.

.....

APARICIONES

Las historias de las apariciones son innumerables. Se pretende que, bajo la fe de una aparición, al principio del siglo IV,

San Teodoro incendió el templo de Amasea, reduciéndolo á cenizas. Es verosímil que dios no le hubiese ordenado esa acción, que en sí misma es tan criminal, por la cual perecieron tantos ciudadanos y que exponía á todos los cristianos á una justa venganza.

Que santa Potamiana se haya parecido á santa Basilida, dios puede haberlo permitido; pero que San Benito haya visto el alma de san Germán de Capua llevada por ángeles al cielo, y que dos frailes hayan visto la de San Benito andar sobre una alfombra extendida desde el cielo hasta Monte-Casino, eso es más difícil de creer.

Hasta puede dudarse, sin ofender nuestra augusta religión, que san Euquer fué llevado por un ángel al infierno, donde vió el alma de Carlos Martel, y que un santo eremita de Italia viera á unos diablos que encadenaban el alma de Dagoberto en una barca y le daban cien latigazos; porque, después de todo, no sería fácil explicar con claridad cómo un alma anda sobre una alfombra, cómo se le encadena en una barca y cómo se le azota.

Pero puede muy bien suceder que cerebros iluminados hayan tenido semejantes visiones; hay mil ejemplos de siglo en siglo.

SENTENCIAS

Se han hecho en varios países, y sobre todo en Francia recopilaciones de esos asesinatos que la tiranía, el fanatismo, y hasta el error y la debilidad, han cometido con el cuchillo de la justicia.

Hay sentencias de muerte que años enteros de venganza podrían apenas expiar, y que harán temblar los siglos venideros.

Después de esos atentados enormes, cometidos ceremoniosamente, vienen los asesinatos jurídicos cometidos por la cobardía, la bestialidad, la superstición; y éstos son innumerables.

En esta clase colocaremos principalmente los procesos de sortilegio, sin olvidar que aun en 1750 la justicia sacerdotal del obispo de Vurtzburgo condenó como bruja á una religiosa al suplicio del fuego. Para que no se olvide, repito aquí esta aventura

de que he hablado en otra parte. Suele olvidarse demasiado pronto.

Quisiera que cada día del año un pregonero, en lugar de gritar como en Alemania y en Holanda, las horas, lo que puede saberse muy bien sin él, gritase: «¡Hoy hace años que, en las guerras de religión, Magdeburgo y todos sus habitantes fueron reducidos á cenizas! ¡El 14 de Mayo, á las cuatro y media de la tarde, fué asesinado Enrique IV por no ser bastante sumiso al papa! ¡En tal día se cometió en nuestra ciudad tal abominable crueldad bajo el nombre de justicia!»

Estas advertencias continuas serían muy útiles.

.....

ATEO

Los primeros padres de la Iglesia se forjaban casi todos un dios corporal. Después los otros no le daban extensión, pero le collocaban, sin embargo, en una parte del cielo: según unos, había creado el mundo en el tiempo, y según otros, había creado tiempo y todo; aquéllos le daban un hijo

semejante á sí mismo; éstos no admitían que el hijo fuese semejante á su padre. Se disputaba sobre la manera cómo una tercera persona procedía de las otras dos.

Se discutía si el hijo había sido compuesto de dos personas sobre la tierra.

De este modo, sin apercibirse de ello, la cuestión se planteaba así: si había en la divinidad cinco personas, contando dos para Jesucristo sobre la tierra y tres en el cielo, ó cuatro personas no contando al Cristo sobre la tierra más que por una, ó tres personas considerando á Cristo únicamente como dios.

Se disputaba sobre su madre, sobre la bajada al infierno y al limbo, sobre la manera de comer el cuerpo del hombre dios, y cómo se bebía la sangre del dios hombre, y sobre su gracia, y sobre sus santos, y sobre muchas otras materias.

Cuando se veía á los confidentes de la divinidad tan discordantes entre sí, anatematizándose unos á otros de siglo en siglo, pero conformes todos en la sed inmoderada de riquezas y de grandezas; cuando por otro lado fijabais la vista en ese número

prodigioso de crímenes y de desgracias que infectan la tierra, la mayor parte causados por las disputas de esos dueños de las almas, preciso es declararlo, parece permitido al hombre razonable dudar de la existencia de un ser anunciado de tan extraña manera, y al hombre sensible imaginar que un dios que hace libremente tanto mal no existe.

.....

AUTORIDAD

¡Miserables humanos! Ora useis traje verde ó turbante, ora vistáis sotana con sobrepelliz ó manteo y alzacuello, no empleéis jamás la autoridad donde sólo debe emplearse la razón, ó de lo contrario consentid en ser escarnecidos á través de los siglos como los más impertinentes de todos los hombres y en sufrir el odio público como los más injustos.

Se os ha hablado cien veces del insolente absurdo con que condenasteis á Galileo, y yo os hablo por la centésima-primera, queriendo que se grabe sobre la puerta de vuestro Santo Oficio:

Aquí, siete cardenales, asistidos de hermanos menores, encerraron en un calabozo al maestro italiano del pensamiento, de 70 años de edad; le hicieron ayunar á pan y agua, porque instruía al género humano y ellos eran ignorantes.

Allá, se dió un decreto en favor de las categorías de Aristóteles, y se estatuyó sabia y equitativamente la pena de galeras contra quien tuviera el atrevimiento de tener opinión contraria al Estagirita, que era un santo doctor cuyos libros fueron quemados en otro tiempo por acuerdo de dos concilios.

Más lejos, una facultad que carece de grandes facultades, lanzó un decreto contra las ideas innatas, sin que la mencionada facultad fuese siquiera informada por sus bedeles de lo que es una idea.

En escuelas vecinas se ha procedido jurídicamente contra la circulación de la sangre.

Se ha intentado proceso contra la inoculación, y las partes han recibido citación judicial.

En la aduana del pensamiento se han

recogido veinte volúmenes en folio en los cuales se decía con alevosía y traición que los triángulos tienen tres ángulos, que un padre tiene más edad que un hijo y que la harina no es una hoja de encina.

En consecuencia, hay quien se cree superior á Arquímedes, á Euclides, á Cicerón, á Plinio, y se pavonea en el barrio de la Universidad.

.....

ANIMALES

¡Qué lástima! ¡qué pobreza es haber dicho que los animales son máquinas privadas de conocimiento y de sentimiento, que hacen siempre sus operaciones de la misma manera, que no aprenden nada, no perfeccionan nada, etc.!

¡Cómo! ¿Ese pájaro que hace su nido en semicírculo si lo fija en una pared, que lo construye en cuarto de círculo cuando está en un ángulo y en círculo sobre un árbol; ese pájaro hace todo de la misma manera? ¿Ese perro de caza que has disciplinado durante tres meses no sabe más al cabo de ese tiempo que lo que sabía antes de las

lecciones? ¿El canario á quien enseñas una melodía, la repite al instante? ¿No empleas un tiempo considerable en enseñarlo? ¿No has visto que se equivoca y corrige?

¿No es cierto que porque te hablo juzgas que tengo sentimiento, memoria é ideas? Claro que sí, y luego, si no te hablo, si me ves entrar en casa con aspecto afligido, buscar un papel con inquietud, abrir el cajón donde me acuerdo haberle dejado, encontrarle y leerle con alegría, juzgas que he experimentado aflicción y placer, que tengo memoria y conocimiento.

Fija el mismo juicio sobre ese perro que ha perdido su amo, que le ha buscado por todos los caminos con gritos dolorosos, que entra en la casa agitado, inquieto, sube y baja, va de cuarto en cuarto y encuentra al fin al amo á quien ama, y le atestigua su alegría por la dulzura de sus gritos, por sus saltos, por sus caricias.

Si ese perro, que tan prodigiosamente gana al hombre en amistad, cae en poder de ciertos bárbaros, le clavarán sobre una mesa y le disecarán vivo para mostrarte las venas mesaraicas. Descubren en él los mis-

mos órganos del sentimiento que existen en tí. Respóndeme, maquinista, ¿ha puesto la naturaleza en ese animal todos los resortes del sentimiento para que no sienta? ¿tiene nervios para ser impasible? No supongas esa impertinente contradicción en la naturaleza.

BULAS

Si se dijese á un africano ó á un asiático que en esta Europa hay hombres que han prohibido á otros hombres comer carne en viernes, pero que el papa da permiso para comerla por una bula mediante dos reales de plata, y que otra bula permite retener el dinero robado, ¿qué dirían el asiático y el africano? Convendrían á lo menos en que cada país tiene sus costumbres, y que en este mundo, cualquiera que sea el nombre que se dé á las cosas y el disfraz con que se las cubre, todo se hace por dinero con-tante y sonante.

No sólo se venden bulas, sino que se manda comprarlas, y, como es natural, cuestan más caras en el Perú ó en Méjico que en España. Se venden á peseta, y es

justo que los países que producen el oro y la plata paguen más que los otros.

El pretexto de esas bulas consiste en que con su producto se hace la guerra á los moros. Los suspicaces no ven la relación que haya entre ese negocio y la guerra contra los africanos, y añaden que Jesucristo no ha mandado jamás que se hiciese la guerra á los mahometanos bajo pena de excomuniación.

La bula que permite retener la propiedad ajena contra la voluntad de su dueño se llama bula de composición, está arrendada hace ya bastante tiempo y ha producido sumas honradas en España, en el Milanesado, en Sicilia y en Nápoles. Los adjudicatarios encargan á los frailes más elocuentes la predicación de esta bula, y los pecadores que han robado al rey, al Estado ó á los particulares se confiesan con esos predicadores, les exponen cuán triste sería restituir el todo; planteado el asunto, ofrecen cinco, seis ó más por ciento á los frailes para retener el resto con seguridad de conciencia, y, la composición hecha, reciben la absolución.

El hermano predicador, autor del *Viaje por España é Italia*, impreso en París, con privilegio, se expresa así sobre esta bula: «¿Quién no quiere quedar en paz á un precio tan razonable, y en disposición de robar más cuando se tenga necesidad de mayor cantidad?»

II

Los Estados Generales de 1789

Cuando se convenció Luis XVI de la inminencia del peligro que amenazaba al estado, llamó á Necker para que le ayudase á preparar la reunión de los Estados Generales. Necker convocó una asamblea de notables (1788), encargada de determinar el modo de elección de los diputados.

Con este motivo estalló el primer conflicto entre los privilegiados y los defensores de la nación. Los grandes vieron en la consulta de los Estados Generales un medio de arrancar á la nación el dinero necesario para colmar el déficit que habían causado; ni por un instante siquiera pensaron en otras reformas que en consentir el pago del impuesto y en liquidar los derechos feudales que pesaban aún sobre los campesinos. Los nobles se creían seguros del triunfo

como en los tiempos pasados; porque uniéndose al clero, cuyos intereses eran los mismos que los suyos, tendrían siempre la mayoría en la asamblea: se elegía un diputado del clero y uno de la nobleza contra uno del tercer estado.

Pero Necker luchó ventajosamente contra los privilegiados para combatir esta desproporción en la representación nacional; hizo decidir que se tomarían dos diputados del tercer estado (que representaba más de las tres cuartas partes de la nación) contra uno de la nobleza y otro del clero, lo que desequilibraba la mayoría.

Necker hizo conceder aún el derecho de voto á los campesinos, á los curas rurales y á los protestantes; es decir, que todo francés á partir de los 25 años de edad fué declarado elector.

Sin embargo, la elección no se hizo por sufragio directo; se empleó el sufragio de dos grados; he aquí en que consistía: todos los franceses mayores de edad debían escoger cierto número de representantes que elegían los diputados á los Estados Generales. De este modo no era la representación

directa del pueblo; pero así y todo este sistema era superior á los errores seguidos hasta entonces.

Después de esta primera derrota, quedaba aún un recurso á los privilegiados: mantener el voto de los Estados por órdenes.

En el voto por cabeza, cada diputado suministraba un voto independiente del de sus colegas. En el voto por órdenes, la nobleza, el clero y el tercer estado deliberaban separadamente y tomaban cada uno su decisión sobre los asuntos propuestos, de manera que no había más que un voto para cada orden. Los dos órdenes privilegiados marchaban siempre de acuerdo, obteniendo por ese medio la mayoría que habían perdido por el aumento de representantes del tercer estado. Veremos cómo fracasaron también en esto.

Desde que se conoció oficialmente la convocatoria de los electores, reuniéronse éstos para redactar sus actas, es decir, para dar á conocer sus reivindicaciones y las reformas que creyeron necesarias.

En tanto que la nobleza y el clero recla-

maban con tenacidad la conservación de los privilegios, había unanimidad en las actas del tercer estado para reivindicar las medidas siguientes:

1.º El establecimiento de una monarquía constitucional, con poderes claramente definidos, que gobierne por medio de ministros responsables, y una asamblea legislativa regularmente convocada.

2.º La inviolabilidad de los miembros de esa asamblea, lo que significa que no se puede, digan lo que quieran, aprisionárseles arbitrariamente.

3.º El mandato imperativo de los electores; es decir, que el representante de una provincia reciba de los habitantes de esta provincia el programa de la política que debe sostener ó combatir en la asamblea.

4.º La repartición igual del impuesto.

5.º El voto anual del presupuesto ó estado de ingresos ó gastos durante el curso del año.

6.º La supresión de todo privilegio.

7.º La garantía de la libertad individual ó la supresión de las cartas con la firma en blanco y de las persecuciones religiosas.

8.º La supresión de los gobernadores de provincia y de los intendentes, y su sustitución por municipios y asambleas provinciales.

9.º La supresión de los derechos feudales, del diezmo y de la justicia señorial y eclesiástica.

10. Un código de ley única interpretado por una magistratura inamovible, privada de toda atribución política y que no compre sus cargos.

11. La supresión de numerosos conventos y la parte de los bienes del clero para colmar el déficit de la hacienda.

Como se ve, las peticiones formuladas en las actas del tercer estado tendían al establecimiento de una administración uniforme para toda Francia, y á la reparación bien determinada de los poderes legislativo, ejecutivo y judicial.

La reunión de los Estados Generales se fijó para el 5 de mayo de 1789, en Versalles. La víspera los diputados debían asistir á una misa (no podía hacerse nada sin el hisopo); el obispo la Fare pronunció un discurso en el cual se esmeró en hacer

sentir las diferencias que separaban cada orden y especialmente en recordar al tercer estado la humildad de su condición:—«Recebid, dijo al rey terminando, los homenajes del clero, los respetos de la nobleza y las humildes súplicas del tercer estado.»

El 5 de mayo tuvo lugar el desfile solemne por las calles de la ciudad para asistir á la sesión real. Sobresalían los diputados de la nobleza, ricamente vestidos, cubiertos de bordados y encajes y con plumas en el sombrero; en tanto que los del tercer estado llevaban un sencillo traje de lana, pero que realzaba singularmente la grave dignidad de los diputados.

En esta primera sesión fué discutida la cuestión del voto por orden ó por cabeza; el rey, como pudo verse por una especie de acotación mal cortada, en la cual se traslucía su indecisión habitual, hubiese querido el voto por cabeza respecto de la reforma del impuesto para tener la seguridad de que cedía la nobleza, y el voto por orden para las otras reformas, para poder desecharlas. Sistema falso y débil que no tuvo otros partidarios que el rey y el minis-

tro Necker. El voto por cabeza fué el que prevaleció.

Los nobles y el clero quisieron retirarse á sus cámaras respectivas de deliberación; el tercer estado se negó á someterse; sus miembros permanecieron en la sala de las sesiones, esforzándose para atraer á sí á los privilegiados. Muchos, en efecto, acudieron al llamamiento y casi no quedaron fuera de la asamblea común más que los altos dignatarios del clero y la nobleza de la corte. Y aún entre éstos pudieran exceptuarse los admiradores de la constitución inglesa, que vinieron á unirse al tercer estado.

Por último, cansados de pasar tiempo en la inacción, á consecuencia de la mala voluntad de la minoría, el tercer estado, observando que por sí sólo representaba el noventa y seis por ciento de la nación, decidió constituirse en asamblea sin esperar más y comenzar sus trabajos (17 junio).

Entonces el rey hizo cerrar la sala de las deliberaciones, alegando los preparativos de una sesión real, fijada para el 23 de junio.

A pesar de eso el tercer estado no se dió por vencido: se reunió en la sala del juego de pelota, y, á la voz de Bailly que, subido sobre una mesa, leyó la fórmula del juramento, todos juraron «no separarse, reunirse donde quiera que las circunstancias lo exigiesen, hasta que la constitución del reino quede establecida y afirmada sobre sólidos fundamentos» (20 junio).

El 23 de junio, Luis XVI quiso mostrarse severo en la sesión real; pero su derrota fué absoluta, y en presencia de la enérgica persistencia del tercer estado, se vió obligado á ordenar la fusión de los tres órdenes. Los Estados Generales se transformaron algunos días después en Asamblea Nacional Constituyente (9 julio).

No obstante, la corte no se preocupaba de esos fracasos sucesivos. Los amigos de la reina consiguieron que se dirigieran á París regimientos mandados por uno de los más fogosos enemigos del pueblo, el barón de Breteuil, que estaba decidido, si lo juzgase necesario, á incendiar París. Pero los parisienses respondieron á este ataque tomando las armas y preparándose á la lucha.

Dirigiéronse hacia la Bastilla, prisión detestada donde se encerraban los escritores que tenían audacia suficiente para criticar al gobierno ó decir la verdad respecto de la religión. La Bastilla fué tomada por asalto (14 julio); el preboste de los mercaderes y los regidores fueron expulsados del Hôtel de Ville y se proclamó la *Commune* de París con Bailly por alcalde.

Creóse también la guardia nacional, nombrándose su jefe á Lafayette, y se adoptó como signo de unión la escarapela tricolor, que el mismo rey hubo de aceptar de manos de Bailly.

Lo que contribuyó á dar á los representantes del pueblo la energía de resistir abiertamente y con firmeza al rey y á su corte, fueron las rebeliones que continuaron estallando en todos los puntos de Francia, en las ciudades como en los campos; agitación que duró hasta el fin de 1793, sembrando el terror entre los privilegiados y forzando á la asamblea á hacer la parte del pueblo en la revolución, á consagrar el hecho consumado de la abolición de los derechos feudales y de la expropiación del

suelo, que estaba acaparado por los conventos y por los nobles.

Los privilegiados, espantados, comenzaron á emigrar, en tanto que la Asamblea Nacional, impulsada por el valor popular, en una sesión célebre (noche del 4 de agosto 1789) abolió unos privilegios que de hecho ya no existían y que hubiese sido imposible restablecer. En esta misma sesión fué promulgada el acta considerada como base de la revolución: la declaración de los derechos del hombre, ó principios de 1789.

Gregoire

Gregoire, nacido en 1750, era párroco de Embermenil cuando fué elegido diputado á la Asamblea Constituyente, donde defendió la causa de los oprimidos; hizo conceder á los judíos, hasta entonces perseguidos, el derecho de ciudadanía, y consiguió la abolición de la esclavitud de los negros en las colonias. En 1791 fué nombrado obispo constitucional.

Representante en la Convención Nacional, participó activamente en la creación

de la mayor parte de las grandes instituciones científicas.

En la sesión de la Convención, 22 septiembre 1792, dijo:

Es seguro que ninguno de nosotros propondrá la conservación en Francia de la raza funesta de los reyes; sabemos perfectamente que todas las dinastías no fueron más que razas devoradoras que vivían de carne humana; pero hay que dar plena seguridad á los amigos de la libertad; hay necesidad de destruir el mágico talismán que sirve aún para sugestionar á los hombres. Pido, pues, que por una ley solemne consagréis la abolición de la monarquía.

Los reyes son en el orden moral lo que los monstruos en el orden físico. Las cortes son el taller de los crímenes y la madriguera de los tiranos. La historia de los reyes es el martirologio de las naciones, y puesto que estamos todos igualmente penetrados de esta verdad, ¿á qué discutir? Pido que mi proposición sea puesta á votación, salvo á redactarla en seguida, con un considerando digno de la solemnidad de este decreto.

.....

Contra la inviolabilidad de la persona del rey:

Un perjurio, un asesinato, son, en verdad, acciones reales en cuanto al hecho, según las costumbres feroces de los hombres llamados reyes, pero en cuanto al derecho, esos crímenes entran en la clase de los delitos privados.

Después de haber discutido los principios, paso á la aplicación: La monarquía fué siempre para mí objeto de horror; pero Luis XVI ya no está revestido del carácter de rey; me despojo de toda animadversión contra él para juzgarle de una manera imparcial. Por otra parte, ha hecho ya tanto para obtener el desprecio, que no deja lugar al odio. ¿Qué hombre se ha burlado con mayor descaro de la fe de los juramentos?

En este mismo recinto dije á los legisladores: «Jurará todo, pero no cumplirá nada.» ¿Qué predicción fué nunca mejor cumplida? Ese digno descendiente de Luis XI venía, sin ser invitado, á decir á la Asamblea que los enemigos más peligrosos del Estado eran aquellos que dudaban de su lealtad, y entrando en seguida en su

antro monárquico iba con su Jezabel y su corte á combinar y madurar todo género de perfidias.

¡Y este hombre no será digno de castigo! ¡La historia que grabará sus crímenes podrá pintarle de un solo rasgo: «¡En las Tullerías se degollaban miles de hombres; el estampido del cañón anunciaba una carnicería espantosa, y aquí, en esta sala comía!»

Camilo Desmoulins

Camilo Desmoulin nació en 1760. Hizo brillantes estudios en París, en compañía de Maximiliano Robespierre. Desde el principio de la revolución se mostró partidario entusiasta de las reformas. Su folleto *La Francia libre* tuvo un éxito extraordinario. Publicó en seguida el discurso de la *Linterna á los parisienses*, después *Las revoluciones de Brabante* y *El viejo franciscano*. Fué guillotinado durante el Terror (1793).

LA LINTERNA Á LOS PARISIENSES

Bravos parisienses:

¿No habéis observado aún que el grito de

viva el rey apenas se usa y envejece como el grito de Montjoie de Saint-Denis? En otro tiempo, si los parisienses hubiesen dado al príncipe un barco ó concedido un privilegio, en vez de gritar ¡viva la buena villa de París! se gritaría ¡viva el rey! Si hubiésemos batido á los imperiales, en lugar de gritar ¡viva nuestros soldados! ¡viva Turena! bajo sus tiendas llenas de heridos, las buenas gentes gritarían ¡viva el rey! mientras que á cien leguas de allí, el rey reposaba blandamente bajo los pabellones de la voluptuosidad ó perseguía un gamo en el bosque de Fontainebleau. Ultimamente aun, en la noche del 4 de agosto, cuando la nobleza y los comunes disputaban sacrificios, se despojaban de privilegios y se oía por todas partes en la Asamblea Nacional estas conmovedoras palabras: ¡Todos somos iguales, todos amigos, todos hermanos! En lugar de gritar: ¡viva el conde de Noailles, viva el duque de Aiguillon, viva Montmorency, Castellane, viva Mirabeau, que les ha dado el ejemplo, viva la Bretaña, viva el Languedoc, el Artois y el Bearn, que sacrifican tan noblemente sus privilegios, ¿no se ha

visto á M. de Lally desgañitarse gritando: ¡viva el rey, viva Luis XVI, restaurador de la libertad francesa? Eran las dos de la madrugada y el buen Luis XVI, sin duda entregado al sueño, lo que menos esperaba era esa proclamación, ni recibir al levantarse una medalla, ni que se le hiciera cantar con toda la corte un fastidioso *Te-Deum* por todo el bien que acababa de realizar. M. de Lally nada es tan bello como la verdad.

.....

LA NOBLEZA Y EL CLERO

Ya no tenemos Estados Generales que expongan quejas; tenemos una Asamblea Nacional que hace leyes. Una asamblea así sólo puede ser compuesta de representantes de la nación, y *La Linterna* no reconoce por representantes de la nación más que á los seiscientos diputados de los municipios, porque los otros seiscientos miembros son diputados, no de la nación, sino del clero y de la nobleza. El clero y la nobleza no tienen más derecho á enviar seiscientos diputados á Versalles que el que tendría la

magistratura ó cualquiera otra corporación. He ahí, pues, seiscientos miembros que es preciso enviar á las galerías. Como todos los ciudadanos son iguales y tienen derecho á concurrir á la Constitución, sería injusto que la nobleza y el clero no fuesen representados, y, por lo tanto, es preciso que tengan sus diputados en la misma proporción que el resto de los ciudadanos, uno por veinte mil. El empadronamiento del clero y de la nobleza se eleva á trescientos mil individuos; es cuestión de escoger quince entre los seiscientos; el resto, respecto de la asamblea, tiene el mismo derecho que el ciudadano del Palacio Real, así piensa *La Linterna*; ante estas causas protesta contra el artículo de la Constitución que establece una religión dominante y un culto exclusivo; y su protesta se funda en derecho; en atención á que si el clero no hubiese tenido trescientos representantes en la Asamblea Nacional, la moción de M. Rabauld de Saint Etienne hubiese prevalecido.

DE LA NOBLEZA

Si la nobleza es un estímulo para imitar

los ejemplos de los antepasados, ¿no lo será más poderoso cuando los niños lo sean todo por sí mismos y nada por sus padres? Toda la nación ha tomado acta de la declaración del vizconde de Entraigues: «La nobleza es el mayor azote que pesa sobre la humanidad. Ellos mismos se han sentenciado. Se conocen y se hacen justicia. ¿Es acaso hereditario el talento? Jamás hubo una familia en el mundo en que la virtud y el genio se transmitieran de padres á hijos, ni secretario del rey que no crea tener la nobleza transmisible. ¿Qué es la nobleza? Qué estúpidos somos; por mucho que jabonen, la barba vuelve á crecer. Queridos conciudadanos, aniquilad esta distinción tan absurda como onerosa.

.....

¡Oh vosotros, dignos representantes de la nación! hasta hoy habéis desempeñado vuestra tarea con valor, y la sabiduría de vuestras deliberaciones es la mejor respuesta á los detractores del gobierno popular. Vuestro juramento antes de la sesión real, y después vuestra respuesta al marqués de Brezé, que os despedía como si fueseis

una procesión, ó hubieseis ido á escuchar un maestro de ceremonias, toda esa conducta prudente y firme ha justificado perfectamente nuestra confianza. Habéis jurado no separaros sin haber dado á Francia una Constitución digna de ella. Proseguid sin temor, el despotismo tiembla al soltar su presa: ha desplegado todo el aparato de su poder; ha osado luchar un momento contra vosotros. ¡Lucha impotente! Habéis persistido, y con vosotros la nación. Continúad dando al mundo el más bello de los espectáculos, un espectáculo desconocido á los siglos pasados, el de la razón desnuda, luchando con la fuerza y venciénola.

Ya se ha operado la más hermosa maravilla. Nuestros soldados han arrojado las armas. El ejemplo que han dado los guardias franceses no será perdido para el ejército. Bravos soldados, venid á confundiros con vuestros hermanos y á recibir sus abrazos. Ibamos á degollarnos mutuamente; venid, amigos, recibid las coronas cívicas que os son debidas. Habéis ennoblecido vuestras espadas; ya no sois los sayones del déspota, ni los carceleros de vuestros

hermanos; sois nuestros amigos, nuestros conciudadanos; ya no tenéis una librea. Venid á sentaros á nuestras mesas; brindemos juntos á la salud de los representantes del pueblo francés.

Marat

Marat (1744-1793) nació en Ginebra; conocido como médico y por descubrimientos importantes en física, fué el primero que empleó la electricidad en el tratamiento de las enfermedades. Cuando estalló la revolución publicó, en defensa de los proletarios, un periódico titulado *El Amigo del Pueblo*.

Marat fué asesinado por una fanática que se introdujo cerca de él interesando su buen corazón para consolar un infortunio.

Marat, aunque diputado á la Convención Nacional, fué siempre un sencillo periodista, y no luchó sino con la pluma y la palabra en defensa de sus ideas. El carácter de monstruo sanguinario y cortador de cabezas que se le atribuye es una ridícula

leyenda que sólo tiene curso entre sacristanes y burgueses.

PROTESTA CONTRA LA LEY MARCIAL

No, no hay desgracias que no puedan esperarse de ese funesto decreto, ni atentados de que no sea origen.

Ordenando á las tropas que marchen contra los ciudadanos reunidos, aniquila á la nación, que sólo existe por la reunión de los individuos. Enconándose contra los oficiales y los soldados que se niegan á oprimir á sus hermanos, divide á los ciudadanos, opone á los unos contra los otros y los excita para que se maten mutuamente. Los ciudadanos tímidos, los que gustan de su reposo, los dichosos del siglo, las sanguijuelas del Estado y todos los tunantes que viven de los abusos públicos nada temen tanto como los motines populares; tienden á destruir su felicidad trayendo un nuevo orden de cosas. Por lo mismo reclaman sin cesar contra los escritos enérgicos, los discursos vehementes; en una palabra, contra todo lo que puede hacer sentir vivamente al pueblo su miseria y recordarle

sus derechos. Cualquiera que sea el terror que llene su alma y que tratan de inculcar á los otros, hé aquí algunas reflexiones que contribuirán á dar seguridad á los espíritus juiciosos.

En primer lugar, el pueblo no se levanta sino cuando llega á la desesperación por la tiranía. ¡Cuántos males sufre antes de vengarse! Su venganza es siempre justa en su principio, aunque no sea siempre ilustrada en sus efectos, mientras que la opresión que sufre se origina siempre en las pasiones criminales de sus tiranos.

Apartemos toda preocupación y veamos.

La filosofía ha preparado, comenzado y favorecido la revolución actual; eso es incontestable; pero los escritos no bastaban, se necesitaban actos. Ahora bien, ¿á qué debemos la libertad sino á los motines populares?

Un motín popular, formado en el Palacio Real, comenzó la defección del ejército y transformó en ciudadanos doscientos mil hombres, de los cuales la autoridad había hecho satélites y quería convertir en asesinos.

Un motín popular, formado en los Campos Elíseos, despertó la insurrección en la nación entera; á ella se debe la toma de la Bastilla, la conservación de la Asamblea Nacional, el aborto de la conjura que evitó el saqueo de París é impidió que el fuego le redujese á cenizas y que sus habitantes pereciesen anegados en su sangre.

Un motín popular, formado en el Mercado Nuevo, hizo abortar la segunda conjura, impidiendo la huída de la familia real y evitando las guerras civiles que hubieran sido su inevitable consecuencia.

.....

NECESIDAD DE FORMAR EL ESPÍRITU PÚBLICO PARA ASEGURAR LA LIBERTAD

Hay un principio fundamental del que debe partir todo defensor de la patria impidiéndole que desespere de la cosa pública, á saber: que el pueblo en corporación no se vende nunca por corrompida que sea la nación; ¿quién podría comprarlo ni aún intentarlo, puesto que sólo para despojarle y convertirle en juguete se esfuerzan en someterle á la cadena? Sobre este principio

inquebrantable se ha apoyado *El Amigo del Pueblo* desde el principio de la revolución, y este principio de eterna verdad le ha fortalecido á la vista de los obstáculos invencibles que parecían oponerse al establecimiento del reinado de la libertad; á la vista de los innumerables vicios de una nación que acababa de escaparse de sus hierros; á la vista de su estúpido respeto hacia sus antiguos amos, de ese furor por las distinciones que le arrastra lejos de la dichosa igualdad, base de todo gobierno libre; de esa crasa ignorancia que no le permite descubrir las emboscadas más groseras que se la tiende; á la vista de esos enjambres de esclavos de la corte, de esas numerosas legiones de satélites reales, de esas hordas de fámulos del antiguo régimen, de esas bandas de pícaros interesados en el sostén de los abusos de que viven, de esos nublados de ciudadanos tímidos que rechazan la libertad, temiendo que las sacudidas que exige su triunfo alteren su bienestar. Pero como esos enjambres, esas hordas, esas bandas, esas nubes de enemigos de la revolución no son más que una parte pequeña

del pueblo, en cuanto su gran masa se conmueve, los empuja como un torrente, ó mejor, los barre y los disipa, como un viento impetuoso.

Para que el pueblo quiera gozar de sus derechos, necesita conocerlos; se trata, pues, de instruirle. Para que no vea la celada que se le tiende, debe apercebirse de ella; se trata, pues, de ilustrarle. Se sigue de esto que la mayor desgracia que pueda acontecerle consiste en abandonarse ciegamente á sus jefes y dormirse en los brazos de los enemigos que le arrastran al abismo.

.....

La primera, la gran razón de la impotencia de nuestros esfuerzos para llegar á la libertad, se deduce de la naturaleza misma de la revolución.

Impulsados á la revolución por exceso de la tiranía, los pueblos han intentado cien veces romper sus hierros.

Lo consiguen siempre cuando la nación entera se levanta contra el despotismo. Nada es más común que ver la nación dividida en dos partidos que se declaran el uno en pro el otro en contra del déspota.

Cuando uno de estos partidos se compone de diferentes clases de la sociedad, el que se declara contra el despotismo logra fácilmente vencerle, porque reúne entonces más ventajas para atacarle que las que tiene el que le defiende para sostenerle. Este es el caso de los suizos, de los holandeses, de los ingleses y de los americanos.

Pero esto no sucede jamás cuando la plebe, es decir, las clases inferiores de la nación son solas á luchar contra las clases elevadas. En el momento de la insurrección su masa lo aplasta todo, pero por más que haya obtenido alguna ventaja acaba siempre por sucumbir, porque encontrándose siempre falto de luces, de riquezas, de armas, de jefes, de planes de operación, se encuentra sin medios de defensa contra conjurados llenos de astucia y de artificio, contra intrigantes eternos que tienen á su disposición riquezas, armas, municiones, las plazas de confianza, los medios que da la educación, la política, la fortuna y la autoridad.

III

La obra de la Constituyente

La declaración de los derechos del hombre fué el tema sobre el cual la Asamblea Nacional elaboró la Constitución. Vamos á exponer y comentar esta declaración:

«Los hombres nacen y mueren libres é iguales en derechos.» Tal es el principio. Viene en seguida el enunciado de los principios ó derechos.

1.º *El principio de la soberanía nacional en oposición con el principio del derecho divino de los reyes.*—La soberanía reside en el pueblo considerado como un ser colectivo, único con derecho á hacer leyes y tomar parte en la gestión de los negocios públicos, sea directamente, sea por sus representantes. Esta soberanía es absoluta é inalienable, es un derecho imprescriptible, del cual el pueblo no puede despojarse, ni aun voluntariamente, porque haciendo

abandono de su propia soberanía, el pueblo compromete la de sus descendientes, lo que á sí mismo no puede permitirse.

Síguese de ahí que el rey no puede gobernar por su propia autoridad. Es el primer magistrado y el representante de la nación, y su papel se limita á hacer ejecutar las leyes por la asamblea legislativa. Sin embargo, conserva el derecho de veto por cuatro años, término de dos legislaturas, después del cual no puede ya oponerse á la adopción de una medida que no aprueba, pero que ha obtenido la mayoría de los sufragios. El rey es irresponsable, pero los ministros que escoge y todos los funcionarios públicos son responsables de los actos de su administración.

El poder legislativo se ejerce por una asamblea elegida por dos años, por sufragio restringido y censitario.

Todos los franceses de 25 años en adelante y que pagan una contribución equivalente á lo menos á tres jornadas de trabajo, forman las asambleas primarias encargadas de designar los electores.

Para ser elector se necesita poseer al me-

nos una renta igual á ciento cincuenta jornadas de trabajo del campo y á doscientas de la ciudad. Estos electores forman las asambleas electorales que eligen los diputados.

2.º *El principio de libertad personal y de igualdad ante la justicia.*—La declaración dice claramente: «La ley es la misma para todos, tanto si protege como si castiga» y «nadie puede ser acusado ni detenido sino en casos determinados por las leyes y en las formas que las mismas prescriben. Los que solicitan, dictan, ejecutan ó hacen ejecutar órdenes arbitrarias, deben ser castigados.» Esto significaba la abolición de las cartas firmadas en blanco y de las antiguas formas de procedimiento.

Para aplicar estas reformas, la Constituyente unificó el Código y organizó la justicia como sigue:

Francia fué dividida en departamentos, á fin de borrar los límites de las antiguas provincias; los departamentos á su vez fueron subdivididos en distritos, los distritos en cantones y los cantones en municipios. En cada cantón se instituyó un juez de

paz, encargado de juzgar los simples delitos, de restablecer el acuerdo entre los habitantes que vienen á exponerle sus quejas y de juzgar sus diferencias si se trata de cortos intereses, en el caso en que no logre conciliar el asunto.

En cada distrito se estableció un tribunal de primera instancia, civil y correccional, y en cada departamento una Audiencia encargada de juzgar los crímenes. Los jueces de la Audiencia están asistidos por un jurado de doce miembros sacados por sorteo entre los habitantes del departamento, encargado de dar su opinión sobre la inocencia ó culpabilidad del acusado y de manifestar si merece ó no las circunstancias atenuantes.

Por último, en París se creó un Tribunal Supremo, cuya función consiste en casar las sentencias que no se han dictado según las formas prescritas por la ley.

3.º *El principio de la libertad de conciencia.*—Según este principio, «Nadie debe ser inquietado por sus opiniones religiosas, siempre que su manifestación no turbe el orden establecido por la ley.»

A fin de sustraer á los ciudadanos de la tiranía eclesiástica, se establecieron los registros del estado civil, donde se inscribían los matrimonios, que eran simples contratos civiles, los nacimientos y las defunciones, actos que hasta entonces se registraban en los libros parroquiales.

Pero la Constituyente instituyó una religión de Estado con el establecimiento de la constitución civil del clero, cuyos miembros debían ser elegidos por diez años y prestar juramento á la Constitución. Los bienes del clero fueron declarados bienes nacionales, y los sacerdotes, asimilados á los funcionarios del Estado, recibieron como ellos un sueldo.

4.º *El principio de la libertad de la palabra y de la prensa.*—Este principio consigna el derecho de expresar libremente sus opiniones, cualesquiera que sean, lo que permite intervenir eficazmente los actos del poder.

5.º *El principio de la propiedad como derecho imprescriptible y sagrado.*—Este principio, que consagra la propiedad, constituyó el error de la revolución.

6.º *El principio de la libertad.*—Este principio suprime las corporaciones, gremios y maestrías que desde la Edad Media oprimían al pueblo de los trabajadores y dificultaban todo perfeccionamiento en la fabricación.

7.º *El principio de repartición del impuesto en razón de las facultades de cada ciudadano.*—El nombre de *impuesto* fué reemplazado por el de *contribución*, que parecía destinado á substituir al sistema despótico, el don voluntario de los ciudadanos para permitir al gobierno el sustento de una fuerza pública y de una administración, que son las dos bases de toda autoridad.

La contribución debía fijarse por el voto público de la asamblea; y para hacerla práctica la Constituyente estableció tres clases de contribuciones directas: la contribución territorial, la personal ó mobiliaria, y la patente.

La contribución territorial la pagan los propietarios de bienes inmuebles.

La contribución mobiliaria es debida por todo ciudadano que paga por su habitación

un alquiler de un valor mínimo determinado, y varía con este valor.

La patente es la contribución pagada por un comerciante ó su industrial para tener el derecho de ejercer su comercio ó su industria.

La Constituyente conservó también los impuestos indirectos del registro, del timbre y de las hipotecas. Tal fué, en conjunto, la obra de la Asamblea Nacional Constituyente. Para juzgarla imparcialmente es necesario referirse á la época en que comenzó sus trabajos, comprender cuál era el estado de la opinión pública en general, que no podía pasar de un salto de la extrema opresión á la concepción de la libertad completa. Necesítase también leer los escritos entusiastas de los hombres más avanzados del país acerca de las reformas realizadas para darse exacta cuenta de su alcance.

Si juzgásemos la obra de la Constituyente según nuestro criterio actual, la encontraríamos por demás insuficiente, y he aquí parte de la crítica que podríamos formular.

1.º Si la Constituyente borró los límites que separaban los tres órdenes de la nación, no por eso dejó de formar una clase directora que, al derecho de la espada, substituyó el del dinero, no menos mortífero é inicuo que el otro.

2.º El sufragio censitario sólo permitía á una fracción muy restringida de la nación intervenir en la vida pública. Una parte considerable del pueblo era representada indirectamente, y una fracción no menos importante quedaba sin representación alguna. Eso era la consagración brutal del dinero.

3.º Por último, la Constituyente, en lugar de establecer pura y simplemente la libertad de conciencia, y de separar por completo la Iglesia y el Estado, conservó una religión privilegiada, con miembros asimilados á los funcionarios públicos, aunque no representen más que un interés de orden puramente intelectual que nada tiene que ver con el funcionamiento bueno ó malo del mecanismo social.

La Constituyente reemplazó la autoridad del rey por la de la ley; pero no suprimió

la autoridad, es decir, que sólo estableció una libertad muy restringida. Conservó gran número de privilegios después de haber votado su abolición en masa.

La continuación de la historia nos mostrará en la práctica esa Constitución terminada en 1791, y analizaremos cuidadosamente sus resultados.

IV

La Convención y su obra

El 30 septiembre de 1791, después de haber decidido que ninguno de sus miembros podría formar parte de la nueva asamblea, la Constituyente se retiró considerando terminada su misión para ceder el puesto á los representantes del pueblo que debían, según la Constitución, ejercer el poder legislativo.

Esta asamblea legislativa se reunió el 20 de octubre del mismo año. Estaba compuesta de miembros jóvenes, entusiastas, inclinados á dar á la revolución un gran empuje y á dirigirse hacia la república.

Conviene decir que Luis XVI mismo trabajó en esa transformación con la deslealtad de su conducta, que llegó á hacer imposible el ejercicio de la monarquía constitucional. Siempre dispuesto á pres-

tar todos los juramentos que se le pedían, al mismo tiempo que juraba fidelidad á la Constitución, conspiraba con los emigrados para obtener el auxilio de los reyes extranjeros, á fin de reconquistar el poder absoluto, mientras que oponía su veto á todas las reformas de la asamblea.

Esa informalidad, esa mala voluntad del rey excitaba la indignación general; las amenazas del rey de Prusia y del emperador de Alemania pusieron el colmo, llegando hasta la declaración de guerra.

Sin embargo, Luis XVI, en lugar de despojarse lealmente de sus funciones, si las creía incompatibles con sus convicciones personales, trató de huir para refugiarse entre los emigrados reunidos en Coblentza, que sólo esperaban la ocasión de precipitarse á la retaguardia de los ejércitos extranjeros para posesionarse nuevamente de sus privilegios, aunque para ello fuese necesario entrar en Francia á sangre y fuego, y aunque el rey reinase sólo entre ruinas, después de haber satisfecho la rapacidad de sus buenos colegas coronados, que no le prestaban desinteresadamente su concurso

y contaban de antemano lo que les valdría su intervención en favor de Luis XVI.

Recordemos también que la nueva Constitución no despojó á los nobles de sus bienes ni de sus títulos, sino que los asimilaba á los demás ciudadanos por el ejercicio de toda la libertad concedida por las leyes. No tienen, pues, ninguna excusa en su rebeldía, causada únicamente por la avidez y por el orgullo de casta. Atraer sobre un país los males de la invasión para continuar oprimiendo al pueblo, es un crimen que no puede borrarse.

Luis XVI no pudo llevar á término su proyecto de huída: reconocido en el camino, fué detenido y conducido nuevamente á París, permaneciendo en las Tullerías bajo la vigilancia de guardias de vista. Continuó, sin embargo, su obra de conspiración y de traición, ocasionando dos motines populares; al segundo se pronunció la abolición de la monarquía.

Durante ese tiempo, los ejércitos, formados de jóvenes que por toda experiencia militar sólo tenían entusiasmo por la libertad amenazada, batían á las tropas aguerri-

das de los soberanos extranjeros y rechazaban victoriosamente la invasión, hecho que prueba que no es necesario haber pasado por el cuartel para saber, cuando la ocasión se presenta, defender sus derechos.

No obstante, la Asamblea Legislativa se retiró, y otra asamblea, la Convención, la sucedió (21 septiembre 1792). Su primer acto fué proclamar la república y decretar la acusación de Luis XVI, que envió al cadalso. Descubriéronse, en un armario secreto en las Tullerías, papeles que probaban la traición del rey: su condenación fué, pues, un acto de justicia.

La Convención ejerció una verdadera dictadura impuesta por la gravedad de las circunstancias. Era necesario hacer frente á numerosos enemigos, tanto del interior como del exterior, donde una coalición de todos los soberanos se había formado contra la Convención. Se necesitaba estar en constante vigilancia contra los conspiradores realistas, apaciguar la guerra civil, formar y proveer ejércitos, impedir que los acaparadores se apoderasen de las subsistencias para cometer indignos agiotajes.

Pero la dictadura, cualquiera que sea, revolucionaria ó realista, arma peligrosa en manos de quien la ejerce, conduce inevitablemente al abuso, y, lejos de salvar la revolución, la Convención la hubiese perdido si no se hubiese visto obligada á contar incessantemente con el pueblo, que permaneció en pie, en plena rebelión y decidido á no perder las cortas ventajas que había obtenido.

Sin embargo, y contando con que obró forzada en algunas ocasiones, hay que reconocer que la Convención hizo grandes cosas en medio de dificultades en que muchos otros gobiernos hubiesen sucumbido. Quiso dotar á Francia de instituciones políticas más adelantadas de lo que permitía la época, y le corresponde el honor de haber creado y organizado la instrucción pública.

La Convención comenzó por reemplazar el modo de elección de la Constituyente por el sufragio universal, y sometió todos sus actos á la censura directa de los electores. Despues declaró «la guerra á los reyes y la paz á las naciones.»

Era necesario oponerse á la invasión en

todas las fronteras, y, por consiguiente, llamar á las armas á todos los ciudadanos capaces de empeñarlas en su defensa: «Ciudadanos: la república es como una gran ciudad sitiada; se necesita que Francia no sea más que un vasto campo, que el curso de los negocios se interrumpa, que el grande y único negocio de los franceses consista en salvar la república... Que cada uno ocupe su puesto: los jóvenes combatirán; los hombres casados forjarán armas, transportarán bagajes y artillería y prepararán las subsistencias; las mujeres cuidarán á los heridos en los hospitales; los niños harán hilas de las ropas, y los ancianos recobrarán la misión que tenían entre los antiguos, propagarán el odio de los reyes y el amor de la república.»

Esos ejércitos improvisados mostraron el mismo valor que los precedentes; siendo digno de notarse, y tanto más meritorio para los defensores de la libertad, desconocida hasta entonces, que esos soldados sufrían duras privaciones y, hallándose descalzos, vestidos con andrajos y hambrientos, no cometieron un solo acto de pillaje,

mostrando de ese modo la gran diferencia que existe entre un pueblo que combate por sostener sus derechos y una soldadesca al servicio de un príncipe. Por lo mismo, por donde quiera que pasaban, las poblaciones en masa hacían causa común con el ejército republicano.

En el interior, la Convención debió tomar medidas extremas, á menudo violentas, para triunfar de la reacción, cuyos ataques se multiplicaban. Un tribunal revolucionario envió al cadalso, después de un juicio sumario, á todos los denunciados como sospechosos. Perecieron así muchos inocentes, y, como en todos los tiempos de trastornos, miserables delatores se aprovecharon para ejercer venganzas satisfaciendo odios particulares. Fué la época del Terror (1793).

A los que no quieren ver más que la sangre vertida y no los servicios prestados, responderemos por una comparación. No hay historiador que no otorgue á Pedro I de Rusia un tributo de elogios, que no le conceda el título de grande, por haber introducido en su país los beneficios de la civilización (estilo consagrado). Recuérden-

se, pues, las 7,000 cabezas que hizo cortar ó cortó por sí mismo en un mes, los 100,000 obreros que perecieron para sentar los cimientos de San Petersburgo, y sépase en seguida que la cifra de las víctimas del Terror se eleva, en 420 días, á 2,769. ¡Cuántas veces podría renovarse esa comparación sólo respecto del siglo XVIII, exponiendo las cifras de los hombres sacrificados en las guerras de ambición sostenidas por los reyes!

No olvidemos que los franceses de la revolución no querían la guerra, y que á ella fueron obligados por la traición de los nobles y de Luis XVI, y por las amenazas de los reyes poseídos de espanto.

La Convención se esforzó para esparcir la instrucción; creó los tres órdenes de escuelas, primarias, secundarias y superiores, siendo la enseñanza gratuita en todos los grados; instituyó, además, las escuelas especiales, el Conservatorio de Artes y Oficios, y transformó en museo de arte el antiguo palacio de los reyes, el Louvre, convertido así en palacio del pueblo; creó la oficina de las longitudes; adoptó el sistema métrico, el telégrafo aéreo de Chappe, y alentó todas

las aplicaciones de las ciencias á la industria.

Los hombres que constituían aquella asamblea eran mucho más adelantados en ideas que la masa de la nación. El pueblo, una vez libertado del pago de sus cargos feudales, y en libertad de ser propietario de los bienes de los emigrados, se desinteresó de otras mejoras. Por lo mismo la reacción no tardó en reproducirse y fué necesario un siglo de luchas para que penetrase el ideal convencional en el seno de los pueblos.

Por otra parte, ese ideal harto grande para la época, no basta ya en nuestros días; en cada siglo cambian las condiciones de la vida, y sucede á las sociedades como á los seres vivientes, que deben transformarse para adaptarse á su medio, so pena de desaparecer rápidamente.



COMPENDIO

DE

HISTORIA UNIVERSAL

QUINTA PARTE

DESDE NAPOLEÓN HASTA NUESTROS DÍAS

I

Napoleón y Europa

La ignorancia es el mayor azote de las sociedades. Esta verdad, tantas veces proclamada, encuentra aplicación á cada instante en la historia de los pueblos. Menos de medio siglo después del gran esfuerzo de emancipación representado por la revolución francesa, la nación que lo había realizado cayó bajo el yugo del peor despotismo, á consecuencia de la ceguedad popular.

¿Qué puede esperarse, en efecto, de un

pueblo que no sabe conducirse á sí mismo, que cultiva únicamente su fuerza brutal y la pone al servicio de quien sabe adularle, pasando sucesivamente, y sin razón que lo abone, de un partido al partido contrario? ¿Que siendo incapaz de trabajar espontáneamente en su propia felicidad, cree cándidamente á todos los salvadores y deposita en ellos todas sus esperanzas?

Ni el pueblo francés ni ningún otro de Europa eran aún dignos de la libertad; ni lo serán hasta el día en que, iluminadas las masas en su conjunto y sus más recónditos repliegues, cada hombre encuentre en sí mismo su propio inspirador y maestro, y no tenga necesidad de ninguna autoridad exterior para imponerle sus deberes y otorgarle sus derechos.

He aquí por qué un ambicioso pudo hacer servir la obra revolucionaria para su propia elevación, dominando á la vez momentáneamente á Europa.

La Convención había exigido de la nación un esfuerzo sobrehumano; pasado el peligro, vino el cansancio, y los realistas se aprovecharon para intentar un retroceso.

No pudiendo hacer que la nación retrocediera de un salto, se deslizaron entre los republicanos y trabajaron solamente para desprestigiarlos.

Completamente absorbida por la cosa pública, la Convención impuso á todos una vida austera; ninguna diversión se toleraba si no revestía carácter patriótico. Los convencionales que, en medio de la tormenta y al mismo tiempo que se entregaban á un trabajo gigantesco, soñaban églogas adoptando el lenguaje de Rousseau, no permitían el lujo, ni siquiera el más modesto; llegando hasta practicar visitas domiciliarias, y considerando el uso de un traje elegante como causa de sospecha que podía llevar fácilmente á la guillotina. Aquello era la tiranía de la virtud extremada despojada de su natural brillo y convertida en acción lúgubre y detestable. Mientras duró la lucha y el calor del entusiasmo no molestó esa autoridad implacable, pero una vez el esfuerzo realizado, cuando la suma de energía de que disponía el pueblo fué agotada, la reacción inevitable llevó la sociedad al exceso contrario. Reconstituyóse una cla-

se directora, tan entregada por completo al placer, como antes la nación entera había aceptado el sacrificio; es decir, sin medida.

Los reaccionarios aprovecharon aquel momento para separar de la república el espíritu popular, y si no lograron suprimir el nombre, fuerza es convenir en que cambiaron la cosa.

Resulta, pues, que la Convención debió retirarse para dejar el puesto á un gobierno sin prestigio, apoyado sobre una constitución defectuosa.

Ese gobierno, llamado Directorio, sólo pudo sostenerse por sucesivos golpes de Estado, de los cuales nadie pensó en indignarse (1794). Fué una época de licencia de las costumbres y de desenfreno por la ganancia, que dominaba á la mayor parte de los hombres de aquel tiempo, encaminada á poder derrochar en placeres.

La fatiga general, el goce desenfrenado, animaron á las testas coronadas, que pensaron en tomar su revancha de la humillación que sufrieron ante los ejércitos de la libertad. Formóse una coalición contra Francia; la guerra principió mal para el

Directorio y el desaliento empezó á manifestarse.

Entonces apareció el salvador que, para su enorme daño, entusiasmó locamente á la nación.

Napoleón Bonaparte, joven oficial de fortuna, se distinguió en el sitio de Tolón contra los ingleses. A la sazón era ardiente terrorista, pero era tan ambicioso como pobre, y sus sentimientos liberales desaparecieron á la primera ocasión, la que se presentó con motivo de su nombramiento de comandante en jefe del ejército de Italia.

A fin de reducir al emperador de Austria, el más encarnizado enemigo de la república, el Directorio pensó enviar dos ejércitos, el uno por Alemania y el otro por Italia, que debían juntarse en Viena, con objeto de obligar al emperador á la paz.

El ejército de Italia fué confiado á Bonaparte.

Apenas llegado en presencia de las tropas, el nuevo general reveló sus instintos de ambición vulgar y su ávidez de riqueza. Hasta entonces los ejércitos revolucionarios se habían distinguido por su moderación y

honradez. Bonaparte inspiró á sus soldados un carácter completamente opuesto, del cual puede juzgarse leyendo el texto de su primera proclama:

«Soldados, estáis mal alimentados, casi desnudos; el gobierno os debe mucho, pero nada puede hacer por vosotros; vuestra paciencia y vuestro valor os honran, pero no os procuran gloria ni provecho. Voy á conducirlos á las bellas llanuras del mundo: en ellas encontraréis grandes ciudades, ricas provincias y también honores, gloria y riquezas. ¡Soldados de Italia! ¿os faltará valor?...»

Sila, excitando á sus legiones al pillaje para atraérselas y obtener su ayuda con el fin de alcanzar la dictadura, usaba análogo lenguaje.

Era, en efecto, la dictadura militar en preparación; el reinado del sable se cernía groseramente para caer sobre sus víctimas.

No detallaremos esa campaña de Italia tan celebrada, pero veremos el plan ambicioso de su protagonista, manifestando poco á poco sus proyectos, ó, si se quiere,

concibiendo esos proyectos á medida que el éxito le favorece.

Su objeto consiste en sobrepujar el ejército de Alemania para atribuirse todo el honor de la guerra. Inspirado en esa idea, sus operaciones militares se suceden con una rapidez vertiginosa y se apresura á tratar con el emperador de Austria en el mismo momento en que recibe la noticia de la llegada inminente de su colega. Impone al vencido sus propias condiciones; dispone de la suerte de Italia, crea repúblicas sin la declaración de los interesados, é inflige á Venecia la dominación austriaca: todo por puro capricho y con el fin de mostrar su poder.

El Directorio no ratificó todos sus actos; pero, más fuerte que el Directorio, volvió á Francia embriagado con su propia gloria y soñando con la fortuna de un César.

No obstante, no osó todavía pensar en apoderarse del poder. Imbuído por la lectura de la antigüedad, quiso ir á Oriente á ganar el poder y la fama, para lo cual persuadió al Directorio de la conveniencia de atacar á Inglaterra, que permanecía en

actitud hostil, y de herirla en sus colonias, proponiendo al efecto la expedición de Egipto.

Precisamente en aquella época Inglaterra no tenía intereses en aquel país: la proposición fué una torpeza que descubría sus proyectos; pero el Directorio, que comenzaba á temerle, vió con agrado aquel medio de desembarazarse de él, y acordó la expedición de Egipto.

La expedición fué desgraciada, á pesar de las fanfarronadas del general: Bonaparte no encontró en ella la gloria soñada; comenzaba ya á cansarle cuando supo por casualidad que iban mal los asuntos políticos de Francia. Entonces concibió la idea de un golpe de Estado, é inmediatamente, abandonando su ejército, acudió á París.

Surgió nueva guerra contra toda Europa, excepto Prusia, y á la noticia de la llegada de Bonaparte, el pueblo manifestó una estúpida alegría, acogiéndole como un libertador; de Marsella á París obtuvo una ovación no interrumpida; cantos compuestos en su honor, y todo lo que la adulación más exaltada pueda concebir, se le dispensó sin

medida; fué una locura general que postraba todo un pueblo á los pies de un orgulloso vulgar, de un egoísta sin escrúpulo, dispuesto á derramar á torrentes la sangre que se le ofrecía y esparcir por el mundo la ruina y la muerte para elevar un pedestal á su vanidad de conquistador.

Aprovechando la interesada adhesión de sus soldados, Bonaparte se apoderó del poder ejecutivo con el título de cónsul. La asamblea se resistió; pero hizo invadir la sala de sesiones por la tropa á bayoneta calada y arrancar de sus puestos á los diputados recalcitrantes, y á continuación elaboró con dos compadres una nueva Constitución que concentraba toda la autoridad en sus manos, instituyendo un cuerpo legislativo que no tenía derecho de discusión y que, además, estaba enteramente sometido al nuevo amo.

Entonces, Bonaparte, cónsul, vuelve á tomar las armas, continuando el curso de sus victorias, y, al ruido del cañón, con acompañamiento de cantos litúrgicos, se hace coronar emperador bajo el nombre de Napoleón I.

Pero emperador de los franceses era poco para su ambición, y entonces soñó con el imperio de Europa. No consultando más que su locura, sin cuidarse del derecho de gentes ni de las miserias de la guerra, se lanzó como un torbellino sobre Alemania, Austria, Italia y España.

Como era el primogénito de una numerosa familia, trazó en el mapa reinos para sus hermanos; después cambió de opinión y cambió sus destinos. Hizo de sus oficiales príncipes y duques con rentas considerables que derrochaban á sus anchas.

Durante ese tiempo, los pueblos, brutalizados por la soldadesca, sufrían males y duelos que se han solido pasar en silencio. Por todas partes se requisionaban cuantos hombres se hallaban en estado de manejar las armas y se veían obligados á ir á hacerse matar sólo por el honor de obedecer á un tirano glorioso.

Lo más repugnante de todo, es que ese cínico y funesto emperador se haya vanagloriado de haber llevado la libertad á toda Europa, y que existan aún ciegos de inteligencia que lo crean bajo su palabra. ¡Como

si la libertad tuviese algo de común con la conquista!

El gran emperador no se contentaba con destronar reyes, sino que hacía pesar su yugo sobre las naciones y suscitaba en ellas la guerra civil para que sus súbditos se matasen recíprocamente; imponía enormes contribuciones de guerra y hacía los oficios de prendero y chalán, desbalijando los monumentos italianos de sus obras de arte para enriquecer los museos franceses. Napoleón es, á nuestro juicio, el tipo del bandido, jefe de banda, cuyos crímenes sembraron por todas partes el terror.

Pero no son todo dichas en la vida de los conquistadores; á veces encuentran obstáculos inesperados, y con frecuencia, en el momento de su mayor embriaguez, tropiezan en el obstáculo que ha de hacerlos caer.

Napoleón encontró en España una resistencia desesperada con que no contaba. Los españoles le hicieron la guerra de emboscada, y, por su perseverancia y su amor á la independencia nacional, le tuvieron mucho tiempo en jaque.

Tocóle después el turno á los rusos: el emperador perdió allí, en medio de los sufrimientos de un terrible invierno, la mayor parte de su ejército: trescientos mil hombres quedaron enterrados bajo las nieves de Rusia.

Tal fué el principio de la ruina imperial. Los pueblos sacudieron el yugo y se unieron para derribar á Napoleón, que fué á acabar su vida en un destierro, prisionero de los ingleses, á quienes persiguió por todas partes sin poder alcanzarlos.

II

Los pueblos y la Santa Alianza

Europa entera, excepción hecha de los reyes, había acogido con entusiasmo las grandes ideas revolucionarias de 1789, y cuando esa libertad naciente fué sofocada por la reacción, cuando el sable de Napoleón pesó tan duramente sobre las naciones, en nombre de esa misma libertad trabajaron ardientemente los pueblos oprimidos para librarse del opresor.

España había dado el ejemplo por su magnífica resistencia popular á los ejércitos del emperador, por su negativa á la falsa emancipación que le prometía, mostrando así la fuerza contenida en un pueblo que se rebela contra una tiranía cualquiera, y lo que podrá obtener el día en que luche por la conquista de su verdadera independencia y no por conservar los privilegios de los

nobles ó de la burguesía, ó para defender intereses nacionales.

Pero en aquel momento las ideas liberales se confundían con el nacionalismo: cada uno deseaba, en primer término, arrojar el amo extranjero, aplazando el pensamiento de derribar el déspota de la patria.

¡La patria! Esa era la consigna que circulaba por todas partes, que resumía todas las aspiraciones de la época. Parecía que, desde el día en que el extranjero cesase de imponer la ley, en que se tuviera país propio, claramente determinado por fronteras, se habría obtenido todo lo que puede obtenerse de felicidad social. Los hombres no estaban aún maduros para la unión humanitaria de los pueblos; el odio les separaba aún como una barrera formidable, no sabiendo distinguir entre los reyes y sus vasallos víctimas, y, no conociéndose, envolvían en una misma enemistad sus hermanos sufrientes como ellos y el puñado de explotadores que venían azuzándolos como perros después de tantos siglos.

Así pues, todo el movimiento liberal de la época se concentró en esas dos reivindi-

caciones igualmente vanas: una patria y una constitución.

En Alemania, desde 1807, vemos formarse asociaciones secretas, tales como la *Tugenbund* (asociación de la virtud), que agruparon toda la juventud, sobre todo los estudiantes. Algunos profesores les dirigían y les inspiraban un odio ardiente contra Napoleón, al mismo tiempo que un amor apasionado por la independencia nacional y la reivindicación de las libertades constitucionales.

El rey de Prusia, cediendo á pesar suyo á la corriente y deseoso de consolidar su corona, prometió reformas serias y se dedicó á captarse la confianza de sus súbditos. Prometió la constitución soñada; abolió cierto número de privilegios feudales; estableció una semejanza de igualdad entre todos los prusianos, igualdad de cuartel que, como él mismo lo declaró enfáticamente: «colocaba en el ejército el hijo del labrador al lado del hijo del príncipe.»

Los otros soberanos imitaban más ó menos esas tendencias; en Rusia el czar concedió á los polacos una Constitución muy

liberal, pero les dió como gobernador al gran duque Constantino, que tenía todo el temperamento de un tirano y que se apresuró á combinar las disposiciones constitucionales.

Austria estaba bajo las órdenes de un monarca orgulloso de su legitimidad, poco inteligente pero creyéndose muy capaz; estaba asistido de un ministro que era la personificación del espíritu reaccionario, Metternich.

El emperador quería mantener el orden oponiendo unas á otras las diferentes razas que poblaban sus Estados, trasplantándolas de una provincia á otra, de manera que su animosidad mutua les hiciese mirarse con envidia é impedir toda tentativa de independencia.

Los pueblos, ó bien creyeron en sus soberanos, ó bien juzgaron útil unirse á ellos para destruir la potencia del enemigo común, reservándose después forzar á los gobiernos á cumplir sus promesas; se levantaron todos por un esfuerzo unánime y un solo movimiento para combatir al enemigo imperial.

Vencido Napoleón, los reyes olvidaron las constituciones prometidas; sólo pensaron en repartirse Europa. Con ese objeto se reunieron en Congreso en Viena, y, en medio de fiestas continuas, durante las cuales mostraron recíprocamente la más perfecta cordialidad, determinaron el destino de las naciones, según sus conveniencias particulares, mostrando una avidez de buitre y una incapacidad increíble como conductores de pueblos. Ni un instante pensaron en las necesidades de las naciones, en sus afinidades respectivas, ni en sus aspiraciones, sino que recorrieron el mapa de Europa creando fronteras artificiales de las cuales algunas no tardaron en caer.

Pero todo eso era un juego de los reyes. Los congresos se sucedieron de 1814 á 1821; su característica fué la unión admirable de simpatía mutua que los tres déspotas de Rusia, de Prusia y de Austria formaron contra los pueblos bajo el nombre de Santa Alianza, á imagen de la trinidad divina, comprometiéndose á perseguir sin tregua el espíritu revolucionario y unirse para sofocarle. La guerra entre los reyes quedaba

suprimida para lo sucesivo; vivirían entre sí sobre las bases de una amistad fraternal cimentada por los festines de Viena. Un solo enemigo común se levantaba entre ellos: el espíritu nuevo que inspiraba á toda Europa y que comenzaba á sustraer los esclavos á su explotación.

El famoso Metternich se encargó del oficio de polizonte al servicio de la Santa Alianza exclusivamente contra los liberales, persuadido como estaba de que la fuerza y la represión brutal darían buena cuenta de las veleidades de independencia popular, en lo que se engañó.

Mientras que los reyes, tocados de ceguera intelectual, cambiaban sus últimos abrazos y se prometían mutuo apoyo para sostener sus tronos más ó menos carcomidos, alemanes, italianos y polacos se agitaban y formaban sociedades secretas cuyos miembros mostraban un espíritu de sacrificio y una actividad dignos de toda admiración, rebelándose en pro de aquella constitución-panacea que suponían capaz de curar todos los males de la humanidad.

Alemania acababa de ser organizada en

cuarenta Estados, de los cuales el principal era Prusia y cuyos soberanos respectivos tendían todos al absolutismo. Los alemanes pensaban obtener todas las ventajas á que aspiraban, reemplazando ese fraccionamiento por la unificación de la patria germánica en un solo Estado, y en pro de esta obra trabajaban las sociedades secretas, la *Tugenbund*, la *Burschenschaft* y la *Arminia*. Estas sociedades, toleradas por los gobiernos mientras trataron de combatir á Napoleón, dejaron de agradarles cuando persistieron animadas por la libertad después de 1815.

En 1817 los estudiantes alemanes celebraron ruidosamente el aniversario de la batalla de Leipzig, perdida por los franceses en 1813, y acompañaron esta conmemoración con manifestaciones liberales en que se quemaron los escritos de los partidarios del antiguo régimen. Inmediatamente, por orden real, se cerraron cuatro universidades y comenzaron odiosas persecuciones contra los afiliados á las sociedades secretas.

Exasperados los jóvenes liberales, adoptaron medidas violentas: uno de ellos, como

Federico Sand, mató al jefe de la correspondencia en Rusia, Kotzebue, sospechoso de traición, y tuvo lugar una tentativa contra Lunig, director de la regencia de Nassau.

Estos actos provocaron un acceso de rigor en la represión, multiplicándose las prisiones, sobre todo entre los profesores y los publicistas que estaban á la cabeza del movimiento liberal. Se estableció la censura para todos los escritos y se nombraron comisarios especiales para vigilar la enseñanza en las universidades: «Toda desviación era inmediatamente reprimida por la fuerza militar. Por último, la dieta germánica recibió encargo de aniquilar la rebelión en todo Estado confederado, aún sin apoyo de los gobiernos, y de impedir á todo soberano que, aun de su libre voluntad, diese una Constitución liberal á sus súbditos. Organizóse un sistema de delación y espionaje contra toda la Alemania pensante que vino á parar á convertirse en un verdadero terror. La contrarrevolución dominaba con la más odiosa violencia. Amordazando la prensa y sofocando el pensamien-

to, se imaginaban los soberanos adquirir la seguridad para sí mismos.» (Vast).

Italia, que había visto restablecer todos sus tiranuelos, se estremecía de impaciencia. También había formado una sociedad secreta cuyas ramificaciones se extendieron fuera de la península; era el carbonarismo, que se proponía dar á Italia instituciones democráticas y que provocó las primeras rebeliones. La actividad de los carbonarios fué admirable; sacrificáronse numerosas víctimas á la vindicta austriaca y borbónica, pero su valor no decayó jamás.

El ejército de las Dos Sicilias se sublevó en 1820 contra el rey Fernando I, Borbón llamado al trono de Nápoles en 1814 y que se hacía cada día más odioso y más impopular. Vencido, aquel rey prometió, no sólo la Constitución pedida, sino presentarse á un nuevo congreso de las potencias para hacer conocer en él los derechos de la revolución. Asistió, en efecto, al congreso de Troppau, pero allí hizo todo lo contrario, reclamando con insistencia la intervención armada en Nápoles de un ejército de la Santa Alianza.

A la vez que en Nápoles, estallaron insurrecciones en Piamonte, Alejandria y Turín. El rey Víctor Manuel prefirió abdicar antes que conceder á los rebeldes una constitución. El príncipe Carlos Alberto, favorable á los liberales, aceptó la regencia en nombre del hermano del rey, pero á la voz de Fernando I, la Santa Alianza decidió intervenir, y Metternich fué encargado de la represión.

Y la represión fué terrible: en las Dos Sicilias «la ignorancia, el palo y la miseria» dieron cuenta de los rebeldes. En toda Italia los liberales se vieron tratados con el último rigor, enviados á los plomos de Venecia ó á los hielos del Spielberg, en Brünn (Austria). Prohibióse enseñar á leer y escribir á los niños cuyos padres poseyesen menos de 1,500 liras de renta (1821). Algunos años después llegó hasta restablecerse la servidumbre, y Metternich, radiante de satisfacción, escribía al czar: «ved, señor, á qué queda reducida una revolución tomada á tiempo.» En la misma época España tenía por qué arrepentirse de haber derramado tanta sangre por la causa de un

Borbón. No quiere esto decir que hubiese sido preferible someterse á Napoleón, sino que se hace mal siempre sacrificándose por un amo: Fernando VII se apresuró á demostrarlo.

Los españoles, después de haber rechazado la Constitución que les ofreció el emperador, acabaron por formular y adoptar una (1812). Cuando, victoriosos, llamaron al trono al hijo de su último rey, éste prometió aceptar el hecho consumado y respetar la Constitución; pero apenas se halló en la tranquila posesión del cetro, suprimió las Cortes, restableció la Inquisición y los privilegios de la nobleza y del clero, y llegó hasta á decretar la pena de muerte contra el que osara reclamar la Constitución.

La consternación fué general; la miseria espantosa; bandas de foragidos asolaban los caminos y la inseguridad perturbaba todas las relaciones en el interior del país.

Tan doloroso estado de cosas provocó al fin una rebelión. Los habitantes de Cádiz se sublevaron respondiendo al llamamiento de Riego y Quiroga (1820). El rey, impotente para contener la rebelión, renovó sus falsos

juramentos, comprometiéndose á reunir las Cortes y observar la Constitución en una proclama en que se leía: «Marchemos todos y yo el primero por la senda constitucional.» Sin embargo, los insurrectos tenían que combatir con un ejército llamado de la fe á las órdenes de un fraile, y también con el clero secular, que se proponían el restablecimiento del poder absoluto.

Intervino después la Santa Alianza, y un ejército francés, á pesar de las protestas de toda la nación, entró en España para prestar su ayuda á la más injusta de las causas, la de un rey repetidas veces traidor á su país.

El tirano, una vez restablecido, se vengó de los liberales con una crueldad digna de un inquisidor, y eso después de haber prometido una amnistía completa (1823).

Los Borbones habían entrado también en Francia, y con ellos todos los emigrados que abandonaron el país desde la emigración hasta 1815 y combatido en los ejércitos extranjeros, distinguiéndose entre todos por su ferocidad contra los franceses, sus compatriotas. Volvieron sin triunfo, en los furgones de los ejércitos de la coalición

que invadió Francia á la caída de Napoleón, entre los que venía un hermano de Luis XVI, el conde de Provenza, conocido después bajo el nombre de Luis XVIII, dispuesto á ocupar el trono.

Luis XVIII, bien á pesar suyo, se vió obligado á aceptar el papel de rey constitucional; porque la nación que había efectuado la revolución, aunque tan debilitada por el imperio, no podía someterse ya al absolutismo; pero los nobles no tardaron en iniciar una espantosa venganza de sus años de destierro. El asesinato sin calificativo, y el asesinato jurídico, cometido por los tribunales militares, inundaron Francia de sangre, principalmente en el Mediodía, donde se desencadenaron verdaderas guerras de religión.

En Lyon se derramó tanta sangre, lo mismo que en Avignon, que las aguas del Ródano llegaron á enrojecerse. «Vióse en Nimes á repugnantes mujeres armadas de paletas con puntas de hierro, que trazaban una flor de lis, la flor del rey, golpear, hasta que brotaba la sangre, á las desgraciadas protestantes». (Vast).

Al mismo tiempo recorrían los campos cuadrillas de bandidos que torturaban á los habitantes para despojarles de lo poco que poseían.

Tal fué el tiempo llamado del Terror blanco, durante el cual se cometieron los crímenes más enormes, con un salvajismo inaudito, que no tiene comparación con el recuerdo del Terror de 1793, y que, como obra de miserable venganza, no tiene, como este último, la excusa de circunstancias excepcionales.

Tales son los hechos que siguieron á la caída de Napoleón y de los cuales es en gran parte responsable. Una vez más el espíritu de conquista producía sus funestos efectos.

III

Independencia de Grecia y Bélgica; insurrecciones diversas.—El nacionalismo

La caída de Napoleón no libertó á Europa de la dominación extranjera; al contrario, los tratados de 1815 sacrificaron ciertos pueblos sujetándolos, á pesar suyo, á la fortuna, ó, mejor dicho, á la explotación de otros, ya que habían dejado pasar las expoliaciones consumadas.

Por esto, mientras que Rusia se apropiaba lo que podía de los Balkanes, Grecia permanecía sometida á los turcos, que la tenían subyugada hacía más de cuatro siglos.

Aunque los turcos fuesen más tolerantes respecto de sus vencidos que no lo fué jamás ningún conquistador cristiano, permitiendo á los griegos completa libertad religiosa, y aún de costumbres, no por eso de-

jaban de ser vencedores, amos, y como tales eran justamente aborrecidos.

Los griegos fueron confiados á la autoridad de su primado (obispo), que se encargaba de percibir el tributo que debía pagarse al sultán y del cual era responsable.

Precisamente en aquella época la Turquía, que había continuado hasta entonces siendo un Estado asiático por sus costumbres, parecía dispuesta á aproximarse á Europa, por instigación casi forzosa del sultán Mahmoud, que había emprendido la civilización de sus súbditos á la manera de Pedro I de Rusia.

El territorio turco disminuyó en beneficio del czar. Mahmoud pensó que la adopción de reformas que imitasen la civilización occidental, le garantizarían para lo sucesivo la integridad de sus Estados. En su consecuencia, hizo que su pueblo se vistiese á la europea; porque, según esos reformadores, el traje representa un papel importante en la elevación moral é intelectual de los hombres. Después se ocupó de no ser inferior á sus colegas en el arte de matar, reemplazando al efecto sus viejas tropas turcas por

regimientos modernos. De donde se deduce que para ser un gran reformador, cuando se es soberano, basta cambiar el traje de sus súbditos y legislar un poco sobre el ejército y el gobierno. Lo demás, bienestar popular, instrucción, etc., son cosas que no merecen la pena de pensar en ellas.

A pesar de esas reformas, los griegos siguieron sintiendo el eterno yugo que les oprimía desde los romanos, y deseaban ardentemente emanciparse de la dominación turca, creyendo que una vez dueños de su territorio podrían considerarse libres y serlo realmente.

En las montañas de Grecia vivían los kleptas, mitad pastores mitad bandidos, que contra los turcos y toda clase de viajeros hacían la guerra de emboscada y de *razzias*, logrando permanecer insumisos.

En las ciudades se formaron sociedades secretas, tales como las Heterias, los Filomusas y los Filhelenos, que predicaban la rebeldía y hacían una activa propaganda. Pronto en todas partes se formaron cuerpos francos dispuestos á la lucha. Reunidos en congreso en Epidauro, los griegos pro-

clamaron su independencia é instituyeron una república democrática (1822).

Mientras que esas tropas improvisadas luchaban en las montañas, atrevidos corsarios atacaban por mar á la flota turca, haciéndole sufrir pérdidas considerables.

La insurrección griega despertó el entusiasmo de los liberales de toda Europa, viéndose llegar incesantemente y de toda Europa jóvenes voluntarios que engrosaban las filas de los rebeldes.

La guerra se transformó pronto en horrenda carnicería; de una parte y de otra se entregaron á atrocidades en nombre de Cristo ó de Alah.

Atenas, sitiada, se rindió. Missolonghi, después de un sitio de diez y ocho meses, prefirió el aniquilamiento á la capitulación: sus mismos defensores la hicieron saltar y los turcos sólo encontraron ruinas y cadáveres, entre ellos se hallaba el del célebre poeta inglés Byron.

El heroísmo de Missolonghi produjo la intervención de Europa: Rusia, Inglaterra y Francia se unieron para enviar socorros á Grecia, debiendo añadir que cada una de

estas potencias tenía gran interés en no permitir el completo exterminio de los griegos. La independencia de Grecia fué por fin reconocida en 1829, pero debieron pagar el concurso prestado, comprometiéndose á renunciar á la república y proclamar un rey constitucional.

Al año siguiente Francia destronó á su rey Borbón Carlos X, quien, amigo de los jesuítas y sugerido por ellos, había intentado el restablecimiento de los privilegios abolidos, entregando literalmente la nación al clero. Tres días bastaron (27, 28 y 29 de julio) para derrocar la monarquía borbónica; pero los franceses no hicieron sino cambiar de amo, llamando al trono al duque de Orleans, que reinó bajo el nombre de Luis Felipe.

Animada por el ejemplo de Grecia y Francia, Bélgica quiso también sustraerse á la dominación holandesa. En 1830 se sublevó, arrojó las guarniciones del rey Guillermo y libró todo el país, excepto Amberes, que fué tomada dos años después con el socorro de un ejército francés. En 1832, el rey de Holanda se vió obligado á recono-

cer la independencia de Bélgica, que, como Grecia, se constituyó en monarquía constitucional.

Menos afortunadas Italia y Polonia, no lograron librarse, la una de los austriacos, la otra de los rusos.

La muerte de Fernando VII fué para España motivo de una guerra civil entre los liberales, partidarios de la reina Isabel, hija del rey difunto, y los carlistas, reaccionarios y clericales, que sostenían las pretensiones de D. Carlos, hermano de Fernando. La guerra fué cruel, especialmente en la región pirenaica; duró siete años (1834-41) y terminó por la victoria de los liberales, quienes en 1837 habían alcanzado una Constitución más liberal que la primera.

La misma crisis de guerra civil entre liberales y carlistas, se hizo sentir al mismo tiempo en Portugal. A fin de asegurar el triunfo de los constitucionales y de oponerse á la Santa Alianza, protectora de los partidos reaccionarios, se formó la cuádruple alianza entre Portugal, España, Francia é Inglaterra.

Ya hemos manifestado al comenzar la

historia del siglo XVIII las tendencias nacionalistas de todos los pueblos de Europa, que confunden la posesión de una patria para cada uno, con el advenimiento de un régimen de libertad que satisfaga todas sus aspiraciones.

Nos proponemos, pues, después de haber hecho la relación de las luchas emprendidas en nombre de su independencia nacional, por la mayoría de las naciones actuales, estudiar la idea de patria, de nacionalismo, cuyos partidarios son aún tan numerosos en todas partes.

La patria es el sentimiento egoísta de la propiedad extendido á todo un pueblo. Tomado en su sentido etimológico (país del padre), la palabra patria designa necesariamente un espacio restringido y señala un sentimiento puramente individual. Todo individuo, en efecto, tiene preferencias por la ciudad ó aldea en que ha nacido y donde se ha desarrollado, porque allí ha vivido los años de su vida que mayor impresión causan sobre el carácter, debido á que la memoria se conserva más viva del tiempo en que el individuo obra y piensa con más

sensibilidad, experimenta las sensaciones más fuertes y en que los objetos que fueron testigos y como la decoración del drama de la infancia y de la juventud se han grabado en rasgos indelebles en la imaginación.

Téngase en cuenta, no obstante, que para extender el sentimiento patriótico más allá de los límites naturales de toda una comarca, ha sido necesaria la influencia de la educación, se ha necesitado añadir al simple atractivo del lugar de nacimiento una multitud de consideraciones abstractas basadas sobre el egoísmo humano; de ellas, unas, las buenas y las verdaderas, pueden extenderse á toda la humanidad y en ella únicamente tienen su verdadera aplicación, no conviniendo en manera alguna á la patria propiamente dicha; otras son origen de pasiones odiosas y de vanidades ridículas.

El patriotismo tiene origen en la conquista, á la que ha servido de apoyo y consolidación. El patriotismo apareció el día en que un conquistador, habiéndose apropiado la tierra y el trabajo de los primeros ocupantes los hizo contribuir á conservar

su conquista, arrancando por astucia el consentimiento de su propio despojo.

En los países de Oriente, donde los reyes habían tenido la idea de confundirse con la divinidad, no fué necesario hablar de patria; el terror religioso bastaba para conducir el rebaño humano y garantizar la expoliación ejecutada por el amo.

Con los pueblos griegos, creadores de la ciudad, vemos reaparecer el patriotismo, sentimiento celoso que incita á los habitantes de las ciudades vecinas á detestarse recíprocamente, á todo género de rivalidades, y á buscar los medios de destruir su libertad; porque, amando á la ciudad es preciso procurarle mayor suma de bienes y honores que á las otras. ¡Perezcan todas las ciudades vecinas si la preferida ha de obtener por ello gloria ó beneficio pecuniario! Los partidarios del patriotismo que deploran la ruina de los griegos, atribuyéndola á la desunión de las ciudades, no comprenden que el efecto funesto tiene por causa única, la idea estrecha de patria.

La patria española tuvo origen en la lucha contra los moros, y esta lucha fué oca-

sionada por la ambición de los jefes visigodos, que quisieron reinar sobre un gran territorio, añadido á la ambición del clero católico, que quiso establecer su dominio sobre todas las conciencias; el conquistador y el cura, proponiéndose ambos la explotación de una propiedad, arrastraron, en nombre de la patria, á todo el pueblo español á una guerra secular de la cual no sacó ninguna ventaja.

Lo mismo sucedió en Francia con motivo de la guerra de cien años. Ingleses y franceses aprendieron lo que es la patria, luchando unos contra otros, sin más motivo ni objeto que asegurar á sus soberanos respectivos la conservación y aumento de su propiedad.

En las guerras modernas, cuando los pueblos se matan entre sí por la gloria de su patria, ¿qué hay en el fondo de esa idea sino el deseo ambicioso de que están poseídos sus soberanos de extender su poder, mejor dicho, su propiedad?

Los nobles polacos, en nombre de la patria se rebelaron contra la expoliación del czar, es decir, quisieron continuar explo-

tando á los campesinos, reservando para sí lo que hasta entonces se apropiaban los funcionarios rusos.

Alemanes, italianos y griegos, se rebelaron y sacudieron el yugo extranjero para recobrar la posesión del suelo, porque pensaban que una vez dueños de cierta extensión de territorio, explotarían esta propiedad en beneficio de sus intereses.

La misma revolución francesa se inspiró en la idea de desposeer á los nobles del suelo que se habían apropiado, para que los campesinos se repartiesen la tierra á su vez, dividiéndola ávidamente y quedándose cada cual con un trozo. La revolución no fué, pues, sino un cambio de propietarios; sin embargo, todo se hizo en nombre de la patria, sobre el altar de la patria.

En nuestros días, la guerra económica, la guerra colonial, la guerra intelectual que hace millones de víctimas, se hacen al grito de «¡viva la patria!» por la grandeza de la patria, por la extensión de la patria.

Pero ¿aprovecha acaso esa grandeza y esa extensión á todos los miembros de una misma patria, sin excepción?

Haciendo la reserva de que la repartición común á todos los compatriotas de los bienes arrancados por la astucia y la violencia á otras sociedades humanas, no sería motivo suficiente de justificación, sería fácil demostrar que aquellos que han dirigido la marcha de los negocios de la patria benefician de los robos de todos, y que esos directores, ínfima minoría, no dejan nada, ó casi nada, á la inmensa mayoría cuyo entusiasmo han excitado hasta el punto de que por sus dominadores arriesguen su vida cantando: «¡Morir por la patria es una felicidad!» Por consiguiente, no sólo el patriotismo es un sentimiento egoísta, sino que además es un ilusorio espejismo para la casi-totalidad de la nación.

La idea de patria es el manantial de todo odio y de toda injusticia. Nacida de la guerra, impide á los pueblos conocerse, apreciarse y confundirse en una obra de fraternal solidaridad.

En cuanto los niños empiezan á deletrear, aprenden que todos los hombres no comprendidos entre las fronteras levantadas alrededor de su país, son enemigos. Se

considera urgente inculcar esas ideas funestas, porque más tarde serían rechazadas por la inteligencia. Respecto de historia no se enseña á los niños más que las guerras que han sostenido contra las otras naciones, teniendo cuidado de atenuar por su parte y de aumentar exageradamente por parte de los otros el mal causado recíprocamente. El odio contra el extranjero se sostiene por todos los medios durante toda su vida, porque para los gobernantes es un gran recurso que les permite entretener ejércitos siempre dispuestos á todo.

A la rapacidad y al odio se unen en la idea patriótica una vanidad que representaría al lado cómico del asunto si no fuese doloroso consignar la ceguedad de los hombres. Escuchad á un habitante de una comarca cualquiera sobre el país en que ha tenido la suerte de nacer: su patria es la mejor y la más civilizada del mundo entero; foco de luz que irradia á la humanidad; centro de las artes y del buen gusto, y descendiendo un poco de tales alturas, os dirá que es la tierra donde se comen los mejores pollos y las patatas más exquisitas.

Una sonrisa incrédula y burlona basta para encender una guerra cruel entre dos naciones, ambas á la misma altura moral é intelectual, y que sin la insana y tonta idea de patria vivirían unidas fraternalmente: recuérdese la guerra de Holanda, debida á una broma sobre la vanidad del Rey-sol.

Se nos objetará que la idea de patria ha inspirado sublimes heroísmos; pero replicamos que esos heroísmos se han producido, á nuestro juicio, á pesar del sentimiento patriótico; que su verdadera causa era el amor de sus semejantes, y que el día en que no nos veamos entre estrechas é irracionales barreras, la humanidad será infinitamente más poderosa para inspirar la abnegación.

IV

Continuación del precedente.—Inglaterra constitucional

En el capítulo anterior hemos visto que Italia y Polonia fracasaron en sus tentativas de independencia, en el presente terminaremos el rápido trazado de los principales sucesos europeos ocurridos en el período comprendido entre 1848 y la actualidad. Después nos ocuparemos de Inglaterra, que de intento hemos dejado para tratarla en último lugar.

En 1848, todos los pueblos que permanecían oprimidos sintieron renacer sus esperanzas al ver que Francia destronaba á su rey Luis Felipe y proclamaba nuevamente la república.

Pero esta vez tuvo la república una vida efímera; el gobierno fué usurpado por un intrigante, sobrino de Napoleón I, que se

hizo elegir presidente de la República y que, apoderado del poder por un golpe de Estado, hizo detener en la noche del 2 de diciembre de 1851 á todos los diputados de la oposición y ametrallar á los parisienses en las calles. La mayor parte de los republicanos fueron desterrados y muchos fueron deportados á Cayena, y, consumado el crimen, Bonaparte se hizo proclamar emperador y reinó bajo el nombre de Napoleón III, siendo, á pesar de sus protestas de liberalismo, amigo predilecto de los jesuítas.

El segundo imperio fué una época escandalosa para Francia y de desorganización del Estado.

En 1870, destronado por una invasión alemana, cedió el puesto á la tercera república.

También en 1848, un pequeño Estado de los Alpes, el Piamonte, dejaba entrever ambiciones que orientaban su política, á instigación de su rey Víctor Manuel y del ministro Cavour.

Víctor Manuel, hijo de Carlos Alberto, fué el único entre los reyes constitucionales de su tiempo que aceptó francamente el

papel de rey constitucional, comprendiendo que un jefe de Estado gana más siguiendo la opinión que combatiéndola, y que había sido vencido dos veces por la Santa Alianza al tratar de ayudar á la emancipación italiana.

Cavour era un hombre hábil que comprendió la ventaja que tendría el rey apoyándose sobre el partido liberal, y por ello el gobierno piemontés entró en la vía de las reformas, apoyándose sobre una Constitución que el rey observó á la letra, por lo que las miradas de los italianos se fijaron en Víctor Manuel.

Intentaba Cavour provocar un levantamiento contra Austria, pero antes de realizar su intento buscó un aliado para Italia. Este aliado fué Napoleón III, que batió á los austriacos en varias batallas, retirándose después de haber libertado la Lombardía (1859) y haberse hecho dar, como precio de su intervención, un territorio en los Alpes (Saboya y Niza).

Pero la rebelión italiana no se detuvo por la defección de Napoleón III, y el 18 de febrero de 1861, Víctor Manuel se procla-

maba rey de toda Italia, excepto Venecia y Roma, que fueron reunidas, la primera en 1866, la segunda en 1870. Roma fué designada como capital de Italia y los papas cesaron de ejercer un poder temporal de que tan mal uso habían hecho.

Desde entonces el papa afecta el papel de prisionero en su palacio, aunque nada le retenga en él, y continúa percibiendo el «Dinero de San Pedro.»

Los húngaros se sublevaron también en 1848, pero fueron vencidos y cruelmente tratados. Sin embargo, el emperador de Austria, queriendo desarmar los partidos, acabó por conceder una Constitución á sus súbditos (1860); pero el recurso fué insuficiente, y en 1867 Hungría obtuvo su autonomía completa.

En 1861 Polonia se rebeló por tercera vez, con éxito tan desgraciado, que puede considerarse aquel fracaso como su ruina definitiva; hasta entonces había permanecido como una nación bien caracterizada, aunque sometida al gobierno ruso, conservando su lengua y su nombre, pero vencedor de la rebelión el czar liberal Alejandro II, abolió

el reino de Polonia, haciendo de él el gobierno del Vístula, é impuso el idioma ruso como lengua oficial (1866).

Al Norte de Europa Prusia se ensanchaba á expensas de Dinamarca, de Austria y de Francia, y haciendo reconocer su hegemonía á todos los príncipes de la Confederación germánica, restablecía el Imperio de Alemania en beneficio del rey de Prusia (1870).

En España, todo el reinado de Isabel fué perturbado por sublevaciones militares. En 1840 Espartero, vencedor de los carlistas, se apodera del poder, ejerciendo la dictadura durante tres años. Después, á cada momento, se suceden las crisis con alternativas de ministerios liberales ó reaccionarios, civiles ó militares. A la postre, Isabel fué destronada (1868).

Entonces se buscó un rey extranjero, coronándose al segundo hijo del rey de Italia, Amadeo, que se vió obligado á abdicar en 1873.

Los españoles proclamaron la república, que caía un año después, llamándose al trono Alfonso XII, hijo de Isabel, que mu-

rió en 1885, dejando un hijo póstumo que fué reconocido como rey bajo la tutela de su madre.

Tales son los acontecimientos oficiales, en los cuales no queremos detenernos.

Pasemos ahora á Inglaterra.

Inglaterra fué el punto de mira de los reformadores del siglo XVIII por sus instituciones políticas, cuyo funcionamiento vamos á estudiar, con objeto de comprender lo que puede esperar una nación de un gobierno constitucional.

Recordemos que un rey constitucional está despojado del poder legislativo, que ejercen una ó dos asambleas, generalmente dos. El rey está encargado del poder ejecutivo; escoge los ministros y puede conservarlos cuanto le plazca, aun en el caso en que esos ministros estén en desacuerdo con la mayoría de las asambleas, ó sustituirlos cuanto quiera. Tal es la diferencia esencial entre un gobierno constitucional y otro parlamentario. Los ministros pueden disolver las asambleas y proceder á nuevas elecciones.

En Inglaterra existen dos asambleas:

Primera. La Cámara de los Lores, compuesta de miembros de la alta aristocracia, y cuyas funciones son hereditarias; esta asamblea es muy conservadora, lo que significa reaccionaria, é impide muchas reformas por su oposición á los proyectos votados por los comunes.

Segunda. La Cámara de los Comunes, cuyos miembros son elegidos por sufragio censitario.

Hasta en 1832 las elecciones de diputados de los Comunes, se hacían según las antiguas tradiciones inglesas. Las villas elegían uno ó dos representantes según su importancia; pero el aspecto del país había cambiado mucho, naturalmente, desde la Edad Media; muchas de esas villas, en otro tiempo muy pobladas y florecientes, no contaban ya más que con un castillo y algunas haciendas rurales, llamándoseles «villas podridas.» No obstante, conservaban su derecho á ser representadas en el Parlamento; el propietario de las haciendas, que era el único elector, nombraba uno de sus parientes y le enviaba á los Comunes. Hasta se han visto diputados por poderes: cuando

el castellano tenía un hijo que destinaba á la diputación, si era demasiado joven para ir á la asamblea, su padre hacía cubrir su plaza por algún complaciente que en el momento necesario, presentaba su dimisión.

Durante ese tiempo, grandes villas como Manchester, que no existía aún cuando la repartición electoral, no tenían representantes. Además, la corrupción electoral, desbordándose, se manifestó á la luz del día en toda su fealdad, y en la actualidad no ha desaparecido aún.

En 1832 se hizo una primera reforma. Un inglés que pagase un alquiler de 25 pesetas en el campo y de 250 en las ciudades, era elector; además todos los funcionarios, maestros de escuela y curas párrocos, las capacidades, como se decía, tuvieron también el derecho de voto prescindiendo del importe del alquiler de sus habitaciones.

De todas maneras los parlamentos eran imitaciones de las asambleas antiguas de Grecia y de Roma, de las cuales estaban excluidos los ciudadanos pobres. En el siglo XIX los ciudadanos pobres forman las tres cuartas partes de las naciones.

Síguese de ahí que estas asambleas representan solamente las clases privilegiadas en mayor ó menor grado, y rechazan todas las medidas que no tienen por objeto los intereses de los que las representan.

En el período comprendido entre 1867 y 1885 se hicieron otras modificaciones á la ley electoral, bajo la presión de un partido que reclamaba el sufragio universal, al que no se ha llegado aún. El régimen electoral difiere según los condados y las villas; tampoco es el mismo en Inglaterra, Escocia é Irlanda. La cifra del censo varía, y las elecciones no tienen lugar simultáneamente.

La Cámara de los Comunes representa el elemento burgués y la pequeña nobleza de Inglaterra; sostiene la política capitalista, el desarrollo industrial, comercial y colonial á todo trance; en una palabra, todo lo que puede enriquecer á la burguesía. En cuanto al pueblo, nadie se ocupa de sus necesidades... Nos equivocamos: existe una «ley de los pobres» y casas de trabajo forzado para los desgraciados que se ven reducidos á la extrema indigencia. También se ocupa de la instrucción popular, para que los hijos

de los proletarios se instruyan en los buenos principios de conservación del «orden social» actual.

Entre las reformas, ó lo que como tal se denomina, realizadas en el siglo XIX, mencionaremos únicamente la abolición del derecho sobre los trigos.

En 1815 el Parlamento inglés, para dar satisfacción á la rapacidad de los lords grandes propietarios, decidió que los trigos extranjeros no podían entrar en Inglaterra sino en el caso en que el trigo nacional alcanzase un precio muy elevado. De ello resultaron varias épocas de escasez que no conmovieron á los acaparadores: ¿había de entrar en balanza la vida de los pobres en competencia con un puñado de oro?

Estallaron motines, que se reprimieron con la dureza y violencia de costumbre; pero á pesar de todo, el Parlamento tuvo miedo y se decidió á hacer un esfuerzo: imaginó la escala móvil, es decir, la variación de los derechos de entrada sobre el trigo, proporcionalmente al precio que alcanza Inglaterra.

Pero el esfuerzo resultó insuficiente. En

1838 se formó una liga para la abolición de los derechos de aduana sobre todas las mercancías; en otros términos, por el libre cambio. Se necesitaron ocho años de lucha para obtener la abolición del derecho sobre los trigos (1846); los otros derechos fueron mantenidos.

Los obreros ingleses, por aquella misma época, comenzaron á organizarse en sociedades de resistencia á la explotación; formaron las *Trades Unions*, de que hablaremos después. Inútil es decir que se necesitaron años para que el Parlamento les concediese el derecho de asociarse.

Réstanos mencionar la gran iniquidad inglesa, la expoliación de Irlanda. Los reyes de Inglaterra comenzaron á ambicionar la posesión de Irlanda en el siglo XII. Después de tres fracasos consecutivos, hasta la cuarta intentona, no tuvo efecto la conquista; siendo conducida la guerra con una violencia odiosa, distinguiéndose Cromwell por las horribles matanzas que hizo ejecutar en la desgraciada isla, que fué definitivamente reducida á la servidumbre bajo Guillermo III (1691).

Los ingleses detestaban á los irlandeses por tres razones: primera porque antes les habían ocasionado muchos males, y los verdugos no perdonan jamás á sus víctimas; segunda porque eran celtas, es decir, pertenecían á la raza primitiva que poblaba las Islas Británicas, desposeída por los invasores anglo-sajones antepasados de los ingleses, y tercera porque los irlandeses eran católicos, y los ingleses, protestantes, y sabido es que en los países donde tienen el poder los protestantes son tan bárbaros é intolerantes como los católicos en particular y todos los creyentes en general.

Por esas causas, Irlanda empobrecida, debilitada por las matanzas, fué sometida á leyes de excepción y tratada con la más áspera dureza. Las «leyes penales» ponían á los irlandeses absolutamente fuera de la sociedad, les habían tomado sus tierras, despojado de su autonomía y de su libertad de conciencia.

He aquí como un autor inglés califica la conducta de Inglaterra respecto de los irlandeses: «Las leyes penales han sido el más hábil y el más poderoso instrumento

de opresión que haya jamás sido inventado por el genio perverso del hombre, para arruinar, envilecer, depravar una nación y corromper en ella hasta las fuentes más inalterables de la naturaleza humana.»

Durante todo el siglo XVIII permanecieron bajo el peso de esas leyes fatales sin osar levantar su cabeza; pero en el siglo XIX comenzaron á protestar. Aparecieron agitadores, formáronse sociedades secretas, como la Joven Irlanda (1846), los Fenianos (1868), que se apoyaron sobre los emigrados de América, y los Invencibles, que aterrorizaron á sus perseguidores. Los irlandeses reclaman el *home rule*, es decir, la autonomía gubernamental. Con grandes dificultades se les ha concedido la libertad de conciencia, porque no atenta á los intereses ni altera la posesión de las tierras robadas por los ingleses, pero les ha negado el resto.

Sin embargo, en 1879 los irlandeses formaron una liga agraria, y en Inglaterra existe todo un partido favorable á su emancipación.

Por desgracia, mientras discuten partidarios y adversarios, la pobre Irlanda no me-

jora su condición. La miseria causa la expatriación de familias enteras que á centenares van á morir de hambre y de frío á las grandes ciudades americanas, donde, por toda hospitalidad, se les amontona en los *squares*; las epidemias se ceban sobre ellos, debilitados como están por tantas privaciones y sufrimientos morales.

Por otra parte, en Inglaterra mismo, la miseria hace numerosas víctimas. Cuando se habla de la prosperidad británica, es preciso representarse un corto número de privilegiados que gozan de todos los bienes, porque detentan el capital, y una multitud inmensa de miserables hambrientos estenuados por el trabajo para producir el lujo de los otros.

Para ser justos, fuerza es convenir que en todos los países llamados civilizados se observan las mismas irritantes desproporciones entre los que trabajan y los que hacen trabajar.

En resumen; bajo la monarquía absoluta había nobles y clero que vivían en la corte, en los castillos y en las abadías como parásitos y vampiros del pueblo, peque-

ños burgueses, obreros y siervos de los campos.

Bajo la monarquía constitucional se cobija: una aristocracia siempre altanera, pero no tan bien dotada como anteriormente; una burguesía que posee el capital y goza del lujo, de la ciencia y de toda clase de placeres por la explotación de los obreros y de los campesinos, y un pueblo de proletarios, privados hasta de lo necesario, condenado á la ignorancia, á un trabajo excesivo é insano, y que forma más de las tres cuartas partes de la población de las naciones.

La monarquía constitucional no ha logrado, pues, sino formar una nueva clase de privilegiados; ha mentido á la esperanza suscitada en los pueblos y que éstos cándidamente habían colocado en ella.

El Parlamentarismo

Habiendo demostrado el gobierno constitucional sus vicios orgánicos (excesivo poder dejado al jefe del Estado), la sociedad evolucionó poco á poco hacia el régimen parlamentario.

En un gobierno parlamentario, el poder ejecutivo se halla completamente subordinado al poder legislativo; el jefe del Estado, rey ó presidente, carece de toda prerrogativa; despójasele del veto y hasta de la elección de sus ministros; los ministros á su vez están sometidos á todas las fluctuaciones de la mayoría de las asambleas; un voto desfavorable les obliga á retirarse para ceder el puesto á un nuevo ministerio tomado de la mayoría.

El tipo del gobierno parlamentario es la república, federal ó unitaria, que presenta

siempre los mismos caracteres fundamentales, ya que los detalles de forma, aunque varíen de un país á otro, no alteran lo que constituye la esencia misma del parlamentarismo.

En una república, á todos los miembros del Estado, los ciudadanos, se les considera como gobernados por sí mismos por medio de sus mandatarios ó diputados, elegidos por sufragio universal.

Estos diputados forman una asamblea legislativa encargada de elaborar las leyes y de fijar el presupuesto del Estado, es decir, el importe de los ingresos y de los gastos para el curso de un año.

Los diputados se eligen por cierto número de años, durante los cuales deben comunicarse frecuentemente con sus electores para dar cuenta de su mandato; ese espacio de tiempo se denomina una legislatura.

Al final de cada legislatura se verifican elecciones generales para formar la nueva Cámara, pudiendo ser reelegidos los diputados salientes.

En varias naciones, además de la Cámara de los diputados, existe otra asamblea

llamada Senado, cuyos miembros se eligen por sufragio restringido, encargada de dificultar (moderar se dice en el tecnicismo político) la acción de la primera asamblea, negándose á votar las leyes que le desagradan.

En efecto, la ley, una vez votada por la Cámara de los diputados, debe ser igualmente votada por el Senado, que puede admitirla, desecharla sencillamente ó devolverla enmendada ó modificada á la Cámara. En el caso en que ésta mantenga su texto primitivo, hay conflicto, que se resuelve mediante la disolución de la Cámara de los diputados y consiguiente convocatoria de los electores para proceder á nuevas elecciones: esto se llama consultar al país.

Los miembros de las asambleas en varias naciones reciben una indemnización pecuniaria y en otras el cargo es gratuito.

Una vez establecido el acuerdo entre las dos Cámaras, se trata de hacer ejecutar la ley.

El jefe del poder ejecutivo es un magistrado que lleva el título de presidente de la república, elegido por las dos Cámaras re-

unidas en Congreso (asamblea plenaria), por cierto número de años; puede ser reelegido á la expiración de su mandato.

El presidente de la república puede enviar á la Cámara proposiciones de ley que obtengan la preeminencia, es decir, que deben discutirse antes que toda otra proposición emanada de un miembro de la asamblea.

El presidente es irresponsable, excepto en el caso de alta traición.

Está encargado de promulgar las leyes, es decir, de hacerlas conocer en todo el país, y puede tomar medidas para facilitar su aplicación; estas medidas se llaman órdenes ó decretos.

El presidente tiene el derecho de gracia; la justicia se dicta en su nombre.

Recibe los embajadores de las naciones extranjeras, y representa á su país en las circunstancias oficiales.

El presidente es ayudado en sus funciones por ministros que se distribuyen los diferentes servicios del Estado.

Los ministros se reúnen, bajo la presidencia del jefe del Estado, en consejo

de gabinete, para tomar en común las medidas de gobierno.

Pueden también, como el presidente, publicar órdenes y decretos para facilitar la ejecución de las leyes.

Los ministros son solidaria é individualmente responsables. Un voto de las Cámaras puede derribar el ministerio, que debe estar siempre de acuerdo con la mayoría momentánea de la asamblea. Como las decisiones se toman por los ministros en consejo, resulta que todos soportan la responsabilidad de los actos de uno solo. Puede suceder, sin embargo, que la censura se aplique á uno de los miembros del ministerio.

Los ministros pueden ser acusados por el Parlamento.

Bajo la dirección de los ministros se agita un mundo de funcionarios de toda clase, que se escalonan entre el poder ejecutivo y los simples ciudadanos y que forman el engranaje de la administración.

Los principales de esos funcionarios pueden imponer al público órdenes y disposiciones concernientes á sus servicios.

Se supone que el mecanismo gubernamental así constituido vela por el sostenimiento del orden y por el buen funcionamiento del Estado.

Así se supone y así se enseña. Abramos al azar un manual para uso de las escuelas, y hallamos y copiamos las líneas siguientes:

« *Ventajas de la república parlamentaria.*

—Esta Constitución... ha establecido la república parlamentaria, como la forma de gobierno más favorable á la expresión sincera de la voluntad nacional. Gracias á ella, es el país, es decir, la universalidad de los electores, quien gobierna. El cuerpo legislativo forma en ella el principal resorte del gobierno, lo que es natural, ya que emana directamente del sufragio universal. Ningún gobierno garantiza, tanto como la república parlamentaria, el orden, la seguridad y la libertad. Es el gobierno que divide menos, al que pueden unirse todos los partidos sin renegar de ninguno de sus recuerdos; es también el gobierno más flexible y en el que todos los progresos son posibles, gracias á reformas graduales, obtenidas por el simple boletín del voto, que

reemplaza al fusil para el mayor bien de la paz pública. Por último, es el gobierno más pacífico respecto del extranjero.»

Detengámonos aquí, y analicemos punto por punto este panegírico para reducirle á su valor positivo.

«La república parlamentaria, nos dice, es el gobierno más favorable á la expresión sincera de la voluntad nacional.»

Esta voluntad nacional se expresa por el sufragio universal. Sin detenernos ante la consideración de que el sufragio llamado universal no es sino la representación de la minoría de una nación, toda vez que sólo comprende los hombres mayores de edad y en que aun hay casos previstos en que el ciudadano pierde su derecho al voto, parece natural que para que una elección fuese la expresión sincera de la voluntad nacional, sería necesario que los que en ella toman parte lo hiciesen en plena libertad: libertad intelectual, ó conciencia de lo que se hace y de lo que se quiere; libertad material, asegurada por la ausencia de todo temor de perder su ocupación ó su medio de subsistencia por el hecho de dar su voto;

libertad moral, ó exención de todo prejuicio y disposición á poner sus actos en conformidad con sus convicciones, sin preocuparse de ninguna otra consideración.

Estas libertades no existen para el mayor número de los electores.

Unicamente se hallan en posesión de la libertad intelectual los que son lo suficientemente instruídos para tener competencia en todo lo que constituye la marcha de los negocios públicos; pero los intereses de una nación son de naturaleza muy diversa y compleja, subdiviéndose en mil ramos que dan lugar cada uno á una solución particular que necesita toda la ciencia de un especialista. Un hombre, por inteligente que sea, aunque se halle dotado de una excelente cultura intelectual, no puede ser competente sobre todos los asuntos. ¿Qué diremos, pues, de la masa de los electores á quienes el Estado escatima el saber en sus escuelas? ¿Cómo puede un hombre iletrado ó que apenas sabe leer formar juicio en el caos de los programas políticos? Sobre este punto no sabe más que lo que le enseña su periódico, frecuentemente interesado en en-

gañarle, ó lo que oye decir en las reuniones electorales, donde los candidatos le deslumbran y fascinan con falaces promesas. Su ignorancia le priva de aptitud para ser elector.

En lo concerniente á la libertad material, se podrá objetar que está garantida por la ley, que el escrutinio es secreto y que nadie tiene el derecho de dificultar la libre expresión de un sufragio.

Ateniéndonos á la realidad, diremos: ¿quién puede impedir al patrón despedir de sus talleres al obrero que sea su enemigo político? Sí, no hay duda que el elector puede votar libremente; pero el padre de familia que sabe que de su voto depende la suerte de sus hijos, será libre en su conciencia de desafiar la opinión del amo? La libertad material del elector no existe para quien depende de un amo.

Por último, la libertad moral se halla amenazada de un modo raro por cuantos rodean al elector: ¡cuántas influencias le combaten por todas partes! ¡cuántas seducciones se ejercen sobre él por su familia, sus amigos ó su periódico! ¿hasta qué punto

podrá desprenderse de todo ello y examinar fríamente lo que convenga hacer, lo que crea conforme á su deber? La libertad moral es tan rara como las otras.

En el fondo los electores se dividen en dos categorías: aquellos que quieren la conservación de sus privilegios, y los que aspiran á ver disminuir su miseria. Solamente los segundos, los más numerosos se engañan si cuentan sobre una elección para mejorar su suerte.

Pasemos al candidato á la diputación. Suponiéndole tan inteligente, honrado é instruído como un hombre pueda serlo, no por eso resultará menos incompetente para tomar una decisión seria y consciente sobre la gran variedad de los proyectos de ley que será llamado á discutir, porque tampoco él es universal.

¿Cómo aceptará la responsabilidad de substituir á sus electores, de obrar por ellos y de ser siempre el fiel intérprete de su voluntad? Considérese que el candidato recibe de sus electores, con la renuncia de su soberanía, plenos poderes para conocer de las cosas que, por su carencia de ilustra-

ción y su excesivo trabajo (esto la mayor parte de ellos), no pueden resolver por sí mismos; ¿pero están seguros, pueden estarlo. de que su representante tendrá la claridad de juicio que á ellos les falta? ¿Basta pasar el umbral de una sala de sesiones de un parlamento para adquirir milagrosamente la capacidad suficiente para cumplir su misión?

¿Puede esperarse que del conjunto de todas esas capacidades reunidas para legislar, es decir, para imponer en forma de leyes una autoridad absoluta á toda la nación, resulte luz suficiente para tomar en todos los casos la mejor resolución posible, y para despreciar siempre y rechazar las solicitudes del interés particular de cada diputado?

La experiencia ha demostrado el hecho, apoyado por el testimonio de muchos hombres de mérito positivo, que el término medio intelectual de las asambleas es siempre inferior al del país. Por consiguiente, los elegidos no ofrecen garantía valedera.

«Gracias á la república parlamentaria, continúa el manual citado, gobierna el

país, es decir, la universalidad de los electores.»

En primer lugar, los electores, ya lo sabemos, no representan todo el país.

Después, no gobiernan, puesto que delegan su poder en representantes. Estos, á su vez, sufren la influencia de los más notables en ellos, quienes los agrupan, les regimen-tan y les hacen votar según la consigna. En realidad, el poder se halla concentrado entre las manos de un corto número de hombres políticos, á quienes siguen dócilmente todo el grueso de la asamblea. Tal es lo que la experiencia ha demostrado hasta la saciedad, y lo que puede comprobarse siguiendo los trabajos de las Cámaras en todos los Estados parlamentarios.

«Ningún gobierno garantiza, tanto como la república parlamentaria, el orden, la seguridad y la libertad.»

Concedemos de buen grado que las otras formas de gobierno sean peores y más peligrosas que el parlamentarismo; pero de que la república sea la menos mala no se deduce necesariamente que sea el ideal. En páginas sucesivas nos proponemos llegar á

la demostración de que ningún gobierno puede ser bueno, y además que el orden y la seguridad son palabras de efecto tras las cuales se ocultan grandes injusticias, y que sólo tienen valor para las clases directoras, mientras que para el mayor número se traducen por miseria y esclavitud.

«La república es el gobierno que divide menos.»

Para convencerse de lo contrario, basta echar una mirada sobre los periódicos de los diferentes grupos de un mismo partido.

«El boletín del voto reemplaza al fusil para el mayor bien de la paz pública.»

Pero el boletín reemplaza al fusil de una manera muy ineficaz, puesto que adormece la energía popular y anula sus manifestaciones, tan temidas siempre de los directores. Los privilegiados deben de haber quedado satisfechos por haber descubierto ese medio de engañar la vigilancia y la dignidad del pueblo, haciéndole creer que es dueño de sus destinos. Al abrigo de las elecciones, los burgueses de toda categoría pueden prosperar con toda seguridad, entregándose sin riesgo á la explotación humana.

«La república parlamentaria es el gobierno más pacífico.»

Es cierto que las guerras ocasionadas por la ambición de los reyes han desaparecido; pero han sido reemplazadas por las guerras de los capitalistas y por las expediciones coloniales: no vemos claramente lo que el pueblo ha ganado enviando sus hijos á hacerse matar para enriquecer á algunos banqueros en vez de satisfacer la ambición de un príncipe.

Como conclusión de estas reflexiones, nada mejor que citar las páginas siguientes:

«Teóricamente, el régimen representativo corresponde á la idea de un cuerpo social que se gobierna por sí mismo, sin la ingerencia de una voluntad extraña á la de sus miembros, ya que cada individualidad está llamada á expresar su opinión sobre toda regla de conducta, sin sufrir la voluntad de nadie y quedando en libertad de dirigirse siguiendo las aspiraciones propias de su intelecto y de su conciencia, no sometiéndose sino á lo que uno mismo ha aceptado por haberlo reconocido justo y razonable; conservando además la posibili-

dad de reparar sus errores, de buscar lo mejor, de anular una resolución anterior, de abrogar una ley defectuosa y de modificar la Constitución.

»Por lo pronto, y sobre todo comparando este sistema gubernamental con la arbitrariedad de los regímenes monárquicos, tiene aspecto seductor. Por lo mismo no es difícil explicarse la especie de fascinación que ejercieron y que ejercen aún sobre los espíritus sencillos y confiados, esas expresiones mágicas: soberanía del pueblo, representación nacional, república, sufragio universal.

»Pero lo que ha sucedido con motivo de la libertad económica, se reproduce fielmente acerca de la libertad política.

»La constitución republicana dice á cada ciudadano: de aquí en adelante eres libre, completamente libre; la ley ha proclamado la emancipación íntegra y la igualdad de todos los ciudadanos. No pertenecerás ya al rey; ya no estás obligado á inclinarte ante sus caprichos, de soportar sus mandatos, de pagar su lujo; esa soberanía que ha tenido hasta hoy, ejerciéndola sin oposición,

la poseerás tu de aquí en adelante y la transmitirás á sus descendientes. A partir de hoy no dependes sino de tí mismo; no eres el servidor de nadie. ¡Anda, eres libre!

»Desgraciadamente esta libertad ha sufrido la suerte de todas aquellas que consigna la ley; tan pronto como ha sido reconocida y proclamada, ha sido escamoteada por un hábil subterfugio que ha tenido por efecto anularla completamente.

»He aquí, en efecto, lo que añade la constitución republicana: El derecho social, residente en el conjunto de los seres humanos que forman un grupo nacional; la ley, que no es si no su expresión fiel, será la emancipación sintética de la voluntad popular; pero como para formularla es imposible reunir en un punto único todos los ciudadanos de una misma nación, ni hacer que tomen parte en una deliberación pública é universal, ni consagrar con sus sufragios una discusión general, los individuos deberán entenderse por regiones para elegir delegados que los representen en el seno de la asamblea soberana, que hagan prevalecer allí sus aspiraciones, que tomen

parte en las deliberaciones y que expresen con sus votos la voluntad de sus electores. De ese modo, ya que la soberanía individual no puede ejercerse directamente, se ejercitará por vía de delegación.

» Como se ve, el gobierno representativo quedaba fundado; pero al mismo tiempo la soberanía popular quedaba pisoteada, violada la libertad del ciudadano.

» En dos palabras Elíseo Reclus ha expresado este mismo pensamiento: «Delegar su poder, es perderle.» Sí, es perderle; porque es decir á aquel á quien se delega: «Os confío el cuidado de pensar, de discutir, de votar y de obrar por mí. Me entrego absolutamente á vos, lo que digáis será bien dicho, lo que hagáis será bien hecho; lo consideraré como hecho y dicho por mí mismo. Por vuestra boca mi pensamiento se desarrollará, por vuestro sufragio se afirmará mi voluntad.»

» Y el mismo escritor añade: «¡Votar es envilecerse!» Palabra tan justa como bella. ¡Cómo! Se os dice que ya no sois menor, se os reconoce como mayor de edad, con todos los derechos consiguientes: el de considera-

ros como el igual de todos y de cada uno, el de tomar parte libremente en las discusiones que tienen por objeto investigar el mejor medio de vivir dichoso en sociedad, el de administrar vuestros mismos intereses... Y he aquí que por una superchería muy sutil se os viene á proponer ni más ni menos que privaros voluntariamente de todos esos derechos tanto tiempo disputados y tan costosamente adquiridos... Si tenéis la debilidad de escuchar esas exhortaciones, de someteros á esos falaces consejos, de prestaros á esa pérfida mixtificación; si tenéis la cobardía de consentir en representar vuestro papel en esa indigna comedia, os envileceréis, cesaréis de ser un individuo libre, os sumergeréis voluntariamente en la esclavitud y tendréis tanto menos valor para romper vuestras cadenas y perderéis tanto derecho á quejaros de ellas, cuanto que vosotros mismos las habréis forjado y habréis tendido los brazos para que se os oprima.»—S. F.

VI

Europa económica.—Sociedad capitalista

Después de haber examinado las diferentes fases gubernamentales por las cuales ha pasado Europa en el curso de los siglos XVIII y XIX, nos ocuparemos de la vida social de nuestra época; pero no nos detendremos en la superficie, sino que nos esforzaremos por penetrar en las condiciones económicas en que vivimos; examinaremos si todo el brillo de nuestra preciosa civilización no pasa de un falso oropel.

En efecto, ¿qué debemos pedir á la sociedad? ¿acaso un exterior brillante, un lujo llevado al extremo, inaccesible al mayor número? Un amontonamiento considerable de capitales, correspondiente al más deplorable derroche de las energías humanas, evidentemente, no. La sociedad, que se sostiene por el concurso de todos sus miem-

bros, no tiene el derecho de sacrificar el menor de ellos; y si otra cosa sucede, es que esta sociedad está mal fundada, debe, pues, desaparecer, condenada por el progreso, patrimonio y obra colectiva de todos.

Hablar del siglo XIX es evocar las maravillosas aplicaciones de la ciencia: ferrocarriles, trasatlánticos, telégrafo, luz eléctrica, teléfono, fotografía, instrumentos mecánicos perfeccionados aplicados á la producción; la inmensa cantidad de objetos fabricados, transportados rápidamente á distancias considerables; las materias primeras tomadas de todos los suelos y de todos los climas; las relaciones internacionales que aproximan pueblos tan alejados los unos de los otros y que se habían ignorado durante siglos; las ciudades espléndidas, las obras de arte, los libros, los instrumentos del trabajo científico; todas esas maravillas que deslumbran é impiden ver el fondo de las cosas.

Acostúmbrase á considerar las condiciones políticas como causantes de esa prosperidad material, porque dejan, dicen, á todos los hombres libres y dueños de sus

destinos, permitiéndoles aspirar á las más altas posiciones sociales; y se saca como consecuencia que vivimos en el mejor de los mundos, y que de nosotros depende ser todo lo dichosos posible.

«¡Qué puede desearse, cuando se posee la libertad!» exclaman los declamadores.

Nada de eso es cierto: estaríamos plenamente satisfechos si poseyésemos todos la libertad; pero, ¡cuán lejos estamos de poseerla!

En el precedente capítulo hemos demostrado que, aun con el gobierno parlamentario, la libertad política es una pura ilusión. Ahora veremos que, aún después de la abolición de la servidumbre, la libertad económica es tan ilusoria como la otra.

En un excelente libro, un hombre de corazón y de talento ha hecho el proceso de nuestra sociedad; ha demostrado perentoriamente que todo es dolor para todos y que nuestra organización actual no puede producir más que el sufrimiento, que aumenta cada día siguiendo una progresión fácil de calcular.

Uno de los capítulos de dicha obra está

dedicado á lo que el autor llama con justo título «La iniquidad económica,» iniquidad que resulta de que «todo pertenece á unos pocos.»

Querriamos citar por completo este capítulo, pero excedería mucho del cuadro de este sencillo relato histórico. Nos limitaremos á hacer un extracto apropiado á nuestro plan.

El sufrimiento económico deriva de la apropiación individual del suelo y del subsuelo, de los instrumentos del trabajo, de los productos y de la concentración capitalista.

Todo nos viene del suelo: casa, alimento, vestido, máquina; la materia primera nos es suministrada, sea por su superficie, sea por sus entrañas. A este título, puede sostenerse que la posesión individual del suelo es el punto de partida de todas las expoliaciones.

La declaración de los derechos del hombre, dice á los campesinos: «En lo sucesivo eres libre, enteramente libre; la ley ha proclamado la emancipación íntegra y la igualdad de todos los ciudadanos. Ya no perteneces á tu señor; ya no estás obligado á

trabajar por su cuenta, á cultivar sus tierras, á hacer madurar sus frutos; podrás poseer esos campos fértiles, esas risueñas praderas, esos lujuriantes verjeles, esos inmensos bosques y transmitir ese derecho á tu descendencia lo mismo que él á la suya. A partir de hoy, sólo dependes de tí, no perteneces sino á tí mismo; no eres servidor de nadie. ¡Anda, eres libre.»

Pero la nueva Constitución ha olvidado una sola cosa, la más importante: asegurarle los medios de aprovecharse de su emancipación.

En el día, el proletario no sufre palizas como el esclavo, si no trabaja, es sencillamente dejado sin recursos y mortificado por el hambre; no puede ya, como el sirvo, ser vendido con la tierra, á la que era adscripto; se vende esta última y nuestro hombre se encuentra á merced del nuevo propietario, quien es libre de expulsarle de ella y de confiar á otro su cultivo.

Por último, no está ya obligado, como el vasallo, á entregar á su señor una parte de su tiempo de trabajo; pero, como arrendatario, paga al propietario un cánón consi-

derable; como colono, le entrega la mitad de sus productos; como jornalero, vende sus brazos por un salario irrisorio; como contribuyente, paga el impuesto al fisco.

Pobreza, esclavitud, tales son los dos polos sobre que gira la vida de muchos miles de individuos que cultivan la tierra, pero no la poseen: sometidos, cuando tienen la buena fortuna de trabajar, á la voluntad absoluta del propietario; expuestos, cuando esa suerte les falta, á vivir como vagabundos y á morir de inanición.

La posesión individual de las riquezas almacenadas en el subsuelo es, para aquellos que trabajan en su extracción, el manantial de infinitos sufrimientos, y para los propietarios, el de tanta opulencia, que por sí constituye una de las iniquidades que más repugnan á la conciencia.

¡Cuánto no se ha dicho sobre la suerte lamentable de los infortunados que pasan la mitad de su existencia á muchos metros de profundidad, con los miembros destrozados por una postura atormentadora, la mayor parte del tiempo arrastrándose en el barro, en perpetuo peligro de muerte violenta!

Pues por mucho que se diga aún, nunca se dirá demasiado, jamás lo suficiente.

Nunca se referirá con la emocionante sensación de la realidad, esas existencias de presidiarios comenzadas en la infancia, en la edad en que el niño siente una imperiosa necesidad de sol y de aire libre, para continuarla desesperadamente monótona y dolorosa hasta la vejez, á menos que un desprendimiento, una explosión de grisú, una inundación, un cataclismo cualquiera (¡son tan frecuentes!) venga bruscamente á poner fin á esa lenta agonía.

La vejez, por lo demás, no se hace esperar. A cuarenta años el minero, encorvado, reumático, sin agilidad ni vigor, siente los ataques de la decrepitud.

El derecho de propiedad se extiende á los instrumentos de trabajo. Por las aplicaciones infinitas de la ciencia y la industria, nuestro siglo posee un poder mecánico colossal, que, desarrollado lentamente y gradualmente perfeccionado por el impulso de las necesidades de una población cada vez más densa, lejos de pertenecer á los proletarios que le ponen en movimiento, se

halla en poder de algunos detentadores particulares, llamados patronos.

Mientras que el acaparamiento del suelo somete al yugo y reduce á la pobreza al proletariado de los campos, el del maquinismo condena á la servidumbre y á la miseria la población obrera de las ciudades.

En efecto, habiendo el trabajo mecánico cuaduplicado y aún decuplicado la producción, el número de brazos necesarios para equilibrar esta última con el consumo, que no ha variado, será cuatro veces, diez veces menor que antes de la introducción de la máquina en el taller; de donde se seguirá, ó una disminución de horas de trabajo, acompañada, naturalmente, de una disminución correspondiente de jornal, ó una reducción en el número de obreros empleados, lo que lanza á los otros á la paralización, es decir, á la más espantosa miseria.

De la demostración precedente se deduce que, bajo el régimen de la propiedad personal, todo progreso es un perjuicio. Triste es decirlo, más lo es demostrarlo, pero es estrictamente exacto.

El acaparamiento de los instrumentos de producción ha llevado á límites extremos la división del trabajo, agrupando tan bien cada individualidad trabajadora que la arrincona en una especialidad de donde es difícil, casi imposible salir.

Antes, el artesano, después de un largo y minucioso aprendizaje, confeccionaba un producto manufacturado desde la primera á la última pieza; todo el trabajo pasaba por sus manos.

En la actualidad eso no es posible: las diez piezas de un mismo producto son confeccionadas por diez productores diferentes, sujetos á otros tantos instrumentos diversos, para ser luego ajustados por un décimo obrero armado de un undécimo aparato.

Esta división del trabajo se acentúa cada vez más, porque entraña para el patrón una doble y preciosa ventaja: la de colocar al jornalero bajo una dependencia más estrecha, y la de exigir de él, con el mismo jornal, un rendimiento superior en cantidad y en calidad.

Es ya un horrible suplicio hacer siempre la misma tarea, tener constantemente en

las manos la misma herramienta ó la misma materia, condenado á ver sin cesar los mismos objetos, oyendo siempre los mismos rumores, teniendo su cuerpo habituado á la misma inclinación y sus brazos al esfuerzo invariable; haciendo hoy lo que hizo ayer, lo que hará mañana; no diez cosas diferentes en el mismo día, como el señor que va á sus negocios, habla, escribe, va á la bolsa, al café, á su despacho, recibe y hace visitas, no; sino la misma tarea desde la mañana á la noche, á toda hora y á todo minuto del día, semejante á aquellas caballerías que dan vueltas á una noria y para que sigan más dócilmente el mismo círculo, se le ponen antojeras.

Esta tortura es la de todos los trabajadores industriales, y es cada vez es más difícil sustraerse á ella.

La división del trabajo tiene por consecuencia el aumento incesante de la aptitud profesional del productor; pero mientras bajo sus manos se multiplican los productos, su jornal tiende más bien á disminuir.

Tan triste verdad, no hay economista, por poco socialista que sea, que no la haya

proclamado; pero los pontífices de la economía política han reconocido, como quien arranca una declaración á un culpable, que el jornal normal de un obrero no excede nada de lo que le es estrictamente necesario para vivir.

Los detentadores de la tierra, del subsuelo y de los instrumentos de trabajo, son también propietarios de los productos de toda clase que resultan de la práctica de esos medios de producción. Por ese hecho tienen bajo su dependencia absoluta á la población entera.

Siendo los propietarios los únicos detentadores de los productos indispensables á la vida, podrían indudablemente fijar el valor de esos productos á precios inaccesibles, y condenar, por consecuencia, á la mayor estrechez á una parte de la humanidad; pero la propiedad individual de los productos tiene como las medallas dos fases y lleva en sí su correctivo. Si divide la sociedad en dos clases, resultando los intereses en conflicto, divide también á los poseedores entre sí y desencadena la guerra, lo mismo entre las unidades que componen cada clase, que

entre las clases mismas. A esta lucha de todos los instantes, se ha dado el nombre de concurrencia, que beneficia á la multitud consumidora, la cual aprovecha ese combate á la rebaja.

He ahí el anverso de la medalla; veamos ahora el reverso; la concurrencia produce la sofisticación de los productos, esas mil astucias á que recurren industriales y comerciantes para engañar al cliente sobre el valor, la calidad y la procedencia de la mercancía. Luego el comercio, y su alma la concurrencia, originan además un inverosímil derroche; por cientos de miles de kilogramos se cuentan la carne, el pescado, la caza, las frutas, las legumbres, la leche, los huevos, etc., que se desperdician cada día en un solo país.

Y mientras que géneros frescos y sanos se esterilizan de esa manera, bandas de hambrientos se alimentan con repugnantes detritus buscando como perros su pitanza en los basureros, ó recogen furtivamente el mendrugo abandonado que ha de prolongar su agonía.

Por último, de la concurrencia resulta

una consecuencia general, aplicable, lo mismo á los detentadores de la tierra, del subsuelo y de los instrumentos de trabajo, que á los propietarios de los productos. Esta consecuencia es la concentración capitalista.

La concentración capitalista es aquel fenómeno por el cual toda la fortuna tiende á condensarse, acumularse, centralizarse en el menor número de manos, que aumentan así su riqueza. Las fatalidades de la concurrencia producen inevitablemente ese resultado.

Así, pues, la concurrencia lanza unos contra otros á los capitalistas de todas las tallas, de todas las naciones y de todas las razas. El campo de batalla, cubierto de muertos y de moribundos, queda á favor de los que disponen de batallones más numerosos, de armamentos más terribles, de municiones más abundantes, de medios más expeditivos de transporte; sobre el campo de batalla de la concurrencia los medios de transporte, las municiones, el armamento y los batallones lo constituyen la aglomeración obrera, la condensación in-

dustrial y comercial, y por último, la concentración de los capitales de todas clases.

¿Quiénes han de ser fatalmente los vencidos en esa lucha sin cuartel?

Los pequeños capitalistas están condenados á desaparecer. ¿Qué puede la inteligencia, la habilidad y el trabajo de una cartera contra la brutalidad, la ignorancia y la pereza de un arca reventando de billetes de Banco, de cheques y de valores?

Puédese establecer que el mundo social se compone de tres capas superpuestas: abajo, la clase pobre, el proletariado, comprendiendo esos millones de desheredados que no poseen otra cosa que su inteligencia ó sus brazos; al centro, la clase media, intermediaria entre las otras dos, cuyos miembros tienen, en su mayor parte, orígenes proletarios, pero que aspiran á elevarse hasta la clase rica; en ese grupo de individuos figura todo lo que vive de pequeña propiedad, de pequeño comercio, de pequeña industria; por último, arriba la clase rica, compuesta del gran comercio, de la alta industria de la extensa propiedad, del gran capital.

El número de los individuos que pertenecen á cada uno de esos grupos, está en razón inversa de su situación de fortuna. Los pobres son los más numerosos; los ricos no son más que un puñado.

Tales son los abismos de sufrimiento y de servidumbre en que rueda la humanidad por haberse sometido á esta execrable fórmula: «Todo pertenece á algunos».—S. F., *El Dolor Universal*.

Terminaremos este capítulo con una cita que apoya lo precedente:

«Pero el pueblo está ya cansado y se pregunta dónde está después de haberse dejado tanto tiempo dirigir y gobernar por la burguesía.

»La respuesta está en la situación económica de Europa.

»La crisis, antes calamidad pasajera, se ha convertido en crónica. La crisis del algodón, la crisis metalúrgica, la crisis relojera, todas las crisis se desencadenan hoy á la vez y se instalan en permanencia.

»Se evalúa en muchos millones el número de obreros sin trabajo en la actualidad en Europa; en millares, el de los que ruedan

de ciudad en ciudad mendigando ó amotinándose para pedir con amenazas pan ó trabajo. Del mismo modo que los campesinos de 1787 rodaban por los caminos á miles, sin encontrar una parcela de tierra que cultivar ni una piqueta para removerla, así hoy el obrero queda con los brazos inactivos sin encontrar la materia primera ni el instrumento necesarios para producir, acaparados por unos cuantos holgazanes.

»Grandes industrias muertas de repente, ciudades populosas como Sheffield convertidas en desiertos. Miseria en Inglaterra, sobre todo en Inglaterra, porque allí es donde los «economistas» han aplicado mejor sus principios; miseria en Alsacia; el hambre en España y en Italia. Paralización por todas partes, y con la paralización, el malestar ó más bien la miseria: los niños lívidos, la mujer envejecida, las enfermedades haciendo estragos en las filas obreras. He aquí donde hemos llegado con su régimen.

»¡Y aún vienen á hablarnos de sobreproducción! ¡Cuando el minero que amontona montañas de hulla no puede pagarse

un fuego en lo más rudo del invierno! ¡Cuando el tejedor que fabrica kilómetros de tela ha de negar una camisa á sus hijos andrajosos! ¡Cuando el albañil que hace palacios habita en tugurios, y la obrera que hace maravillas vistiendo muñecas no tiene más que un mantón agujereado para garantizarse contra todas las intemperies!

»¿Y á eso llaman organización de la industria? Con más razón podría llamarse alianza secreta de los capitales para domar al obrero por el hambre.

»El capital, ese producto del trabajo de la especie humana, acumulado entre las manos de unos cuantos, huye, se nos dice, de la agricultura y de la industria por falta de seguridad.

»Pues ¿dónde se oculta cuando sale de las arcas?

»Sencillamente, tiene colocaciones más ventajosas... Se lanza al agiotaje; va á la bolsa.

»El agiotaje mata á la industria, y á eso llaman la gerencia inteligente de los negocios. Para eso, dicen, debemos sustentarlos.»—KROPOTKINE.

VII

La Colonización

Por la concurrencia cruel que se hacen entre sí industriales y comerciantes, Europa no basta ya á su explotación, y han debido buscar lejos otras razas y otros suelos que despojar en su beneficio, y han ido á colonizar.

Desde el principio de los tiempos modernos, hanse visto aventureros sin escrúpulos que se aprovechaban de los descubrimientos de los marinos exploradores para satisfacer su avaricia y su necesidad de aventuras, robando y martirizando á los indígenas de las tierras recién conocidas. Después se ha visto igualmente millares de hombres que dejaron su país, huyendo de la persecución religiosa y política, para establecerse en un territorio lejano. Tal fué el origen de la colonización.

En nuestros días, los gobiernos quieren colonias para permitir á los banqueros y comerciantes de alto vuelo, enriquecerse más aún, y á la población excedente ir á morir de miseria, tentando á la fortuna, que no se deja seducir. Las colonias sirven, además, para utilizar los hermosos ejércitos que sostienen los gobiernos con enormes gastos, perpetuando así el deplorable espíritu patriótico y militar. Muchos pobres hijos del pueblo mueren allá; los que vuelven suelen ser atacados de fiebres de que no se curan nunca; pero el general X ha conquistado allá una gran reputación, y la patria resplandece harta de sangre humana.

Antes de proseguir, querríamos exponer la diferencia esencial que existe entre un explorador y un colonizador.

El explorador es un hombre animado de la pasión de la ciencia, que va al descubrimiento de nuevas tierras ó bien que estudia una región poco conocida para precisar la naturaleza de su suelo y de su clima, la vegetación, la fauna y las razas humanas que en ella pueda encontrar. La gran mayoría de los exploradores son sabios valerosos

que se exponen voluntariamente á innumerables peligros y fatigas en nombre de la verdad científica para aumentar los conocimientos adquiridos, hacer desaparecer los errores siempre favorables á la superstición y, por consecuencia, enriquecer el tesoro común de la humanidad.

Es cierto que el conquistador suele seguir inmediatamente al explorador, pero á éste no puede hacérsele responsable de la mala organización social. Por otra parte, no llamaremos jamás explorador al que va ruidosamente á plantar una bandera cualquiera sobre un territorio. En nuestro concepto son exploradores esos geógrafos, esos naturalistas modestos, cuyos nombres son casi ignorados, y que enriquecen la ciencia con memorias, fotografías y muestras de todas clases, obtenidas sin otro combate que el del hombre contra la naturaleza inclemente. Así comprendida la explotación es una de las formas más fecundas y más admirables de la actividad humana.

¡Cuán diferente es el que va á colonizar! Si es misionero, quiere, so pretexto de caridad universal, imponer un dogma ya fuera

de uso en Europa á aquellas razas y dominarlas en nombre de la fe. Todos los procedimientos le parecen buenos para alcanzar sus fines; si es católico, fundará un convento, robará los niños en las familias para bautizarlos á la fuerza y hacerles trabajar en seguida para enriquecer el monasterio; esto sucede en los países ya civilizados. Si se trata de salvajes, el buen padre ejecutará ante ellos algunos juegos de manos, en los cuales se mostrará más listo que un hechicero, y se dejarán convertir, es decir, cultivarán la tierra en provecho del hábil prestidigitador.

Después, «la cristianización de los infieles» tiene aún otro lado bueno. Permite hacer llamamiento al céntimo de la «Santa Infancia,» que es la más hábil manera de convertir los céntimos en millones.

Si el misionero es protestante, se instala en la nueva colonia y lo arregla todo de manera que establece una hacienda cultivada por sus convertidos, conducidos duramente por su mano evangélica. Además el reclamo se practica también por los protestantes.

En cuanto á los colonos laicos, á los funcionarios civiles ó militares, éstos practican la colonización con etiqueta civilizadora, y no vacilan para imponerse á latigazos y tiros, ó por mutilaciones (se cortan las manos y las orejas á los recalcitrantes); «las razas inferiores» están además condenadas á un trabajo excesivo, ejecutado en condiciones detestables. En resumen; la esclavitud no ha sido abolida, á pesar de todas las declaraciones solemnes y sentimentales.

Y esta explotación de los pueblos primitivos se hace sin ninguna inteligencia. Jamás el colono tuvo en cuenta las actitudes naturales de las diversas razas; las emplea brutalmente, por rutina, sobre todo en el trabajo de la tierra, aun cuando para él sean impropias. Así han desaparecido pueblos enteros, sin que el gobierno colonizador investigue las causas de tan horrenda mortalidad. Una vez en las colonias, el blanco se convierte en fiera, y emplea con los indígenas procedimientos que se indignaría de ver aplicado á caballos ó á perros. Abundan los ejemplos de esa estúpida ferocidad.

En el Congo, colocado bajo el protectorado belga, los ciudadanos del «Estado libre» son víctimas de los peores tratamientos. Fotografías tomadas sin conocimiento de los verdugos, causan horror.

En Argelia, los funcionarios franceses tratan á los árabes de una manera repugnante; los roban, los injurian y si reclaman los pegan hasta dejarlos muertos en el sitio. Los oficiales tenían (no sabemos si lo hacen aún) la costumbre de servirse de niños negros á guisa de banqueta, porque su piel, siempre fría, les refrescaba los pies.

Conocida es la dureza de los colonizadores españoles, y la de los ingleses en las Indias y en todas sus colonias.

En todas partes los europeos se alaban de las medidas oficiales que toman para el mayor bien de los indígenas, pero ocultan cuidadosamente todo el mal que se hace y que tarde ó temprano llega á ser conocido.

Hablemos ahora de la guerra colonial, la más odiosa de todas. Las guerras de Madagascar, de Cuba, de Filipinas y de China son de todos conocidas.

En Cuba se cometieron atrocidades como

las que atestigua el documento siguiente:
«Los horribles campos de concentración fueron ideados por Weyler.

»En el mes de mayo de 1898 la *Illustration* reprodujo las fotografías del *New-York Journal*, que ponían de manifiesto los montones de mujeres, de jóvenes y de niños reducidos al estado de esqueletos, roídos por espantosas enfermedades, agonizando en chozas, en casas ruinosas y en medio de las calles.

»Eran los *reconcentrados*, los campesinos de Cuba, recogidos en todo el interior de la isla, arruinados por la devastación de sus campos y la destrucción de sus haciendas, reunidos en las villas del litoral, en número de trescientos mil, bajo el cañón español, para que no pudiesen prestar socorro alguno á los insurrectos.

»Más del cincuenta por ciento, es decir, más de ciento cincuenta mil criaturas humanas fueron sacrificadas por el hambre y las epidemias.»

Pasemos á la guerra de China. Aparte de los misioneros, que se han hecho odiar de los chinos, estos últimos se vieron obliga

dos á abrir su país á los ingleses y á los franceses, á mediados del siglo XIX. He aquí en qué ocasión: el gobierno chino había prohibido el consumo del opio en todo el imperio en razón de los terribles estragos que causa este veneno en los que lo fuman; pero el principal cultivo de los ingleses en las Indias era precisamente el opio, y por tanto, la prohibición china les causaba una gran pérdida comercial. Mas como á los ojos de los buenos negociantes ganar dinero es mucho más importante que salvar vidas humanas, y como la prohibición del emperador, que salvaba la vida y la razón de muchos miles de chinos, hacía perder á los ingleses algunos millones, éstos, ayudados de los franceses, invadieron la China y obligaron á sus habitantes á envenenarse con el opio.

Desde aquel tiempo, ingleses, franceses, alemanes y rusos no cesan de arrancar algún girón de tierra á los desgraciados «celestiales» (nombre que se da á los chinos como derivado del de «Celeste Imperio» que se da á su país).

Los chinos son muy laboriosos y viven

miserablemente de un puñado de arroz. Forman un pueblo de doscientos millones de habitantes. Sus nobles, los mandarines, los explotan hasta el extremo límite de lo posible, en tanto que á su vez son ellos explotados por los europeos.

Ya hemos dicho que los misioneros son mal vistos con justo motivo por la población. Últimamente, como no se les había permitido ejercer á sus anchas sus rapiñas y su dominación, arrastraron á toda Europa á una guerra inicua, que es una vergüenza para los civilizados de «Occidente.»

He aquí reseñas sobre los hechos ocurridos en China:

«Fuí designado para formar parte de la columna que debía llegar á Pekín por Pooting-fou, que aun estaba en manos de los insurrectos. Hallándose interrumpida la línea del ferrocarril, el trayecto se ejecutó á pie. Nos pusimos en camino el día siguiente, la columna constaba de unos tres mil hombres al mando del general Friedmann. Una columna alemana, destinada también á unírse nos en Pooting-fou, pero por otro camino, salió de Tien-Tsin. .

»...En las villas abandonadas la columna no pasaba: se entraba en ellas por grupos pequeños y allí, lejos de los oficiales, cada cual hacía lo que quería; los de nuestra sección marchaban á retaguardia de la columna y nos arreglábamos para alargar todo lo posible la distancia, evitando así la vigilancia de los oficiales superiores, y cada vez que distinguíamos los tejados de una aldea, íbamos en grupos de cinco ó seis, con bayoneta calada en busca de algún recuerdo.

»En el curso de estas excursiones he observado el valor, ó más bien, la indiferencia de los chinos ante la muerte y su repugnancia por los bayonetazos.

»Desde nuestra partida de Tien-Tsin habíamos capturado por todas partes gallinas, patos, huevos, carneros, nos sobraba la comida, preferíamos dinero, porque pensábamos todos llegar pronto á Pekín, y nos decíamos que en una ciudad que tenía fama de ser tan grande y bella, se necesitaría mucho dinero para divertirse.

»Los mandarines, que son muy ricos,

habían desaparecido todos y no tuvimos jamás la suerte de atrapar uno; los que quedaban ante nosotros acaso eran pobres, pero no estando seguro de ello y hartos ya de vituallas, quisimos sacar de ellos algo más positivo; por lo mismo, en cuanto entrábamos en una casa, indicábamos que necesitábamos monedas, si el propietario respondía que no tenía, le amenazábamos con nuestras bayonetas, y con un gesto de disgusto, hacía con la cabeza signo negativo; después, impasible, con dulce languidez nos indicaba que prefería morir de un tiro, y todos esos pensamientos los expresaba con una mímica resignada y sonriente, cuyo recuerdo me conmueve y me hace admirar esos chinos indiferentes ante el vértigo de la nada.

»Pero allá abajo no se enterneceía uno, se buscaban monedas, y no emociones, por lo mismo no fallaba nunca el tiro:—«¿Quieres morir? ¡Toma!» el pobre individuo, sonriente siempre, caía muerto en un rincón de su choza. Se revolvía todo, se buscaba por todas partes, no se encontraba nada; si tenían dinero estaba bien guardado; me in-

clino á creer que no tenían porque los mandarines se lo habían llevado todo.

»Entramos en Pooting-fou entre dos filas de soldados regulares chinos que presentaban las armas á la italiana, se les desarmó y se les envió á que los ahorcaran en otra parte.

»Pooting-fou es una ciudad hermosa, con buenas habitaciones, pero estaban deshabitadas. Los mandarines y los ricos habían huído, y no había nada que recoger porque los regulares chinos habían pasado por allí antes que nosotros.

»Además, como la ciudad se había rendido, teníamos orden de no saquear; no se autorizaba el saqueo más que en las ciudades tomadas ó abandonadas; á pesar de esta orden, los soldados se esparcieron durante la noche é hicieron lo que pudieron, poca cosa, porque las casas de los mandarines tenían guardia y allí sólo podían entrar los oficiales.

»En Pooting-fou había, en tiempo de paz, un comercio muy floreciente, pero todos los comerciantes se habían ocultado y

los almacenes estaban cerrados. Hacia ellos se fijó la atención de los saqueadores, porque las habitaciones del pueblo no valían la pena. Derribaron las puertas y encontraron pieles finas y sederías; entre las primeras, innumerables pieles de cabra del Tibet, objetos de escaso valor y algunas zorras azules que compraban oficiales y misioneros.

»Aquí se perpetuó un acto monstruoso que hay que relatar: los misioneros habían pagado, con cheques, según costumbre, el botín hecho por los soldados en Pootingfou, pero después fueron á denunciarlo á los oficiales superiores, quienes ordenaron el registro de los soldados obligándoles á entregar los cheques bajo amenaza del consejo de guerra.

»En cuanto á los misioneros, conservaron la mercancía robada. Declaro que no hemos sabido oficialmente el hecho, pero él es positivo y únicamente á los misioneros ha aprovechado el robo. Esta historia, tan poco honrosa para los denunciadores, nos impresionó desagradablemente, y desde entonces hemos borrado á los misioneros de

la lista de nuestra clientela. Felizmente para ellos su culpabilidad no nos ha sido probada, sin esto *hubiera pasado todo allí como en el país de los chinos.*

»Había también algunos oficiales que iban á la parte con nosotros; ellos eran los que nos autorizaban para visitar las villas abandonadas, reservándose en seguida la mayor parte de nuestro botín, y si no osaban jamás penetrar con nosotros en el interior de las poblaciones, era porque temían verse envueltos en algún momento con los boxers; otros, por el contrario, tenían maneras muy agradables. Portábanse con nosotros fraternalmente y cada uno hacía su negocio sin cuidarse del orden jerárquico.

.....

»Nuestra sola distracción durante las etapas, era tirar sobre los patos, los gansos salvajes y los chinos errantes. Sus túnicas eran andrajos, estaban sucios como animales y nos miraban con expresión tan indefinible, que no creíamos hallarnos frente á hombres, sino ante animales, y, naturalmente, tirábamos del gatillo. Por otra parte,

nosotros, los soldados de administración, estábamos tentados por la manía de tirar, lo cual procedía de que en Francia estaban armados con el viejo fusil Gras, mientras que en China usábamos por primera vez, la maravillosa carabina Lebel, tan justa, tan dulce, que daba gusto quemar cartuchos con ella.»

Es inútil insistir: la colonización está condenada, y todas las tentativas que se hagan para llevar á ella las generaciones jóvenes, todo el reclamo que se prodiga en su favor, no servirán si no para hacerla aún más odiosa á los corazones honrados, capaces de buscar la verdad bajo las frases oficiales y hacer repugnante la explotación del débil por el que se cree más fuerte.

VIII

La Cuestión Social

Cuando en 1788 se amotinaron los campesinos para reclamar la supresión de los derechos feudales, no hay duda que se planteaba una cuestión social. Cada vez que las masas populares se han puesto en movimiento, aunque fuesen arrastradas por caudillos que perseguían un fin político, en el fondo no comprendían más que una cosa, no les impulsaba sino una esperanza: disminuir su miseria. Se les prometía que tal cambio en el gobierno correspondía á una mejora en su suerte, y marchaban á la conquista del bien prometido. O sino, dando curso á su indignación contra sus tiranos, el pueblo corría á la venganza, entregándose á algunas ejecuciones que la historia ha tenido buen cuidado de presentar aumentadas y desnaturalizadas para justi-

ficar las horribles represiones de los gobiernos. Pero aún así considerado el asunto, creemos que el pueblo no ha obrado jamás por pasión política; es demasiado ignorante para filosofar sobre la mejor manera de ser devorado, y lo suficientemente práctico para tener otro objeto que no sea escapar á las fauces de sus devoradores.

La cuestión social es, pues, tan antigua como la civilización; pero el socialismo no ha aparecido como doctrina independiente hasta 1793 con Babeuf, que imaginó un sistema social según el cual el Estado, en posesión de todas las propiedades individuales, las administraba y repartía á cada uno los medios de existencia, de instrucción, de placer, etc., en cambio de un trabajo proporcional á sus facultades.

Era, como se ve, una reforma muy imperfecta; sin embargo, valió á su autor los honores de la guillotina.

Pero si Babeuf fué sacrificado, el socialismo no pereció con él; la teoría fué tomada nuevamente y estimada por otros filósofos que la modificaron, según su juicio; pero todos sus sistemas están contaminados

con dos vicios radicales: el principio de autoridad (el Estado) y el salariado. Constituyen lo que se ha llamado el socialismo de Estado.

Son, por lo demás, los errores inevitables á toda nueva teoría; sólo la experiencia da la fuerza, la amplitud y el carácter práctico que han de hacerla aplicable, y como en aquella época no se había aún experimentado más que el feudalismo y el gobierno absoluto, las repúblicas antiguas de Grecia y de Roma ejercían en su vaga lontananza un espejismo engañoso. Se creía firmemente en el contrato social de Rousseau, en el gobierno representativo. Además, salvo pocas excepciones, no se estaba exento de preocupaciones religiosas. Preciso es convenir que los revolucionarios de principios del siglo XIX eran sobre ese punto menos avanzados que los filósofos del siglo XVIII. Si todos se mostraban adversarios del cristianismo, ninguno estaba exento de ese misticismo más ó menos vago que procuraba simbolizarse en la sociedad ideal que se trataba de edificar. Por una extraña aberración de espíritu, característica del conflicto

existente entre las ideas nuevas y el atavismo autoritario, debido á la educación y al pasado de los reformadores, los primeros socialistas pretendieron asegurar la libertad individual por la sumisión general, confiando á una autoridad el cuidado de la felicidad común. Se quería, después de haber destruído la propiedad particular, después de haber puesto en común los instrumentos de trabajo, confiar al Estado el cargo de evaluar la labor de cada uno y distribuir al individuo su parte de los bienes comunes, según la importancia de su obra. Esta concepción, irrealizable en la práctica, consagraba la desigualdad de los hombres, la inequivalencia del trabajo; además, dividía los miembros de la sociedad en dos clases: la aristocracia del talento, del trabajo intelectual, y el proletariado del trabajo manual. Era perpetuar la injusticia y marchar infaliblemente hacia la reproducción de todas las iniquidades actuales.

Sin embargo, si los primeros socialistas se equivocaron en su concepción de la futura sociedad, tuvieron, aparte del honor de la iniciativa, el mérito de haber demostrado

los repugnantes vicios de la sociedad capitalista; hicieron, pues, obra útil; destruyeron científicamente la sombría prisión en que aún yacemos; demostraron la necesidad de socavar hasta los cimientos. Y su trabajo de demolidores abrió vía á otros que, no teniendo ya ante su horizonte el espectro del pasado y del presente, pudieron trabajar en preparar el porvenir y en establecer la fórmula racional del socialismo.

Tal como era, el socialismo de Estado había suscitado muchas esperanzas, hecho nacer muchos entusiasmos; era una aurora que aparecía para el proletario, prometiéndole el fin de las tinieblas, en las que tropieza á cada paso, obligado como está á recorrer un camino sembrado de toda clase de obstáculos.

Los trabajadores comenzaron á tener conciencia de sí mismos. ¿No son acaso la virtud y el mayor número? ¿No son los indispensables instrumentos del capital? Si, pues, llegaran á entenderse, á organizarse, no tardarían en verse libres de la explotación de que son víctimas y en ejercer su derecho á la vida.

Entonces se fundaron las primeras asociaciones obreras, y se fomentaron las primeras rebeldías en nombre del socialismo.

No insistiremos en el terror que el «espectro rojo» (así calificó al socialismo la burguesía) causó á todos los explotadores: reyes, sacerdotes, ricos, todos los que viven á expensas del pueblo, temblaron. Como tienen á su servicio el ejército, formado con los hijos de los proletarios, les fué fácil conjurar el peligro. Por tanto los generosos propagandistas de la idea nueva fueron perseguidos, atacados como fieros malhechores. La prisión, el tormento, el destierro, la deportación, el asesinato jurídico y, como complemento inevitable, la más infame calumnia, todo se empleó contra ellos.

En 1848 secundó la revolución política un movimiento popular que derribó á Luis Felipe del trono de Francia y estableció la segunda república. Entre los jefes del nuevo gobierno hubo socialistas que quisieron poner en práctica sus teorías, haciendo socialismo de Estado, proclamando el derecho al trabajo con la apertura de los talleres nacionales para los trabajadores desocupa-

dos. Pronto el número de éstos se elevó á cien mil, á pesar del jornal irrisorio de dos francos diarios con que se les pagaba. Entonces el gobierno tuvo miedo: pensó que esos cien mil hombres reunidos podían exigirle otra cosa que no fuese el paliativo que se les ofrecía, resolviéndose en altas esferas licenciarlos, enviando los más jóvenes al ejército y los otros á trabajos de desmonte. Eso fué la causa de un motín que se reprimió con una dureza no usada ni aún en las monarquías. Once mil obreros fueron condenados por los consejos de guerra, deportados ó ejecutados; tres mil murieron combatiendo en las barricadas. El general Cavaignac, autor de aquella matanza, fué proclamado el «salvador de la patria» y recibió las felicitaciones agradecidas de todos los monarcas de Europa.

Sin embargo, esta represión salvaje produjo un efecto muy diferente del que pensaban sus autores. ¡Cómo, un gobierno republicano hacerse culpable de tales infamias! Esto, añadido á las persecuciones de que los socialistas eran víctimas en todas partes, ocasionó que los obreros comenzaran

á pensar que no podía contarse ya con las repúblicas, como no se contaba sobre las monarquías, y que no había cosa mejor que arreglar por sí mismos su mejoramiento. Lejos de ceder á sus verdugos, ensancharon su círculo de acción, haciendo abstracción de las barreras elevadas entre las demás naciones. ¡No más fronteras! ¡No más patria! ¡No más mentiras! ¡Unión de todos los miembros de la gran familia humana! ¡Fraternidad universal!

Y la Asociación Internacional de Trabajadores quedó fundada.

Creemos interesante citar aquí una parte del discurso de inauguración del Congreso Obrero de Barcelona, abierto el 19 de junio de 1870 para unir los trabajadores españoles á La Internacional. Nada mejor, en efecto, que la inspirada palabra de Rafael Farga, tipógrafo barcelonés, para expresar las necesidades y aspiraciones del proletario constituido en único elemento progresivo, ya que la revolucionaria burguesía perdió su fe y su entusiasmo por el ideal en cuanto alcanzó los beneficios egoístas del privilegio y fundó el feudalismo capitalista.

Dice así:

«Compañeros delegados: Vosotros los que os congregáis aquí para afirmar la grande obra de la Asociación Internacional de los Trabajadores, la que contiene en sí la emancipación completa del proletariado y la extirpación absoluta de todas las injusticias que han reinado y reinan sobre la haz de la tierra; los que venís á fraternizar con los millones de obreros, esclavos blancos y negros que bajo su pendón se cobijan; queridos hermanos, en nombre de los trabajadores de Barcelona, ¡paz y salud!

»El derecho, el deber y la necesidad nos reunen aquí para discutir los problemas de la economía social... «La emancipación de los trabajadores ha de ser obra de los trabajadores mismos,» dicen los estatutos de La Internacional, afirmación fundada en el hecho de que no hay institución ni clase social alguna que por la obrera se interese; todas las que del monopolio y de la explotación viven, sólo procuran eternizar nuestra esclavitud... El capital es el gran tirano que gobierna las sociedades presentes... No hay otra cuestión verdaderamente de fondo en

la humanidad que la tremenda lucha entre el capital y la pobreza, entre la opulencia y la miseria... El Estado es el guardián y el defensor de los privilegios que la Iglesia bendice y diviniza, y lo único que nos resta á nosotros, pobres víctimas del desorden social presente, es, cuando lo tenemos, el salario, fórmula práctica de nuestra esclavitud... Queremos que cese el imperio del capital, del Estado y de la Iglesia, para construir sobre sus ruinas la libre federación de libres asociaciones de obreros.»

Al mismo tiempo, ciertos espíritus clarividentes y generosos daban al socialismo una orientación nueva, una base científica inquebrantable: fundaron la Sociología, ó ciencia de la vida social, investigaron, en primer término cuál era la verdadera, posición del hombre en la naturaleza y, por el estudio experimental de las leyes de la vida general, llegaron á formular los principios sobre que debe apoyarse una sociedad puesta en armonía con el gran todo de que forma parte.

La observación demostró la inconsistencia de una creencia en un orden rigurosa-

mente establecido en el universo por fuerzas que existen fuera de la materia, y por consiguiente proclamaron la negación de un creador, de un dios cualquiera que sea.

No existiendo en la naturaleza el principio de voluntad creadora ó, por otro nombre, de autoridad, no tiene éste razón de ser en la sociedad humana; no puede producir en ella sino el desorden y, por consiguiente, el sufrimiento para todos.

Una sociedad bien hecha debe reposar sobre la entera libertad de todos sus miembros, asociándose entre sí según sus necesidades y sus preferencias, para gozar todos de todos los bienes puestos en común.

Esta organización social, sencilla y racionalmente concebida; ha sido presentada por los enemigos interesados de todo progreso como sinónimo de desorden y de violencia, abusando de la ignorancia popular y de su propio poder, lo que constituye un crimen de lesa humanidad.

La idea emancipadora, como todas las ideas nuevas y todos los progresos, ha luchado para hacerse paso; es perseguida por todos los gobiernos, maldita por todos

los explotadores y aun desgraciadamente rechazada por muchos de aquellos á quienes viene á redimir; pero la sangre de sus más valientes defensores derramada ya por todo el mundo, da sus naturales frutos de entusiasmo, de saber, de convicción.

Esa idea se impone tanto por la justicia que representa, cuanto porque destruye la injusticia que niega. Todos los hombres sinceros, cualquiera que sea su filiación de patria, de escuela ó de partido, rinden homenaje á su elevación moral, y en la lucha entablada combaten en retirada oponiendo pobres argumentos, no de principios ni de doctrina, sino de miserable oportunismo.

Entre tanto los proletarios cada vez más dignos, más instruídos y mejor organizados, derrotan ese mismo oportunismo adelantando las teorías hasta el terreno de los hechos.

Ni la fuerza pública, ni las cárceles, ni el tormento, ni los asesinatos jurídicos prevalecerán, como no prevalecieron jamás, porque la violencia es impotente contra la justicia.

Al presente el triunfo del ideal es seguro;

lo que falta es aproximarle, y para ello sólo necesita el proletariado robustecer su instrucción, rechazar la ignorancia.

La ignorancia esclavizó al proletario; por ella pudo ser engañado y explotado sin compasión.

Bien lo saben las clases directoras; bien han comprendido que el obrero ilustrado, no sólo se desliza de su poder, sino que se convierte en centro de ilustración de sus compañeros. Por lo mismo aquellas clases procuran envenenar el saber en su origen y han procurado, ya que no impedirlo, monopolizar la escuela.

Sí; no pudiendo marchar más contra las exigencias de los tiempos, siendo imposible negar al pueblo la instrucción que reclama, salvan la dificultad creando escuelas en la que se da una enseñanza oficial tan falsa como vana.

En los países donde domina aún el cristianismo, toda la enseñanza está saturada de religión, hasta llegar á la completa absorción por el catecismo.

En los países en que el privilegio abandonó la máscara cristiana para adoptar la

parlamentaria y democrática, se dió á la enseñanza carácter cívico, con el fin de modelar al hombre futuro bajo la fórmula de ciudadano y patriota.

No; ni santo ni ciudadano. El primer conocimiento que conviene adquirir, es la ciencia de la naturaleza, es decir, la del medio en que se vive y del cual se forma parte, la de las estrechas relaciones que unen entre sí á todos los seres, para comprender, con juicio libre de toda preocupación, el problema de la vida y los fines verdaderos de la humanidad.

Después de haber reflexionado sobre sí mismo y sobre los lazos que le sujetan al mundo físico, el hombre debe saber qué etapas ha recorrido la humanidad, con el fin de deducir de lo pasado la dirección de lo porvenir.

En confirmación de nuestro concepto del ideal, véase cómo resume Kropotkine las tendencias de la época:

«Obsérvase en las naciones civilizadas el germen de una nueva forma social, que debe de reemplazar la antigua: una sociedad compuesta de individuos iguales entre

sí, que no serán reducidos á vender sus brazos á los que les hacen trabajar á su antojo, sino que emplearán ellos mismos su saber y sus capacidades en la producción en un organismo constituido de modo que se combinen los esfuerzos de todos para procurar á todos la mayor suma posible de bienestar, á la par que dejando á la iniciativa individual libertad plena y completa.

»Esta sociedad se compondrá de una multitud de asociaciones unidas entre sí para todo aquello que reclama un esfuerzo común: federación de productores para todos los géneros de producción, agrícola, industrial, intelectual y artística; comunes para el consumo, encargándose de proveer á cuanto concierne á habitación, alumbrado, calefacción, alimentación, instituciones sanitarias, etc.; federación de las localidades entre sí, y de éstas con los grupos productores; por último, agrupaciones más extensas aún, englobando todo un país ó varios países, y compuestas de personas que trabajarán en común á la satisfacción de esas necesidades económicas, intelectuales y ar-

tísticas que no se limitarán á un territorio determinado.

» Todos esos grupos combinarán libremente sus esfuerzos por un convenio recíproco, como lo hacen actualmente las compañías de ferrocarriles y las administraciones de correos de diferentes países, que carecen de dirección central de ferrocarriles ó de correos, aun dado el caso de que las primeras busquen únicamente su interés egoísta y que las segundas pertenezcan á Estados diferentes y enemigos; ó mejor aún, como los observatorios meteorológicos, los clubs alpinos, las estaciones de salvamento en Inglaterra, los ciclistas, los maestros, etc., que unirán sus esfuerzos para el cumplimiento de obras de todo género, de orden intelectual ó de simple recreo. La libertad más amplia presidirá al desarrollo de nuevas formas de producción, de invención y de organización; la iniciativa individual recibirá desconocidos impulsos y se combatirá sin tregua toda tendencia á la uniformidad y á la centralización.

» Además, esa sociedad no se fijará en formas determinadas é inmutables, sino

que se modificará incesantemente, porque será un organismo viviente en evolución constante. No se sentirá la necesidad de un gobierno, porque el acuerdo y la asociación libremente consentidos reemplazarán todas las funciones que los gobiernos consideran actualmente como propias y también porque las causas de conflicto serán cada vez más raras, y aun los que *pudieren* producirse se arreglarán por amistoso arbitraje.»

Conclusión

Hemos terminado nuestro propósito: ahora, querido niño, que por la lectura de este rápido relato has podido formar concepto de las lecciones de la historia, que condensado en las instituciones y en las costumbres existentes ves el resultado de la evolución progresiva, y que por el movimiento de las aspiraciones y de las tendencias de la generación en que vives tienes la evidencia de que esa no interrumpida evolución sigue su marcha constantemente perfectible hacia lo justo y lo bello, forma decididamente una primera y firme resolución: no dificultarla

en manera alguna; después, si te reconoces capaz de ello, forma empeño en ayudarla y favorecerla. Para lo primero, no pongas tu subsistencia y tus afectos al amparo de intereses estacionarios y regresivos, porque, empeñado en retrogradar ó en contener esta humanidad que más ó menos lentamente va siempre adelante, sólo practicarás el mal para tí y para tus semejantes, y como consecuencia cosecharás, en tu fuero interno, el desprecio de tí mismo, y en lo exterior, el odio y las maldiciones de todos aquellos á quienes perjudiques en su derecho y en su felicidad. En cuanto á lo segundo, dichoso tú si tienes energía para arrancar víctimas á la opresión, partidarios á la mentira, secretos á la naturaleza y para convertir porciones del cristiano valle de lágrimas en floridos verjeles donde por la paz y la ciencia brille la felicidad humana concordada con la majestad de la justicia y la esplendidez del arte.

ÍNDICE

— CUARTA PARTE —

LA REVOLUCIÓN FRANCESA Y SUS CONSECUENCIAS

	<u>PÁGS</u>
I.—Decadencia de la Monarquía absoluta.— El movimiento intelectual en el si- glo XVIII.	5
II.—Los Estados Generales de 1789.	95
III.—La obra de la Constituyente.	120
IV.—La Convención y su obra.	129

QUINTA PARTE

DESDE NAPOLEÓN HASTA NUESTROS DÍAS

I.—Napoleón y Europa.	139
II.—Los pueblos y la Santa Alianza.	151
III.—Independencia de Grecia y Bélgica; in- surrecciones diversas.— El naciona- lismo.	165
IV.—Continuación del precedente.—Inglate- rra constitucional.	179
V.—El Parlamentarismo.	194
VI.—Europa económica.—Sociedad capitalista	212
VII.—La Colonización.	229
VIII.—La Cuestión Social.	244
Conclusión.	260

ESCUELA MODERNA

Calle Bailén, 70, 1.º

BARCELONA

ENSEÑANZA CIENTÍFICA Y RACIONAL

SEGUNDO AÑO ESCOLAR 1902-903

PROGRAMA

Confirmamos nuestro programa anterior: probado por el éxito, sancionada la teoría por la práctica, el criterio que desde un principio informó nuestro propósito y que preside la vida de la **Escuela Moderna**, queda firme é invariable.

La ciencia es la exclusiva maestra de la vida: inspirada en este lema, la **Escuela Moderna** se propone dar á los niños sometidos á su cuidado *vitalidad cerebral propia*, á fin de que cuando se emancipen de su racional tutoría, continúen siendo en el mundo social enemigos mortales de prejuicios de toda clase, propendiendo á formarse convicciones razonadas, propias, sobre todo lo que sea objeto del pensamiento.

Además, como no se educa cumplidamente disciplinando sólo la inteligencia, sino que ha de contarse con el sentimiento y la voluntad, en la educación del alumno ponemos exquisito cuidado para que las representaciones intelectuales sugeridas al educando, se transformen en jugo de sentimiento; porque éste, cuando adquiere cierto grado de intensidad, se difunde de modo inefable por todo el ser, colorando y perfilando el carácter de la persona. Y como la vida práctica, ó

sea la conducta del hombre, gira indefectiblemente dentro del círculo del carácter, el joven educado por semejante manera ha de convertir la ciencia en maestra única y benéfica de la vida.

Para completar nuestro criterio es necesario indicar que somos entusiastas partidarios de la enseñanza *mixta*, que consiste en que los niños y las niñas obtengan idéntica educación. De esa manera se compenetrarán hondamente la humanidad femenina y la masculina, llegando á ser la mujer, en la vida privada y social, *la compañera del hombre* en el trabajo humano, que tiene por fin el mejoramiento y la felicidad de la especie.

El trabajo indicado, limitado casi exclusivamente al hombre, ha sido incompleto hasta el día, y, por tanto, ineficaz; en lo sucesivo ha de ser encomendado al hombre y á la mujer. Para esto se necesita que la mujer no esté recluída en el hogar; que se extienda el radio de su acción hasta donde llega la sociedad. Mas para que la compañera del hombre, con su influencia moral, produzca intensos y benéficos frutos, han de ser los conocimientos que se le den, en cantidad y calidad, los mismos que el hombre se proporciona.

La ciencia, penetrando en el cerebro de la mujer, alumbrará, dirigiéndole certeramente, el rico venero de sentimiento que es nota saliente y característica de su vida; ese elemento, separado de su natural aplicación con miras antiprogresivas, ha de convertirse en buena nueva de paz y de felicidad en el porvenir para el mundo moral.

Sabiendo lo conveniente que es, en nuestro país sobre todo, la difusión de los conocimientos de Ciencias Naturales y de Higiene, en particular la de los niños, la **Escuela Moderna** se propone coadyuvar á la realización de este fin. Para ello cuenta con el concurso de dos peritísimos catedráticos. El Sr. De Buena, catedrático de Ciencias Naturales, y el Sr. Martínez Vargas, catedrático de Enfermedades de los Niños, quienes darán conferencias alternativamente, acerca de sus respectivas materias científicas, en el local de este centro de enseñanza.

Primera Sección

PÁRVULOS

Despertar la reflexión en los niños acerca de los conocimientos y objetos más usuales de la vida.

Escritura y lectura: Aprender á leer y á escribir.

Aritmética: Conocer los números y principiar á leer cantidades.

Lecciones de cosas: Conocimiento de animales, vegetales, minerales y de productos del arte humano.

Escenas históricas y vida de los animales.

Trabajos manuales.

Segunda Sección

ELEMENTAL

Escritura y lectura.

Aritmética: Ejercicios adecuados de los números enteros.

Geografía de España.

Nociones de Gramática.

Lengua francesa.

Geometría sencilla.

Dibujo lineal y de adorno.

Lecciones de cosas.

Nociones de Ciencias Naturales: Física, Química, Botánica.

Canto y solfeo.

Labores de aguja.

Higiene.

Tercera Sección

ELEMENTAL SUPERIOR

Lectura explicada.

Aritmética: Números quebrados, decimales, regla de tres y sus adherentes.

Historia Universal.

Geografía general

Gramática: Ampliación de la sección anterior.

Lengua francesa.

Geometría sencilla: Ampliación de la sección anterior.

Dibujo lineal y de adorno.

Nociones de Ciencias Naturales: Fisiología, Biología, Anatomía comparada.

Agricultura.

Canto y solfeo.

Labores de aguja.

Higiene.

CLASIFICACION POR SEXOS
 Y NÚMERO DE
ALUMNOS PRESENTES EN LA ESCUELA MODERNA
 DURANTE EL PRIMER AÑO ESCOLAR

<i>Fechas y día de apertura</i>	<i>Niñas</i>	<i>Niños</i>	<i>TOTAL</i>
9 Septiembre 1901. . .	12	18	30
30 Id. id. . .	16	23	39
31 Octubre. . id. . .	18	25	43
30 Noviembre id. . .	21	29	50
31 Diciembre. id. . .	22	30	52
31 Enero. . . 1902. . .	22	32	54
28 Febrero. . id. . .	23	32	55
31 Marzo. . . id. . .	25	34	59
30 Abril. . . id. . .	26	37	63
31 Mayo. . . id. . .	30	38	68
30 Junio. . . id. . .	32	38	70

Publicaciones de la Escuela Moderna

Compendio de Historia Universal

por CLEMENCIA JACQUINET

cuyos tres tomos comprenden:

- 1.º *Tiempos Prehistóricos hasta el Imperio Romano*
- 2.º *Edad Media y Tiempos Modernos*
- 3.º *De la Revolución Francesa hasta nuestros días*



Aventuras de Nono

por JUAN GRAVE,

traducción de A. Lorenzo

Libro de lectura



Compendio de Gramática Española

por FABIÁN PALASÍ

Obra exenta de sofismas religiosos y sociales



Silabario, método racional

de lectura progresiva

por CELSO GOMIS

Libro no editado por nuestra Biblioteca, pero usado en la Escuela y que serviremos á quien nos lo pida: 12 ejemplares, 4'80 pesetas.

Para facilitar la propaganda, la *Escuela Moderna*, ha acordado expender á dos pesetas ejemplar todas sus obras, haciendo el correspondiente descuento á las escuelas.

Á LOS INTELLECTUALES

La *Escuela Moderna* hace un llamamiento vehemente á cuantos escritores aman la ciencia y se interesen por el porvenir de la humanidad para que propongan obras de texto dirigidas á emancipar el espíritu de todos los errores de nuestros antepasados y encaminar á la juventud hacia el conocimiento de la verdad y la práctica de la justicia, librando al mundo de dogmas autoritarios, sofismas vergonzosos y convencionalismos ridículos como los que desgraciadamente forman el mecanismo de la sociedad presente.

